

Tray Mocha

REVISTA

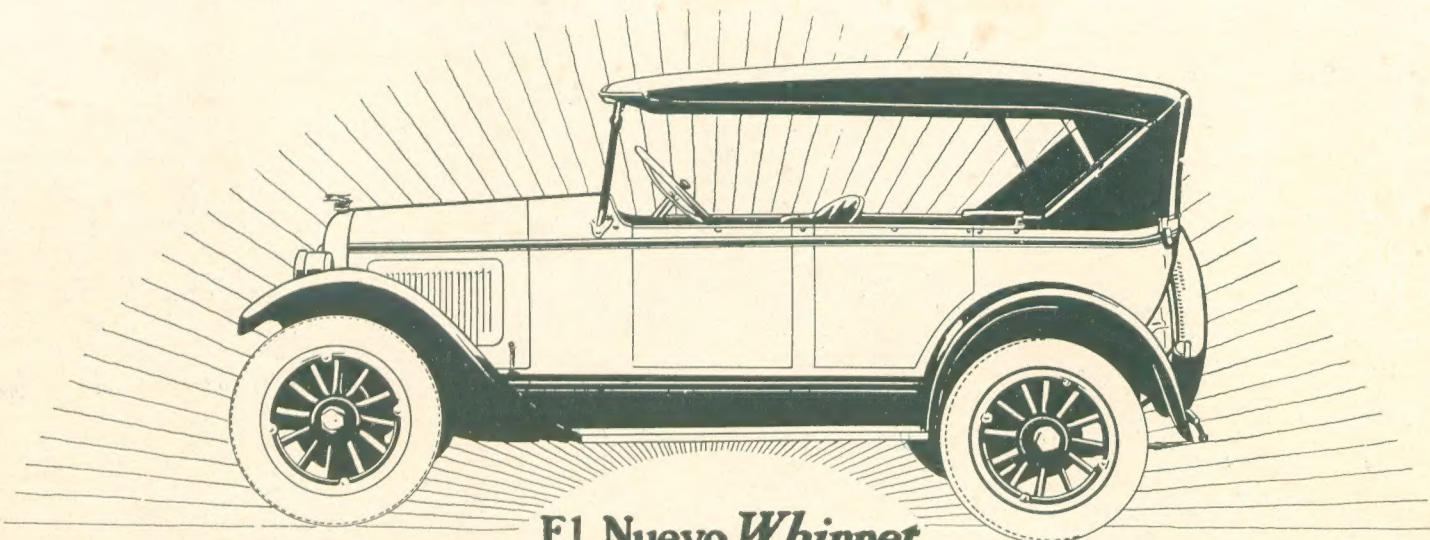
SEMANAL



"Un as del patín"

N.º 839

Z/ 13135-17, 839 (1928)



El Nuevo *Whippet*
Perfeccionado

FATTON **1850**



NUNCA SE HA OFRECIDO POR TAN POCO DINERO, UN COCHE DEL VALOR EXTRAORDINARIO DEL "WHIPPET"

En el escenario del mercado argentino de automóviles jamás se ha visto una demanda tan espectacular como la del Whippet. No hay previsión humana que pueda haber imaginado un éxito tan grande. Y se explica, porque, aparte del precio, más que popular, generoso, se manifiesta el reconocimiento pleno de sus extraordinarias calidades.

AGENCIAS Y REPUESTOS EN MAS DE 300 POBLACIONES DE LA REPUBLICA ARGENTINA.

Si en la localidad de su residencia no hay agente, escribanos.

HAMPTON, WATSON & Cía.

Salón de Exposición y Ventas:

GERRITO 702

BUENOS AIRES

Oficina, Talleres y Repuestos:

B. PEREZ GALDOS 126

Sucursal en Santa Fe:

SAN MARTIN 2628

Sucursal en Mendoza:

LAVALLE 28



FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912

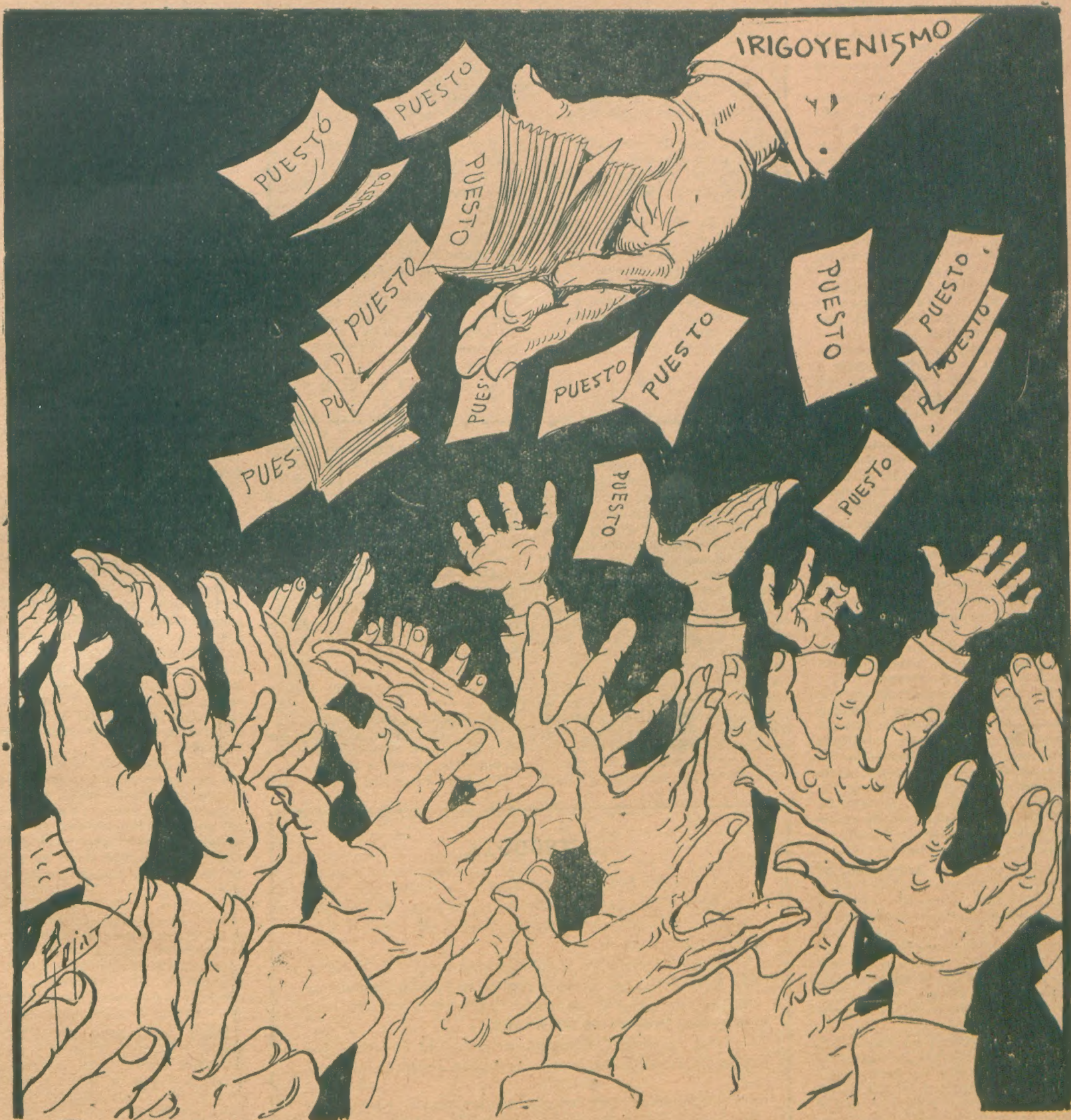
Redaccion y Administracion. BOLIVAR 879

Año XVII

Buenos Aires, mayo 22 de 1928

N.º 839

PENSANDO EN EL MANÁ, por Rojas



Los verdaderos ideales de algunos...

U N T I R O

Por A. Pushkin.

Estamos en un pueblecito. Conocida es la vida de un oficial de línea: por la mañana ejercicio y revista; come en casa del jefe del regimiento o en una posada judía, y por la noche el bol de ponche y las cartas. En el pueblecito no había ninguna casa que recibiera ni que pensara en ello. Nos reuníamos en casa de un compañero y allí sólo veíamos uniformes.

En nuestra sociedad solo había un paisano. Este era un hombre de treinta y cinco años, poco más o menos, y por esta razón le considerábamos como un veterano. Su experiencia le daba cierta autoridad entre nosotros. Su habitual tristeza, su áspero carácter y su sarcástica lengua tenían grande influencia en nuestros inexpertos ánimos, y su existencia estaba rodeada de cierto misterio; aunque parecía ruso, llevaba un nombre extranjero.

En otro tiempo había servido en húsares y con mucha fortuna. Todo el mundo ignoraba por qué había abandonado el servicio y se había instalado en un miserable pueblecito en donde la vida era triste y costosa. Siempre salía a pie aunque el tiempo fuera malo, y siempre vestía un gabán negro. Su mesa estaba a disposición de todos los oficiales de su regimiento, y su comida solo consistía en dos o tres platos condimentados por algunos soldados viejos retirados del servicio; pero en cambio no se agotaba el champaña.

Nadie conocía sus recursos, pero tampoco se atrevía ninguno a preguntarle sobre este punto. Su biblioteca estaba formada, en gran parte, de libros militares y novelas, que prestaba con gusto, sin que nunca las reclamara cuando olvidaban devolvérselos. Pero debemos decir que, por su parte no devolvía jamás los libros que le prestaban. Su principal ocupación era tirar a la pistola; las paredes de su cuarto, acibilladas a balazos, estaban llenas de agujeros, como una colmena. Su único lujo era una rica colección de pistolas; tal era la perfección con que manejaba esta arma, que si hubiese propuesto a un oficial de nuestro regimiento derribar de un balazo una manzana puesta sobre su cabeza, no hubiera vacilado en aceptar.

En nuestras conversaciones, frecuentemente hablábamos de duelos, Silvio—este nombre le dábamos—nunca tomaba parte en estas conversaciones. Si por casualidad le preguntaban:—¿Os habéis batido alguna vez?—respondía con un sí áspero y seco, pero no daba detalles de sus duelos, y se conocía que tales preguntas le eran sumamente desagradables.

Todos estábamos persuadidos de que su conciencia le acusaba de alguna culpa de aquel arte fatal, en que pudiera haber sido maestro. Por lo demás, nunca se nos había ocurrido sospechar que fuese cobarde. En verdad que hay muchos hombres cuyo aspecto aleja toda sospecha sobre este punto. Pero sobrevino una aventura que nos asombró a todos.

Un día comíamos en casa de Silvio diez compañeros y bebíamos como de costumbre, es decir, enormemente. Después de comer, suplicamos a nuestro anfitrión tallara una banca. Este rehusó, porque rara vez jugaba. Sin embargo, estrechado por nuestras instancias, hi-

zo traer una baraja, y después de echar sobre la mesa cincuenta ducados, comenzó a tallar. Todos nos agrupamos en derredor de la mesa, y comenzó el juego. Como de costumbre, guardaba profundo silencio, no disputaba y nunca había que dar explicaciones. Si el que apuntaba padecía un error, él

cogió un candelabro y se lo arrojó a Silvio a la cabeza; éste, por fortuna, esquivó el golpe.

Silvio se levantó pálido de cólera y arrojando llamas por los ojos.

—Salid, caballero — le dijo, — y agradeced a Dios que haya sucedido esto en mi casa.

LA PALMERA

Al llegar la hora esperada
En que de amarla me muera
Que dejen una palmera
Sobre mi tumba plantada.

Así, cuando todo calle,
En el olvido disuelto,
Recordará el tronco esbelto
La elegancia de su tallo.

En la copa, que su alteza
Doble con melancolía,
Se abatirá la sombría
Dulzura de su cabeza.

Entregará con ternura
La flor, al viento sonoro,
El mismo reguero de oro
Que dejaba su hermosura.

Y sobre el páramo yerto,
Parecerá que su aroma
La planta florida toma
Para aliviar al desierto.

Y que con deleite blando,
Hasta el nómada versátil
Va en la dulzura del dátil
Sus dedos de ámbar besando.

Como un suspiro al pasar,
Palpitando entre las hojas,
Murmurará mis congojas
La brisa crepuscular.

Y mi recuerdo ha de ser,
En su angustia sin reposo,
El pájaro misterioso
que vuelve al anochecer.

LEOPOLDO LUGONES

pagaba lo que faltaba; si el error era en su provecho, lo escribía.

Desde mucho tiempo sabíamos esto y lo dejábamos obrar a su gusto; pero aquel día estaba con nosotros un oficial recién llegado al regimiento; jugando con distracción dobló una apuesta; Silvio tomó un lápiz y, según su sistema, la apuntó. Creyendo el oficial que se había equivocado, quiso una explicación; pero Silvio, sin hacerse cargo de ello, continuó tallando. Perdiendo la paciencia entonces el oficial, cogió el lápiz y borró lo que creía estar de más. Silvio cogió a su vez el lápiz y volvió a escribir la cantidad. Excitado el oficial por el vino, el juego y las risas de sus compañeros, se creyó gravemente ofendido, y en un movimiento de cólera

No podíamos engañarnos sobre el resultado de aquella agresión, y mirábamos ya a nuestro compañero como muerto. El oficial salió diciendo que, habiendo insultado a Silvio, estaba dispuesto a darle la satisfacción que quisiese.

Continuamos jugando algunos minutos aún, pero viendo que el dueño de la casa ya no pensaba en el juego, volvimos a nuestros alojamientos hablando de la próxima vacante que no podía menos de haber en el regimiento.

Al día siguiente, al vernos en la revista, todos nos preguntábamos si vivía aún el pobre teniente. En aquel momento entró.

Todos nos dirigimos a él, y nos dijo que hasta aquel momento no había oído hablar a Silvio.

Entonces fuimos a casa de éste

y le encontramos en el patio, pistola en mano y clavando bala sobre bala en un as pegado a la puerta cochera.

Recibíónos con su expresión habitual, y no habló palabra sobre el lance de la víspera.

Pasaron tres días y el teniente continuaba viviendo. Todos nos preguntábamos si no se batiría Silvio. Silvio no se batió. Contentóse con una ligera explicación e hizo la paz.

Esto lo perjudicó mucho en el aprecio de los jóvenes. La falta de valor es lo que se perdona más difícilmente en la primera edad de la vida, que ve en la bravura el "non plus ultra" de las virtudes humanas y la excusa de todos los vicios.

Sin embargo, todo se olvidó poco a poco y Silvio recobró su ascendiente sobre nosotros.

Unicamente yo no podía acercarme a él: dotado de imaginación novelesca, era el más adepto a aquel hombre, cuya vida era un enigma y que se me aparecía como héroe de una novela misteriosa. El me apreciaba, y si no me apreciaba, solamente conmigo prescindía de sus habituales sarcasmos y hablaba de todo con franqueza, sencillez y agrado. Pero después de aquel desgraciado lance, la idea de la mancha que había recibido su honor, mancha que no había querido lavar, no me abandonaba y me impedía ser para él el mismo que antes: imposible me era mirarle a la cara.

Silvio era demasiado perspicaz y demasiado experimentado para no conocer mi frialdad y adivinar la causa; parecióme que lo sentía; al menos observé que dos o tres veces había deseado explicarse conmigo; pero yo rehusé, y Silvio renunció a la explicación.

Desde entonces sólo le vi en compañía de mis camaradas y cesaron nuestras conversaciones íntimas.

Los habitantes de las ciudades no conocen esas sensaciones tan conocidas de los que habitan las aldeas, como por ejemplo, la llegada del correo: los martes y viernes se llenaba de oficiales el cuartel de nuestro regimiento; uno esperaba dinero, otro periódicos, aquellos cartas; las cartas se abrían habitualmente en el acto, circulaban las noticias y el cuartel ofrecía un cuadro sumamente animado.

Silvio recibía sus cartas por la vía militar y se presentaba en el cuartel los días de correo. Una vez le presentaron una, cuyo sobre rompió con viva impaciencia. Al leerla lanzaron relámpagos sus ojos; pero como cada cual se ocupaba de sus asuntos, ninguno se fijó en ello.

—Señores — dijo Silvio, — el estado de mis asuntos exige que parta inmediatamente. Parto, por consiguiente, esta noche, y espero que no rehusaréis comer conmigo por última vez. Os espero a vos también, y os espero absolutamente — añadió dirigiéndose a mí.

Dicho esto, salió precipitadamente, y nosotros también, prometiéndonos acudir a su invitación.

Llegué a casa de Silvio a la hora indicada, y allí encontré a casi todos los oficiales del regimiento: los muebles y efectos estaban embalados, no quedando más que las paredes acibilladas de balazos.

ANECDOTA

El finado Delcassé, el forjador de la Entente, había sido periodista, porque sabido es, según frase de Girardin, que el periodismo, por lo menos en Francia, conduce a todo sabiendo salir de él.

Durante su larga gestión como ministro de Relaciones Exteriores, era siempre requerido por los periodistas, sin que estos, ni aún el propio Parlamento, pudiera obtener nunca grandes informaciones.

Los "repórters", tratando de seducirle, le recordaban su antigua condición, hasta que un día Delcassé les replicó:

—No; ahora que soy diplomático, ya no soy periodista; pero siendo periodista, ya era diplomático.

Sentámonos a la mesa; el dueño de la casa estaba de buen humor, y pronto se nos comunicó a todos: saltaron los tapones, llenáronse los vasos y deseamos, de todo corazón, feliz viaje al que partía.

Era tarde ya cuando nos levantamos de la mesa; todos empezaron a despedirse, y cuando iba yo a hacer lo mismo, me cogió Silvio la mano, diciéndome en voz baja: —Necesito hablaros.

Quedéme, pues. Cuando se retiraron todos, quedamos uno en frente de otro, y en medio del más profundo silencio, comenzamos a fumar nuestras pipas.

Silvio estaba preocupado; no le quedaba rastro alguno de su nerviosa alegría: su lívida palidez, sus brillantes ojos y las nubes de humo que le rodeaban le hacían parecer un demonio.

Pasaron algunos minutos y Silvio rompió al fin el silencio.

—Tal vez no nos volvamos a ver más — me dijo. Antes de partir quisiera tener una explicación con vos. Quizás habréis observado que me ocupo poco de la opinión que pueden formar de mí; pero como os aprecio, sentiría dejaros conservándome un mal concepto.

Detúvose para llenar otra vez la pipa, y yo callé permaneciendo con los ojos bajos.

—¿Verdad que os ha parecido extraño que no pidiese reparación a ese borracho estúpido que me arrojó el candelabro a la cabeza? Comprenderéis que, teniendo la elección de armas y el derecho de tirar primero, su vida estaba en mis manos, mientras que la mía ningún peligro corría. Podía atribuir mi acción a grandeza de alma; pero no quiero mentir; si hubiese podido castigarle sin arriesgar mi vida, no le hubiera perdonado.

Al oír esto, miré estupefacto a Silvio: tal confesión me repugnaba. Silvio continuó:

—Sí, es cierto, no tengo derecho a arriesgar mi vida. Hace seis años recibí un bofetón, y el que me lo dió vive aún.

Mi curiosidad estaba sumamente excitada.

—¿No os batistéis — le pregunté. ¿Vuestros negocios sin duda os habrán alejado al uno del otro? — Me batí — dijo Silvio, — y ved la prueba de nuestro duelo.

Levantóse y tomó de una caja una gorra de uniforme, que se colocó en la cabeza; tenía un agujero de bala a una pulgada de la frente.

—Ya sabéis — dijo Silvio, — que he servido en el regimiento de husares de XXX. Conocéis mi carácter y habéis podido comprender que estoy acostumbrado a ser el primero en todo. En mi juventud esto fué una necesidad irresistible: en mi tiempo estaba en moda ser alborotador, y yo era el primer alborotador de todo el ejército. Aplaudimos a los bebederos intrépidos, y yo he bebido más que el célebre D... que fué cantado por D. D. En nuestro regimiento eran más que diarios los duelos, y en todos era testigo o actor. Mis compañeros me adoraban, y los comandantes, que a cada momento eran cambiados, me consideraban como un mal incurable que afligía al regimiento.

Descansaba yo sobre mis laureles, cuando un joven, rico y de ilustre familia — permitid que calle su nombre — ingresó en el regimiento.

Nunca había visto hombre más feliz.

Figuráos la juventud, el talento, la belleza, la loca alegría, el valor sin límites, un bolsillo inagotable, todo esto reunía además de su gran nombre. Ya, comprenderéis qué puesto había de ocupar entre nosotros.

Mi imperio vacilaba. Oyendo hablar mucho de mí, empezó por desear mi amistad; pero le recibí con frialdad, y él se alejó con indiferencia.

Cuando amaneció estaba yo en el sitio designado con mis testigos esperando con ansiedad la llegada de mi adversario. El sol de primavera había salido ya y derramaba su calor. A los pocos momentos le ví a lo lejos; traía la pelliza colgada en el sable, y venía a pie y acompañado de un solo testigo.

Salimos a su encuentro, y se acercó a nosotros, llevando en la mano su gorra llena de cerezas.

Yo tenía derecho a disparar primero; pero era tal la agitación de mi pulso, que no estaba seguro de

tanta tranquilidad. Permitid que os deje terminar el desayuno.

—No me incomodáis caballero; pero obrad como gustéis. Tenéis un tiro que disparar contra mí; bien ahora o bien más tarde, siempre estaré a vuestra disposición.

Entonces me volví hacia mis testigos, y les dije:

No dispararé hoy.

Estaba terminado el duelo.

Pedí la licencia y me retiré a este pueblecito, en donde no he pasado un día sin pensar en la venganza.

Pero ha llegado la hora.

Silvio sacó del bolsillo la carta que había recibido aquella mañana y me la dió para que la leyera.

Uno, creo que su agente de negocios, le escribía que el individuo en cuestión se disponía a casarse con una joven encantadora.

—Desde luego comprenderéis — continuó Silvio, — quién es el individuo en cuestión. Pues bien, parto para Moscou, y ahora veré si mañana o pasado mañana le será tan indiferente la muerte como el día en que comía cerezas.

Diciendo esto, se levantó Silvio, arrojó la gorra al suelo y empezó a pasearse en el cuarto como un tigre en la jaula.

Mirábale sin pestañear, y observaba que chocaban en su mente opuestas y extrañas ideas.

El criado entró diciendo que estaban preparados los caballos. Silvio me estrechó la mano; nos abrazamos; montó en un carruaje en que sólo llevaba un saco de viaje y una caja de pistolas, y partió al galope.

Muchos años pasaron después; mis negocios me obligaron a habitar en una aldea en el distrito de N... Aunque me ocupaba de los asuntos de mi casa, no por eso dejaba de echar de menos mi vida de otro tiempo, tan alegre y descuidada. Lo único a que no podía acostumbrarme era a pasar las largas veladas de primavera o invierno en completa soledad. Hasta la hora de comer encontraba el medio de matar el tiempo, bien hablando con mi "estaroista", bien visitando mis campos, o bien las construcciones que hacía ejecutar; pero en cuanto descendía el sol al horizonte, no sabía ya qué hacerme.

Los pocos libros que había podido encontrar, los sabía ya de memoria; las historias y cuentos que podía referirme mi ama de llaves. Krolawna, los había escuchado muchas veces, y las canciones de los aldeanos habían concluido por inspirarme melancolía. Hubo una ocasión en que recurrí al licor de cerezas; pero este licor me abrasaba, y temía llegar a convertirme en borracho "por tristeza", la peor especie que conozco y que abundaba en aquel distrito.

No tenía más vecinos que dos o tres borrachos amargos, cuya conversación consistía frecuentemente en bostezos y suspiros: en vista de todo esto, comprendí que lo mejor que podía hacer era acostarme temprano, comiendo lo más tarde posible, de este modo prolongaba los días y acortaba las noches.

A cuatro kilómetros de mi casa había una propiedad de la condesa de B..., pero en ella no vivía nadie más que el intendente. La condesa estuvo en ella un mes durante el primer año de su matrimonio, y en la segunda primavera de mi soledad corrió el rumor de

Jabón
REUTER

Preferido por su duración, delicado perfume y su cremosa espuma.
70 ctvs. cada jabón

Cóbrele rencor, y su éxito en el regimiento y con las mujeres me llenó de desesperación.

Empecé a buscarle quimera, pero respondía a mis epigramas con epigramas más agudos y picantes que los míos. Mi rabia aumentaba porque conocía su superioridad.

En fin, en un baile, en casa de un señor polaco, viéndole objeto de atenciones por parte de todas las mujeres, y especialmente de la dueña de la casa, que estaba en relaciones conmigo, me acerqué a él y le dije en el oído una injuria grosera.

Al oírlo, perdió la cabeza y me dió un bofetón.

Echamos mano a los sables, desmayáronse las señoras; nos separaron, y aquella misma noche arreglamos el duelo.

mi bala, e insistí para que tirase primero él; pero rehusó.

Entonces decidimos someternos a la suerte.

La suerte fué para aquel favorito de la fortuna.

Apuntó y me atravesó la gorra.

Había llegado mi vez. Al fin tenía su vida entre mis manos.

Miré con avidez, tratando de descubrir en él la menor sombra de estremecimiento; pero esperaba mi bala comiendo cerezas, cuyos huesos arrojaba a mis pies.

Su sangre fría me exasperó.

—¿Qué necesidad hay — me dije, — de arrebatarme la vida a un hombre a quien le parece tan indiferente?

Una idea diabólica atravesó mi mente; bajé la pistola y dije:

—Creo que no estáis preparado a morir, puesto que almorzáis con

que la condesa vendría con su esposo a pasar el estío en el campo, y, en efecto, llegaron a primeros de junio.

La llegada de un rico vecino es un acontecimiento para los que viven fastidiados en el campo. Los propietarios y sus criados hablan de ellos dos meses antes de que lleguen y tres después que partan. Por lo que a mí hace, os confesaré francamente que la llegada de mi joven y rica vecina había ocasionado gran trastorno en mi existencia, y que me devoraba la impaciencia de verla. Por esa razón, el primer domingo, después de su llegada, fui a su propiedad para ofrecerme a su Excelencia como el vecino más próximo y el servidor más respetuoso.

El lacayo me llevó al gabinete del conde y me dejó en él para ir a anunciarme.

Aquel inmenso gabinete estaba adornado con el mayor lujo. Las paredes estaban cubiertas por los armarios de libros, y sobre cada uno de aquéllos había un busto de bronce; sobre la chimenea de mármol brillaba un gran espejo. Sobre el piso había un paño verde, y sobre el paño, tapices. Como en mi retiro había perdido la costumbre del lujo y hacía tiempo que no veía riquezas, sentí una emoción parecida al temor, y esperé al conde con la extraña sensación del pretendiente de provincia que espera la salida del ministro.

Abrióse la puerta, y un hombre de noble rostro y treinta y dos a treinta y tres años de edad entró en el gabinete.

El conde, porque era él, se acercó a mí con aire franco y amistoso. Empezaba a tranquilizarme y trataba de dominarme por completo, cuando me interrumpió el conde.

Nos sentamos, y su alegre conversación acabó de disipar mi salvaje timidez.

Empezaba ya a entrar en posesión de mí mismo, cuando vi entrar a la condesa, y quedé más turbado que anteriormente.

Era hermosísima en verdad.

El conde me presentó a su esposa y yo traté de mostrarme amable; pero cuando más lo procuraba, más turbado me veía.

Para darme tiempo a dominar mi emoción, el conde y la condesa empezaron a hablar entre ellos, concluyendo por tratarme como si fuese antiguo conocido, es decir, sin ceremonia: mientras hablaban, examiné los libros que había sobre las mesas y los cuadros colgados en las paredes. No soy entendido en pintura, pero uno de aquellos cuadros me llamó la atención.

Era un paisaje de Suiza; pero no era el paisaje ni la ejecución lo que yo miraba, sino un doble balazo que había atravesado el cuadro.

—¡Diablo! he ahí un buen pistoletazo — dije al conde.

—Sí — respondió, — es un tiro notable, ¿verdad? Y vos — me preguntó, — ¿tiráis bien?

—Medianamente — le respondí; a treinta pasos estoy casi seguro, con una pistola que conozca, de poner una bala en una carta de baraja.

—¡Ah! ¿de veras? — dijo la condesa con suma curiosidad. — Y tú, amigo mío — añadió volviéndose hacia su esposo, — ¿harías otro tanto?

—Probaremos — dijo el conde. En otro tiempo era algo diestro en

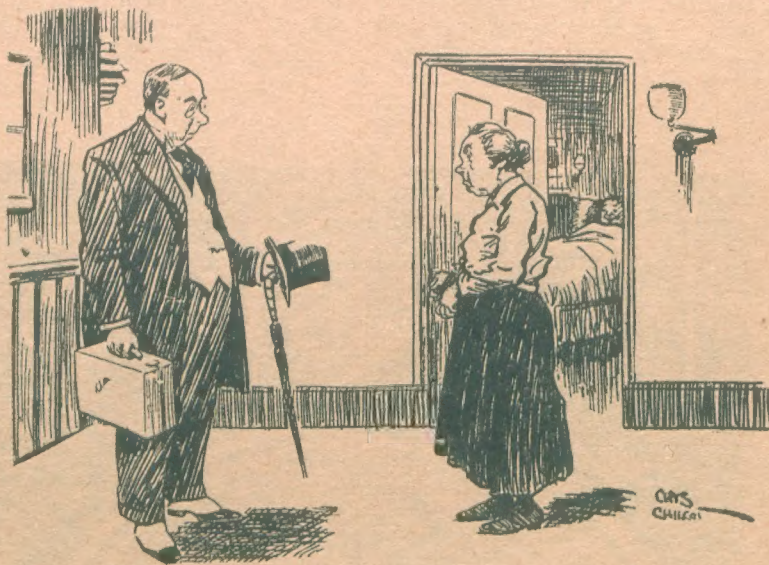
ese ejercicio; pero hace cuatro años no he tocado una pistola.

—En ese caso — repliqué, — apuesto a que no tocas una carta ni a veinte pasos de distancia. La pistola exige ejercicio diario; lo sé por experiencia: en el regimiento era uno de los mejores tiradores de pistola. Una vez ocurrió que, te-

—Es maravilloso — dijo el conde; — ¿y cómo se llamaba?

—Silvio.

—¿Habéis conocido a Silvio?... —No sólo conocido; éramos amigos; en el regimiento lo considerábamos como compañero, y hace cinco años que no he oído hablar de él; pero á juzgar por vuestras pa-



—Parece que el enfermo está hoy mejor...

—Sí. En cuanto le dije que usted creía que no podría volver a trabajar empezó a mejorarse.

niendo mis ramas en reparación, estuve un mes sin tirar, y la primera vez que lo hice erré cuatro veces seguidas una botella a veinticinco pasos. Es preciso no abandonar este ejercicio, señor conde, de lo contrario se pierde la destreza. El mejor tirador que he conocido acostumbraba a cortar todos los días, antes de comer, tres balas en un cuchillo. Esto era tan necesario para él como la copita de aguardiente antes de la sopa.

El conde y la condesa parecían muy satisfechos de verme lanzado á la conversación.

—¿Y cómo tiraba?—me preguntó el conde.

—De modo muy sencillo — respondí;—si veía una mosca en la pared — ¿os refís, condesa?—os juro que os digo la verdad,—gritaba: "Cousma, una pistola". El criado le traía una cargada; apenas tomaba tiempo para apuntar:—¡paf!—la mosca quedaba aplastada en la pared.

labras, vos le habéis conocido también, señor conde.

—Sí, le he conocido, y bien, os lo juro. Si eráis su amigo, como decís, os debió referir una historia bastante singular.

—¿La de un bofetón que recibí en un baile?

—¡Sí! ¿y os dijo el nombre del que le dió el bofetón?

—No, señor conde.

En seguida, iluminado por una idea y mirando á la condesa:

—¿Fuisteis vos?—exclamé.

—Sí, yo — exclamó el conde con viva agitación, — y ese cuadro agujereado es un recuerdo de nuestra última entrevista.

—¡Oh! querido amigo, no reflexes eso á este caballero—dijo la condesa,—sabes que me hace daño.

—No, este caballero sabe de qué modo insultó a su amigo; que sepa también cómo se vengó.

El conde acercó una butaca. Sentéme y escuché con vivo interés el siguiente relato:

EL ANILLO EXTRAVIADO

Reclinada la frente sobre el seno de la hora otoñal, mi pobre vida, ve caer como gotas de veneno la sangre de su lámpara suicida.

Angustia de esa lámpara en el viento, trémula de pasión y ardiendo en vano... "Vivir"... "Soñar"... fantasmas del momento, niebla de amor deshecha en nuestra mano.

En la fuente de Otoño caen las hojas amarillas de fiebre, y tenuemente, mi alma, que las sigue en sus congojas, luce—extraviado anillo—en esa fuente.

Fernán Félix de AMADOR

PARA
PASPADURAS
USE CREMA VASENOL

"Hace cinco años que soy casado. El primer mes, "the honey moon", la luna de miel, lo pasé en esta aldea. Esta casa guarda los recuerdos más dulces y los más tristes de mi vida.

Una tarde íbamos á caballo la condesa y yo, cuando el caballo de ésta se encabritó; tuvo miedo, saltó al suelo, me echó las bridas y se encaminó a pie hacia la casa.

Cuando llegué vi un carruaje de camino; dijéronme que me esperaba en el gabinete una visita y que el que aguardaba no había querido decir su nombre; pero había dicho que le traía un asunto concerniente a mí solo. Entré en el gabinete y vi á un hombre con larga barba y cubierto de polvo. Estaba al lado de la chimenea.

Estuve examinándole un momento.

—¿No me conoces, conde? — me preguntó con voz sombría.

—¡Silvio!—exclamé.

Y confieso que se me erizaron los cabellos.

—Me toca tirar — dijo,— ¿estás dispuesto?

Llevaba una pistola en la cintura.

Moví la cabeza significando que reconocía su derecho, y midiendo doce pasos, fui a colocarme en el ángulo de la habitación, suplicándole que tirara pronto, antes de que entrara mi esposa.

—No veo—dijo;—haz que traigan luz.

Llamé á un criado y le mandé encender las bujías; en seguida cerré la puerta y fui á colocarme en el puesto, suplicándole, otra vez, que no me hiciese esperar.

Apuntó y contó los segundos; pensaba en ella.

Pasé un momento terrible.

Silvio bajó la mano.

—Es una desgracia que la pistola esté cargada con una bala en vez de un hueso de cereza; pesa y me fatiga la mano.

Y después de un momento que me pareció un siglo:

—En verdad—dijo,—esto no sería un duelo, sino un asesinato. No tengo costumbre de tirar sobre un hombre desarmado. Volvamos á empezar y sorteemos quién haya de disparar primero.

Estaba aturdido, y creo que al pronto no consentí. Sin embargo, recuerdo que cargamos las pistolas, que escribimos nuestros nombres y pusimos los billetes en la gorra que yo había agujereado; la suerte me favoreció.

Por segunda vez tiré primero.

—Eres un afortunado, conde — me dijo con una sonrisa que no olvidaré jamás.

No sé como ocurrió, pero en vez de herir á mi adversario, clavé la bala en ese cuadro."

El conde señaló el cuadro con el dedo; su rostro estaba enrojecido; el de la condesa, por el contrario, estaba pálido hasta la lividez, al verlos, no pude contener una exclamación.

—Silvio levantó de nuevo la pistola y apuntó.

La expresión de su rostro me decía bien claro ahora que no tenía que esperar gracia.

De pronto se abrió la puerta; entró María, y lanzando un grito de terror, se abrazó á mi cuello.

Su presencia me devolvió la serenidad.

Hice un esfuerzo y lancé una carcajada.

—¡Loca!—le dije,—¿no ves que es una broma? Es una apuesta. ¿Es posible que te asustes así? Vamos, ve á beber un vaso de agua, vuelve y te presentaré á un antiguo amigo.

Pero no quiso creer nada de lo que le dije.

—Caballero, en nombre del cielo, ¿es verdad?—pregunté dirigiendo la palabra al sombrío Silvio.—¿Es esto una broma? ¿Es cierto que solo se trata de una apuesta?

—Sí, sí,—contestó Silvio,—era una broma, es costumbre del conde bromear.

Bromeando me dió un día un bofetón; otro día, bromeando también, me agujereó con una bala esta gorra; en fin, bromeando aún, acaba de errar el tiro por segunda vez. Ahora me toca a mi bromear.

Y pronunciando estas palabras levantó la pistola hacia mi pecho.

María lo comprendió todo y se arrojó á sus pies.

—¡Oh!—exclamé,—¿no te avergüenzas?

Y añadí furioso:

—¡Vamos, caballero! ¿concluiréis? ¿tiráis o no?

—No—respondió Silvio.

—¡Cómo! ¿no?

—No, estoy satisfecho, he visto tus temores, tus angustias, tu terror. Dos veces te he hecho disparar sobre mí y dos veces has errado el tiro. Ya te acordarás; te dejo con tu conciencia.

Y se adelantó hacia la puerta para salir.

Ya en ésta se detuvo, y volviéndose hacia el cuadro y sin casi apuntar, hizo fuego y salió. Para que no dudara de su destreza, había clavado su bala encima de la mía. Mi esposa se había desmayado.

Mis criados no se atrevieron á detenerle y le miraron pasar con miedo.

En la puerta de la casa llamó a su cochero y partió sin darme tiempo para reponerme.

El conde calló.

Acababa de oír el final de la novela en cuyo principio tanto interés había tomado.

Desde entonces no había vuelto a ver á Silvio.

Después se extendió el rumor de que cuando en 1820 dió la señal de la revolución de Grecia Alejandro Ipsilanti, Silvio mandaba una compañía de griegos, y murió en la batalla de Dragachán.

EL DORMILON

Por Georges Dolley

El señor Ledizain, arrellenado en un butacón del despacho de su fábrica, bostezó varias veces.

—Estás cansado — le dijo su amigo Dumourier. — ¿Hace mucho que no duermes?

—Desde hace diez años.

—¿Cómo?

—Desde que me casé. Desde hace diez años.

—Exageras.

—No lo creas, amigo mío. Tú, conoces a mi mujer.

—Muy hermosa.

—Es verdad. Hermosa, exquisita, encantadora, fiel, pero mundana. Es preciso que salga todas las noches, sin excepción. Así es que todas las noches nos vamos con los amigos al teatro, al concierto, a los restaurantes, a los dancings, a todos los sitios de diversión que tiene París. Y allí estamos hasta que volvemos a casa a las seis de la mañana.

—¿Todos los días?

—Todos. Esta mañana hemos vuelto a las ocho.

—¡Pobre amigo!

—No te extrañará ahora que bostece de este modo.

—Y ella estará también cansadísima.

—Nada de eso. ¿No ves que se levanta después de las doce?

—Pues levántate tú también a esa hora.

—No puedo; tengo que estar en la fábrica a las nueve. Es preciso que trabaje y gane dinero para salir por las noches.

—¿Y los domingos?

—Salimos en "auto".

—¿Y por qué no te acuestas tú a las nueve y dejas a tu mujer que vaya a todos esos sitios con amigos?

—O con amigos.

—¡Oh!

—Ya he pensado en ello y lo he puesto en práctica, pero soy celoso, y ha sido peor.

—No te comprendo.

—Me he acostado a las nueve dispuesto a dormir diez u once horas de un tirón. Pero el pensar que mi mujer estaría a aquellas horas en un palco, junto a un hombre, bailando en un dancing o bebiendo alegremente en un restaurant, codiciada por algunos y galanteada, me ha quitado el sueño y he dormido menos que cuando salgo con ella.

—¿Cómo es eso?

—Porque en el teatro duermo algunos ratos.

—¿Duermes en el teatro?

—Sí. En casa echo un sueñecillo de diez minutos antes de cenar, pero en el teatro he aprendido a dormir con mucho disimulo. Mi mujer lo sabe y me sirve de cómplice. Cuando termina el acto me despierta de un codazo, grito: "¡Bravo!, ¡bravo!", y aplaudo con todas mis fuerzas.

Bostezando siempre, el señor Ledizain despidió a su amigo Dumourier hasta la puerta. Cuando empezaba a adormecerse sonó el teléfono. Eran las once y media.

—¡Allo! ¡Allo!

Era su mujer, que le telefonaba.

—¿Qué ocurre?

—No te olvides que hoy se casa tu prima. Vete a las doce, a la iglesia de la Magdalena.

—Pues se me había olvidado.

—Me lo figuraba, y por eso te he avisado. A las doce ¿eh?

—En seguida voy.

Y el señor Ledizain, que pensa-

EL POEMA TRISTE

—Sí...

Era una suave doncella á quien llamaban la Estrella del amor; era su frente tan pura como es pura la blancura de un albor; era su boca tan linda y fresca como una guinda en sazón, y era su voz argentina como tenue y cristalina vibración... A la vera de este ensueño un caballero pasó, y soñando ser su dueño, así á la doncella habló:

¡Rosa, la mas purpurina, que hasta aquí vieron mis ojos beldad extraña y divina hecha toda de sonrojos... ¿quieres compartir conmigo el tesoro y el abrigo de un hogar?

¿quieres beber á mi lado el zumo divinizado del amar? ¿quieres sentir en mis brazos el ritmo de los regazos varoniles?

¿que grabe en tí mi palabra como el artista que labra con buriles? Te amo tanto, que sin ser poeta, canto... Tanto te amo, que como el ave al reclamo sube á mis ojos el llanto que mirar puedes aquí, ...y ese llanto se hace verso, tembloroso, puro y terso, para volar hasta tí... La doncella dijo:—

Y entre la vaga ilusión de la tarde que moría, díz que se oyó la armonía lejana de Mendelssohn...

Corrió el tiempo. Gravemente Otoño arrancó las hojas del bosque; y en las rojas explosiones del Poniente la selva, desnuda y fría, en su viudez de fulgores, clamaba por los colores que Invierno robó un día...

Ella y él, no mas se vieron. Al idilio breve y tierno le llegó también Invierno y bajo el cierzo rodaron las ilusiones perdidas, como ramas desprendidas del árbol donde brillaron...

¡Destino, destino ciego, ó en vez de ciego, vidente! ¿Eres sabio ó eres lego cuando fallas inclemente y de tu poder en aras, por leyes desconocidas únes por siempre dos vidas ó por siempre las separas?

..Y era una suave doncella á quien llamaban la Estrella del Amor; y era su frente tan pura como es pura la blancura de un albor; y era su boca tan linda y fresca como una guinda en sazón, y era su voz argentina como tenue y cristalina vibración...

BELISARIO ROLDÁN

Lógica interpretación.

Un sujeto fué de pesca y, cuando llevaba dos horas sin haber cogido un solo pez, observó que un hombre se lanzó al río con ánimo de suicidarse...

—¡Ba! Ese tiene una forma muy original de pescar — exclamó. Se arroja al río para agarrar los peces con la mano.

Tentado estuvo él de hacer lo mismo, pero en esto, el suicida, viendo que había poca agua, salió del río; y como estaba decidido a quitarse la vida, cogió una cuerda se la enlazó al cuello y se colgó de un árbol.

A la mañana siguiente, la policía encontró el cadáver, y sabiendo que el pescador había estado en aquel sitio fueron a interrogarle: —¿Estuvo usted pescando en el río?

—Sí, señor.

—¿Y no vió a un hombre que se ahorcó, colgándose de un árbol?

—Sí, señor.

—¿Y por qué no trató de evitarlo?

—Toma, porque como primero se había tirado al río, creí que se colgaba del árbol con objeto de secarse.

EL AMIGO

Por Eduardo Zamacois

Norberto Brito fué paladín esforzado de la libertad: defendióla en la prensa, desde la tribuna y, más de una vez, a mano armada, blandiendo un garrote o tremolando una bandera a la cabeza de los motines populares, y por ella vió confiscados sus bienes y padeció injusticias, destierros, persecuciones y otros fieros reveses y malandanzas.

A consecuencias de un violentísimo artículo publicado en el tercer número del semanario "El Terremoto", Norberto Brito fué encarcelado. Al día siguiente, Paulina, su mujer, y los ocho amigos que con él fundaron y redactaron "El Terremoto", acudieron a verle. Brito ocupaba en el departamento de los políticos la letra K. Era una celda rectangular, con las paredes estucadas y un amplio portalón abierto sobre una galería bien soleada por donde iban y venían, la cabeza baja y las manos cruzadas atrás, otros dos reclusos; el mobiliario lo componían un lecho y un lavado de hierro, una mesita y un sólido butacón canongil de elevados brazos y ancho respaldo.

Allí estaba Brito, de pie, las manos metidas en los bolsillos del pantalón: a través de la ventana abarrotada del locutorio aparecía su silueta elevada, triste y enjuta; rígido dentro de su largo "chaquet" como un signo admirativo; los negros cabellos cubrían la frente, llorando sobre el rostro cetrino, aviejado por la desilusión.

Norberto besó las mejillas de su mujer por entre dos barrotes; luego estrechó las manos de sus compañeros, Daniel Bala, Pedro Rico, Jaime, Antonio... todos estaban allí mirándole con ojos dilatados por el interés y la curiosidad. Los más ingenuos quisieron consolarlo, exhortándole a tener resignación y buen ánimo.

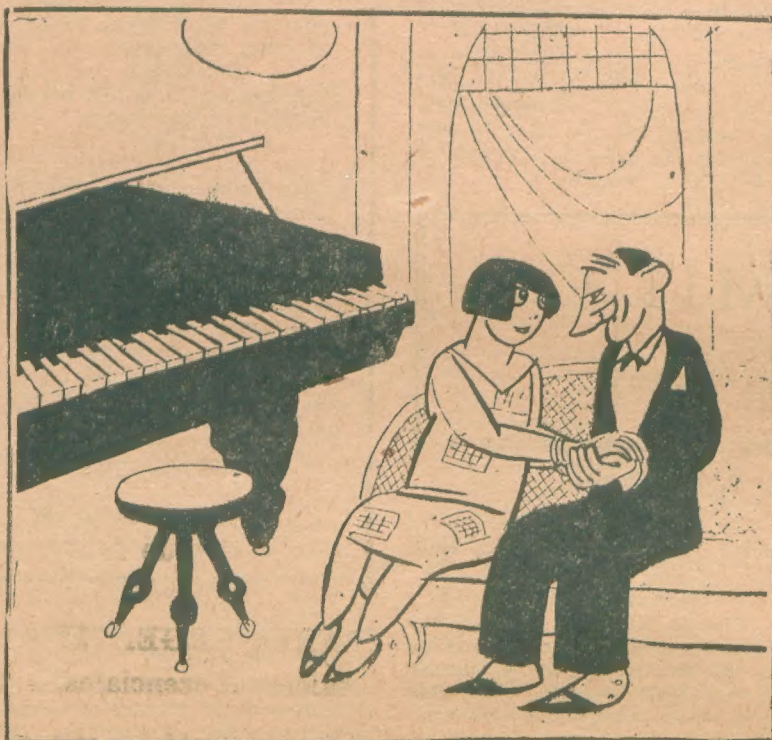
Brito, afectando cierta insensibilidad artística, que juzgó de primer tono, procuró demostrarles que jamás había estado "tan" bien. Para el hombre vulgar, la prisión es un martirio; para el inteligente para el pensador, es un refugio. Allí, en la paz del siniestro edificio, donde los reclusos viven como los microbios en los poros de los cuerpos muertos, el espíritu puede reconcentrarse, el entendimiento y la imaginación se exaltan, se trabaja mucho mejor, se lee con más provecho...

—En esta celda —añadió, — prometo escribir dos libros, por lo menos.

Aquellas afirmaciones que, a no ser falsas, acusaban un espíritu varonil, inaccesible al dolor, fueron recibidas de distinto modo: algunos admiraron la fortaleza de Norberto, otros sonreían, incrédulos; Paulina y Pedro Rico escuchaban amablemente, pues de algo

necesitaban hablar, pero sin emoción, sabiendo cuánto artificio había en el fondo de todo aquello.

A la tarde siguiente, ocurrió lo mismo; Brito habló del día de su excarcelación como de algo problemático y remoto; los amigos lo embromaron delicadamente, recordándole su estado de forzosa viudez; Pedro Rico miró a Paulina mordiendo los labios; ella reía impávida; era una mujer delgada y pequeña, con unos ojos glaucos y fríos, de una frialdad cínica. Norberto, manteniendo su empeño de parecer raro y fuerte, tornó a asegurar que jamás sospechara la



—¡Ay, Teresita, cómo me gustaría tener siempre tus manos en las mías!
—¿Por qué, mi vida?
—Para que no tocas el piano.

cárcel tan hospitalaria y agradable. Esta escena, con ligerísimas variantes, se repetía diariamente: Brito siempre aparecía impasible, moviéndose tras los barrotes de la ventana como un pájaro extraño; su cuerpo, sin embargo, sufría la doble acción debilitante de la quietud y de la sombra, y sus manos iban refiriéndose: las manos, por el contrario, de sus compañeros, que gozaban la vida de la libertad y del sol, estaban calientes.

Lentamente, los amigos de Norberto comenzaron a cansarse de visitarle todos los días: primero faltó Antonio, quien achacaba su alejamiento a perentorios quehaceres; luego Jaime...

Ante aquella desertión, Brito, siempre estoico y magnánimo, se cruzaba de brazos; la humanidad es ingrata.

—Lo raro sería —agregaba parodiando a Heine, — que los amigos nos acompañasen en la desgracia.

Pasó el verano y el otoño iba ya

de vencida; el viento era frío, las nubes encharcaban las calles; la cárcel, vista desde arriba, con su enorme mole oscura, debía de parecer un galápagos gigantesco, muerto sobre el barro.

Los presos políticos podían ser visitados todas las tardes hasta las cuatro. Dos redactores de "El Terremoto", que aun iban diariamente a cambiar, con Brito, un apretón de manos, se aburrían de aquel dilatado homenaje amistoso: la celda, con su locutorio atravesado por un largo banco de vieja gutapercha, llegó a parecerles una oficina donde nada inesperado ni agradable podía aguardarles. Siempre experimentaban impresiones idénticas; sus pisadas sonaban bulliciosas bajo la altiva rotunda de la escalera; los espesos muros trasudaban hielo y pesadumbre; los empleados de la penitenciaría examinaban a los visitantes de extraño modo como maravillándose de que aún tuvieran valor y constancia para ir hasta allí, aconseján-

Contra la gripe y la tos

Pastillas RIN-RIN

En dos tamaños: a \$0.45 y a \$1. — la caja

tinuaron andando lentamente, callados, la vista fija en el suelo, como se sigue a los muertos. Sobre las calles húmedas, desde el cielo sembrado de nubecillas blancas, un sol de invierno vertía su luz amarilla.

—Estoy triste —dijo ella, — ¿quiere usted acompañarme a dar un paseo?

El repuso estremeciéndose:

—Vamos por donde usted guste.

La adoraba en silencio; con los ojos se lo dijo muchas veces; ella lo sabía y también lo amaba. Fué aquél un paseo muy dulce, lleno de voluptuosidades exquisitas y nuevas. Paulina habló de Norberto: era un hombre frío que le acarreo, con su humillante despegue, disgustos innúmeros; ella necesitaba cariño y reverdecer su juventud, procurándose una pasión, una gran pasión que saciase las ambiciones del codicioso pensamiento. Pedro asentía acercándose a ella, disfrutando la vecindad de aquel cuerpo fácil. Tan agradable paseo lo repitieron en los días sucesivos; las tardes eran tibias, el sol caía a plomo sobre los caminos poblados de chiquillos y niñas, con delantales blancos. Daniel Bala había escrito a Norberto asegurándole hallarse enfermo de cuidado y rogándole imputase a esto, que no a indeferencia o censurable olvido, su ausencia y eclipsamiento.

Ella apretó más las ligaduras que ya unían a Pedro Rico con el preso: Norberto reconocía que su compañero era un hombre de corazón y un camarada excelente, ya que en el hospital y en la cárcel según el adagio, es donde se conocen los amigos buenos. De esto habló con su mujer varias veces; la joven afirmaba levemente moviendo la cabeza, pensando que si los otros se marcharon fué porque ella no les retuvo.

Todos los días, al salir de la cárcel, Pedro y Paulina, seguros de su impunidad, paseaban por las afueras de la ciudad. Una tarde regresaron casi de noche, y él estaba muy pálido y ella muy roja... y con los cabellos manchados de tierra. La primavera volvía; los árboles comenzaban a cubrirse de brotes nuevos; de pronto, en la lejanía del nebuloso horizonte, apareció la cárcel, imponente tras sus altos murallones de ladrillo.

—Allí está, murmuró la joven.

Rico repuso:

—No mires, déjale...

Y siguieron adelante, oprimiéndose las manos.

Aquél íntimo enredo de amor pasó; Norberto Brito nada supo, y cuando habla de Pedro, la emoción más sincera nubla su voz.

—Jamás olvidaré sus favores —dice;— cuando estuve preso, no dejé de ir a verme ni un solo día. Es mi mejor amigo.

—¡Qué pocos vamos quedando! —exclamó Pedro; — el mal tiempo y la distancia han reducido los amigos de Norberto a menos de la mitad.

—Así es —repuso Daniel.

Luego se despidió, subiendo precipitadamente a un tranvía que pasaba; Paulina y Pedro Rico con-

La Factura

Por Sara Insúa

Había sostenido rudas batallas consigo mismo para vencer aquella inclinación. Niño aún, cuando su inteligencia ágil y precoz le hizo comprender la fealdad de su manía, vertió copiosas lágrimas de arrepentimiento y de vergüenza. Luego, durante los períodos de la adolescencia y primera juventud, los estudios, los sueños y los placeres, unidos a la voluntad, adormecieron la insana pasión.

Pero con las primeras canas y los últimos desencantos despertó en Raúl Marlás la execrable cleptomanía.

Si Raúl Marlás, poseedor de un nombre prestigioso, de una lucida carrera y de unas rentas considerables, era cleptómano.

Cleptomanía en modesta escala, de esa que se satisface substrayendo pequeños objetos en las tiendas, en las casas particulares y en el café o el restaurante.

Las cucharillas, esas cucharillas plebeyas que descubren el plomo por las desgastaduras del baño superficialísimo de plata, tenían para Marlás una atracción irresistible. Próximos a ellas, sus dedos se crispaban o distendían nerviosamente, y Marlás tenía que cerrar los ojos para no verlos operar.

Las boquillas, las cigarreras, los monederos, los monóculos, las polveritas de señora, los tubitos de carmín, los esencieros, las limas de uñas, los abrochadores y todo objeto, en fin, de fácil captura, pasaba rápida e invisiblemente a sus bolsillos. Las manos de Raúl Marlás eran dignas de un malabarista.

Y la impunidad le animaba. En las tiendas y almacenes de lujo donde operaba, ¿cómo iban a sospechar de un cliente o de un señor impecable en el traje y la postura, que hacía una compra de precio elevado? Y los amigos que recibían constantemente de él obsequios y atenciones, ¿cómo podrían suponer que el pañuelo, la petaca o la plegadera desaparecidos saliesen de la casa transportados por Marlás?

Muchos criados, muchos empleados inocentes, fueron acusados y despedidos. En alguna ocasión Marlás lo supo y sintió en las mejillas el fuego de la vergüenza y en el corazón el peso del remordimiento. Pero no se enmendó.

Antes al contrario, fué perfeccionándose en el oficio, y ya era algo más que chucherías lo que estremecía sus dedos de deseo.

Un día, en un teatro, substraía a la señora que ocupaba la butaca contigua una pulsera de regular valor. En la plataforma de un tranvía se apoderó de un alfiler de corbata, y en un vagón del Metro se hizo con un precioso reloj.

Al deseo de robar por satisfacer un placer obscuro y punzante empezaba a unirse en peligrosa complicidad, la codicia.

Y Raúl Marlás dejábase arrastrar por su fea pasión, resignado y fatalista.

—Indiscutiblemente — se decía —, yo tengo algún ladrón entre mis antepasados, y obedezco a una ley atávica. Soy ladrón como podía haber sido borracho o jugador...

Y así, cuando le sedujo cierto juego de tocador de cristal de roca y plata repujada que vio en la platería que frecuentaba, no hubo un solo escrúpulo en su conciencia que le hiciera vacilar.

Empezó por llevarse un cepillo. Luego, un frasco; después, una bandeja. Le sorprendía un poco, y le satisfacía mucho, el descuido del dueño y de los dependientes de aquella tienda. Su distracción le encantaba y enardecía. Marlás llegó a llevarse hasta tres cosas de una vez. Y lo más sorprendente y delicioso era que nunca oía hablar de los objetos desaparecidos.

A los seis meses de visitar frecuentemente la platería — visitas en las que siempre hacía alguna compra —, ya no le faltaba por substraer del juego de tocador nada más que el espejo. Un espejo cuadrilongo, que medía medio metro.

Al llegar a esta fase, la empresa se hacía más difícil. Ni los amplios bolsillos del gabán de pieles, ni los del ranglán era suficientemente

grades para ocultarlo. Marlás meditó y encontró resuelto el problema con la adquisición de una capa.

Dos días después contemplaba Marlás, ordenando sobre una linda mesa barqueña, el juego de tocador completo. Y esta contemplación le proporcionaba uno de los goees más intensos de su vida.

Aquella misma tarde, y a los pocos minutos de haberse presentado un sirviente para entregarle una carta, oyóse una detonación en el gabinete de Marlás.

Cuando entraron los familiares, Raúl, caído sobre la alfombra, no respiraba ya. Había bastado para esto una bala en la sien. Y a todos pareció inexplicable aquel suicidio. Porque no era explicación suficiente una factura de la platería de... en la que se cobraba al señor Marlás, "por un juego completo de tocador — treinta piezas — en plata de ley repujada y cristal de roca, 3.500 pesos", y que se encontró arrugada y rota entre los dedos crispados del suicida.

ARAÑA

Cuando tus dedos sutiles
van ordenando gentiles
de tu testa la maraña,
tu manecita remeda
coqueterías de araña
tejiendo su red de seda.

Carlos C. SANGUINETTI

Banco Hipotecario Nacional

25 de Mayo 245 y 263—Leandro N. Alem 232, 46 y 260 (Bs. As.)

SUCURSALES EN TODA LA REPUBLICA

Inversión de capitales
— en CEDULAS —

Busque Vd. el título de renta, que dentro de las garantías sólidas que ofrezca, produzca el máximo y verá que la **CEDULA HIPOTECARIA ARGENTINA** del 6 o/o de interés anual, reúne estas condiciones esenciales.

Su triple garantía está constituida por:

- 1o. — LAS PROPIEDADES GRAVADAS EN PRIMERA HIPOTECA A FAVOR DEL BANCO.
- 2o. — LAS RESERVAS DEL BANCO (167.966.614.03).
- 3o. — LA NACION (Art. 6o. DE LA LEY ORGANICA).

A estas condiciones económicas privilegiadas, agregue Vd. la comodidad de que el Banco le recibe las cédulas en depósito gratuito, responsabilizándose de todo riesgo y procede con la renta de acuerdo con las instrucciones que recibe del interesado sin cargo alguno.

El Banco se encarga de la compra-venta de cédulas, cobrando solamente 1/8 o/o de comisión que se abona al corredor.

Tener dinero en cédulas es como tener efectivo, porque en cualquier momento el Banco anticipa casi el valor íntegro de la venta, desde una cédula de \$ 25 hasta cualquier cantidad y la operación queda definitivamente terminada en pocas horas.

Especial para FRAY MOCHO.

Desde el hombre mediocre, sin inteligencia, sin más que los instintos elementales de la bestia ancestral, hasta el hombre-máximo, hay un abismo mayor que el entre nuestro insignificante planeta y la estrella Canope: así en dimensiones, cuanto en distancia.

Imaginar lo que sería el hombre máximo constituye una hazaña mental. En el ciclo helénico se tuvo por arquetipo a Aquiles. El, al igual que todos los héroes de Grecia, se distanciaba profundamente del arquetipo. Ninguno representaba al hombre máximo. Porque ninguno era hombre. Un afán inmoderado de fundir la mitología con la realidad, daba por resultante el semidiós. Eran hijos de dioses. Y las mismas deidades — desde el Olimpo — los ayudaban en sus empresas.

En la realidad, un Atila o un Julio César, poseyeron algunas de las cualidades del hombre máximo. Pero no todas. Alguno de los Ptolomeos, también. El deseo de ser adorado como Dios, en unos; la conquista del planeta, en otros, no constituyen sino cualidades aisladas, parciales. Se aproximaban al arquetipo. Mas no hallamos en sus individualidades — con ser tan potentes — el ideal del hombre elevado a la máxima individualización.

Necesariamente hemos de buscarlo en la fantasía creadora. Y el primero que casi lo realiza plenamente es Shakespeare, en Macbeth. Pero sometido a un profundo análisis, Macbeth es la máxima encarnación del valor. Cuanto a la ambición, se ha de convenir en que se conforma con un trono real. Tiene la pasión del poder. Y no nos dice de realizar su individualidad, cuando sea poderoso para ello.

Y es que la representación del hombre máximo, era hazaña mental, reservada para un genio tan ofuscante como Hebbel. Se le ha llamado el Shakespeare alemán. No aceptamos la similitud, sino por la paridad en cuanto a profundidad mental. Shakespeare es más vibrante, más armonioso, más humanizador, más poeta. Hebbel, más reconcentrado, más subjetivo, más enamorado de los abismos de la Naturaleza, y del alma humana. Shakespeare se anula, para mostrarnos las más bellas facetas del sentimiento. Pasó por los jardines y los bosques de la existencia humana, cortando las rosas más bellas de pasión y pintando los más deliciosos paisajes. Hebbel, se coloca él mismo, bajo el disfraz de sus personajes, frente al mundo: se realiza imaginariamente, en un aparente desdoblamiento objetivo por imágenes de arte.

El genial trágico alemán, realizó la hazaña del hombre máximo en su tragedia "Judith". El personaje central, Holofernes, es la encarnación de todas las potencias humanas; el vaso de arcilla colmado de esencias. Tenía que romperse. Era incompatible con las leyes limitativas por las cuales se rige la especie humana. Y también con el mundo, que le parece insuficiente, angosto; y siente el deseo de romperlo, destrozarlo para ver si otra cosa mejor puede sustituirlo.

Su idealismo nos asusta. Está plético de contradicciones, lo mismo que la Naturaleza. Hamlet y Macbeth, son hermanos menores de

El hombre máximo

Por Gregorio G. Puigdeval

Holofernes. Macbeth lucha heroicamente por un trono. Holofernes quiere poseer el mundo. Hamlet siente inquietud metafísica ante el "ber or not to be". Pero ¿qué le importa a Holofernes el ser o no ser? Ninguna idea puede inquietarle. Hay el genio de la "especie" y el de la individualización. Están en eterna pugna. El representa y encarna la fuerza de la individualidad, cada vez más intensa y en constante renovación. El no ve en su ser fisiológico sino el vehículo del pensamiento. Realizar los pensamientos: esto es todo.

El anhela por hallar su rival, su semejante, el ser que le haga frente. Sería dichoso luchando con él,

aunque se sintiese morir entre sus brazos. Es el mismo dolor del genio, condenado al monólogo, a la soledad, por no hallar su semejante. Le anuncian que la ciudad de Betulia está protegida por un dios todopoderoso. Y se encamina hacia ella para enfrentarse con ese ser que cree su digno rival. Cree que puede serlo, en vista de que los hombres tiemblan a su presencia, y se le rinden como bestias inferiores.

La Naturaleza, empero, ha incurrido en grave error. Ha vertido demasiada vitalidad, asaz pensamiento en tan feble receptáculo cual el humano. Holofernes ha superado el límite específico. Y la Naturaleza para salvar a la "espe-

cie" rectifica. Holofernes ha de morir. Una generación de superhombres sería la última viviente: la humanidad se destruiría a sí propia. Como cuantos poseen demasiada individualidad, ha de ser eliminado. El instrumento mortífero es Judith. No hay que olvidar que el freno de la superación es la mujer. Judith, después de segar su cabeza, se dirigirá a los hombres de Betulia y les dirá: "ya he matado al primero de los hombres, para salvaros a vosotros; para que podáis guardar vuestros rebaños y cuidar vuestras hortalizas".

Judith, inconscientemente ha sido el instrumento de la fuerza regulatriz. La Naturaleza es inflexible. O el límite mediocre y semi-consciente de la "especie" o la eliminación. No en otra manera — si bien con variantes extrínsecas — Salomé cercena la testa de Joannam, otro aspecto del superhombre, pero antitético con relación a Holofernes. Joannam es la superación por la renuncia, por la disolución de la individualidad en el amor mutuo. Holofernes, el triunfo del individuo sobre el género. Entrambos van por órbitas opuestas, pero marchan hacia el infinito.

Son de naturaleza solar. Irradian demasiada luz y calor. Constituyen una amenaza de desequilibrio; y sobre todo de alteración de los designios naturales. Salomé y Judith son transportadas del escenario bíblico al estadio metafísico del arte, por la maravillosa intuición de Hebbel y de Oscar Wilde.

Al fin lo nombrado Civilización es únicamente un freno a la individualidad. Merced a ella, nadie puede "realizarse" sino en una pequeña parte de sí mismo. Porque somos incompatibles: de donde eso que se llama el mal. Mal para los demás. Pero bien para uno. Lo dicen las brujas que surgieron en el camino a Macbeth. "El mal es bien y el bien es mal". Lo bueno para el individuo es malo para la colectividad. Y esta es un conjunto de individuos incompatibles.

De aquí que Hebbel para crear el arquetipo del hombre máximo, hubiera de situarse — en vuelo retrospectivo de la imaginación — a aquella época en que el individuo se hallaba en circunstancias más propicias a su realización, por no oponerse a ella ese gran plexo de leyes enfrenadoras, cuya eficiencia se llama civilización.

No que Holofernes de Hebbel sea calco del bíblico. Como tampoco la Salomé de Wilde. Ni lo es tampoco el Macbeth de Shakespeare del histórico rey de Escocia. Estos personajes son arrancados por la mano taumatúrgica del genio, a la Historia, y a la leyenda, para convertirlos en arquetipos, mediante esa fuerza palingenésica del genio, que intuye un mundo donde solo hay una gota de agua, en un proceso semejante al de los paleontólogos al reconstruir el ser íntegro en su plena vivencia morfológica, sin otros datos que el de un residuo óseo.

El conflicto entre la "especie" y el superhombre, y entre éste y el mundo, ha servido de base a las más sublimes creaciones del genio, siéndolo igualmente de la inmensa tragedia del vivir. Nada, pues, de extraño, que insistamos en otros escritos sobre tema tan rico en facetas ideales y variantes sugestivas.

CABALLERO ANDANTE

Caballero andante, bravo caballero,
—todo bazarra, todo corazón—;
caballero andante gentil y trovero,
de capa terciada, de cálido acero,
de rojo penacho, de blanco blasón,
caballero andante, bravo caballero.
¡quiero que me legues tu fúlgido acero,
quiero que me legues tu gran corazón!

Caballero andante, yo soy tu heredero
bajo el amplio cielo, bajo el claro sol;
caballero andante, sigo tu sendero
con el mismo anhelo, con el mismo rol...
caballero andante, bravo caballero,
¡légame tu acero
légame tu sol!

Ambulaste mucho, noble caballero,
cantando tu buena, tu blanca canción...
Se ha mellado un poco tu fúlgido acero
y está fatigado tu gran corazón:
¡légame la lira, légame el acero;
e iré por el mundo sobre tu sendero
cantando a los hombres tu blanca canción!

Cómo de azaroso fué tu derrotero,
cómo de pesada tu vida hecha cruz,
cómo fué de hidalgo tu fúlgido acero
que en el desafío o en el entrevero
hería, cuajando la sangre en su luz!...

Quiero que no muera tu canto de oro,
quiero que no muera tu casta viril,
—emblema, bandera, trofeo, tesoro,
de viejas edades que admiro y adoro—;
entre la majada del vulgo servil,
yo diré a los hombres tu canto de oro
y la hegemonía de tu alma viril!

Caballero andante, yo soy tu heredero
tan digno y tan puro como tu blasón,
carácter me sobra, doblones no quiero,
sólo me enamora seguir tu sendero
diciendo a los hombres tu noble canción,
y para la lidia contra el mundo entero
quiero que me legues tu fúlgido acero,
quiero que me legues tu gran corazón!

M. CIRES IRIGOYEN

Dramas ocultos

Por Rafael Nogueras y Oller

El diminuto pie de Carolina estrujaba la rica alfombra. Los finos y brillantes dientes de Carolina, blancos en su pequeñez, herían sus perfumados labios, rojos como una fresa abierta. Su nariz delgada se hinchaba convulsa. La expresión, siempre afable y juguetona, de la esposa del banquero había desaparecido. Sola, en aquellos instantes de verdadera lucha, no mentía, era ella, tal cual era en su interior inviolable, desnuda en toda su fiereza. Sus ojos irritados, de mirada cruel, estaban fijos en la rica esfera del reloj de mármol con incrustaciones de oro que estaba sobre la chimenea.

Y el tiempo pasaba, el brillante péndulo iba y venía incansable en su ruido monótono, envolviendo la canción de las horas.

Y Carolina, presa de una nerviosidad extraordinaria, se apretaba su pequeña frente que hervía. Se alzaba y andaba por el pequeño salón como una fiera enjaulada, y volvía a caer en el ancho sillón, que la recibía con sus dos brazos de cedro abiertos; se revolvía en él haciendo crujir las sedas de su vestido, mirando tenazmente las agujas del viejo reloj, que le parecían, en su fiebre, dos dedos terribles que rodaban rápidos acercando el terrible momento, sumiéndola en la más horrorosa de las desgracias.

Y ella sufría de una manera atroz, inconcebible. El indomable bucle de su cabello negro tocaba su mejilla casi pálida.

Faltaba media hora.

Por todos sus nervios corrió como una descarga eléctrica. Se levantó de un salto, apretó el botón de porcelana y esperó apoyada en la chimenea. Su rostro se serenó rápidamente. Sus ojos recobraron aquella expresión que parecía envolver todo cuanto miraba en una tibia caricia. Sus facciones resplandecieron afables, más su alma persistía negra, sin horizontes.

Apareció un criado.

—¿Está el señor?...

—Aún no...

—Podéis marcharos.

El sirviente se inclinó hasta el suelo y desapareció tras la pesada cortina.

Sola, otra vez, dió libertad a su ira encarcelada.

—¡Este hombre es un estúpido!... ¡Este hombre me pierde!... —murmuraba en el paroxismo de su desesperación, paseándose nerviosa, mordiendo sus uñas sonrosadas. — ¿Qué hago?... ¡Es un bestial!... ¡Me pierde!...

Súbitamente, se serenó su frente, sus ojos tomaron toda la expresión de la picardía. Se sentó en una butaca, la aproximó a la mesa del centro, escribió muy a prisa y llamó otra vez al criado.

—Para Mr. de Richart.

Solo faltaban quince minutos. El criado partió. Por los abismos insondables de Carolina pasaba un verdadero drama. Se sentó indolentemente en el ancho sillón y casi calmada se miró con cierta voluptuosa complacencia en el gran espejo y, arreglándose el bucle persistente nació espontánea y diabólica su acostumbrada sonrisilla, más juguetona que nunca. Había tenido una buena idea.

En tanto, en los grandes escritorios de la banca, parecía que no ocurriese nada. Los dependientes seguían cada cual en su negociado, volviendo y revolviendo las anchas páginas de los pesados libros, con la pluma en la oreja, sin que

una sola línea de intranquilidad oculta surcara su rostro, lleno de estúpida importancia. Entre ellos reinaba la normalidad y monotonía de siempre. Sólo el cajero era el que sufría secretamente la peor de las agonías, era él solo quien conocía la terrible desgracia que pesaba sobre su caja. Derecho, con-

se abría la maciza puerta de la banca, el cajero, extremadamente pálido, atisbaba por encima de los vidrios de sus antiparras al nuevo personaje que entraba.

Faltaba media hora.

Don José penetró en el saloncito en que estaba Carolina, con la palidez de un muerto, como si huyera

¡HACE FRÍO!

Hace frío: está nevando.

Arde la leña en el llar.

La moza, en la rueca hilando, va desgranando un cantar.

Se queja el viento en las puertas,

Por la chimenea llueve.

Y las callejas desiertas están cubiertas de nieve.

Aullan los lobos hambrientos del campo allá, en los confines. Ladran con fuertes lamentos en los hatos, los mastines.

En el llar arde la leña. La rueca, al girar, rechina. La moza quinceabrileña sigue hilando en la cocina.

Entra un garrido zagal, que, víctima del helazo, trae un tierno recental, casi muerto, en su regazo.

La moza, mirando al mozo, dejó en la rueca de hilar. Ambos se han visto con gozo y con amor a la par.

La cocina está silente, llena de saudade y paz. ¡Cuánto se aman, mutuamente, la rapaza y el rapaz!

El corderito se queja con lastimero balido. Se oye cantar la corneja, Se oye de un gato el mayido.

Da la campana un tañido poniendo al silencio un broche. Y el lamento de un silbido turba la paz de la noche.

Hace frío; está nevando, El zagal se va a acostar. Y la rapaza, cantando se pone otra vez a hilar.

BENJAMIN RAMOS GARCIA

vulso en su flacura de viejo activo, con sus gafas sobre su larga y estrecha nariz. Estaba grave, no bromeaba, como de costumbre, con los mozos de cobranzas de las otras casas de comercio, pálido en su aturrido espanto, contaba y recontaba sus billetes, abría y ajustaba la pesada caja y se abismaba en reflexiones profundas mirando la esfera del redondo y negro reloj de aquellos escritorios. Cada vez que

de alguien. Un sudor frío, bañaba su rugosa frente, sus ojos estaban velados por una poderosa nube de espanto.

—¿Y qué? — gritó ella al verlo entrar de aquella manera tan innoble, clavándole una mirada terrible y llena de desprecio.

El viejo banquero se quedó anodado, sin saber qué hacer ni qué decir, inmóvil en su dolor, aplastado en sus sesenta años.

—Viejo, más que viejo, me lo esperaba de vos... ya no servís para nada... ni para satisfacer las necesidades de vuestra honra...

El pobre hombre cayó aplomado en una butaca frente a la chimenea, su cabeza se inclinó sin fuerza, como herida.

—¡Lo habéis logrado al fin!... ¡La quiebra!... ¡Ahí tenéis la quiebra!... ¡Viejo asqueroso!... ¡Habéis querido ir solo, sin saber andar!... ¡Reñistéis con vuestro socio, con el único hombre que podía salvar y enriquecer vuestra banca! Habéis, perdido, como el último de los cobardes!... ¡Sois un estúpido!... ¡El vencimiento!... ¡Maldito vencimiento!

Carolina tenía la carne roja por el odio largo tiempo dominado, sus ojos eran amenazantes, hablaba bajo, pero sus labios se movían dueros y las frases nacían terribles.

Allí, acurrucado en su sillón, medio muerto, miraba atónito y avergonzado a su mujer, aquella joven de carne fresca que se había unido a él por el interés y que él quería de una manera absoluta.

—¡Estoy hastiada de vos! Me marchó. No podéis satisfacer mis necesidades ni mis caprichos... Me habéis echado a vuestro lecho de placeres caducos y ahora queréis arrastrarme en vuestra ruina... ¡Me marchó!...

El pobre viejo cayó a sus pies, con la mirada suplicante, sus ojos grises se bañaron en lágrimas, temía de una manera horrorosa a la soledad. La joven le dominaba por completo. Carolina se dirigió hacia la puerta. Don José, llorando como un niño, se arrastraba por la alfombra besando el extremo del vestido de su mujer: estaba completamente subyugado. Carolina podía hacer de él cuanto quisiera. Satisfecha de sí, se volvió y le dijo:

—Podemos arreglarlo.

El viejo sonrió estúpidamente, arrodillado en medio de la sala.

—Volved a uniros con Mr. de Richart.

Richart, el apuesto y rico francés, de mirada azul y grandes bigotes rubios, tiempo atrás había sido socio del banquero. Richart se entendía con Carolina, don José se enteró y se rompieron las relaciones; liquidaron como buenos amigos y el drama quedó en secreto.

Al sentir esta propuesta, dicha con tanta desfachatez por ella misma, las carnes agostadas del marido tomaron un tinte violáceo, se irritó al recordar la terrible escena de su deshonra, en vano sepultada en el silencio del olvido, cerró los puños y se levantó de una pieza a pesar de sus años, lleno de ira. Pero solo duró un momento: la tremenda osadía de aquella mujer le aniquilaba. Temió su deshonra pública, moral y materialmente trompeteada a los cuatro vientos por la ruidosa quiebra de su banca, la cárcel y la segura pérdida de Carolina, de aquella mujer imprescindible. Cayó otra vez, completamente anodado, en el ancho sillón, y transigió con la idea vil, pero salvadora, de su compañero. Prefería la deshonra oculta.

Carolina, con todo el gesto de una gata, se apoyó en los secos hombros de su marido y acarició sus patillas blancas, besando con repugnancia la fría frente del viejo que sonrió bestialmente, abrazando la redondeada cintura de la joven mujer.

Y en aquel instante, apareció el criado que dijo:

—Mr. Richart.

DESDE PARIS

DOMINGO

Mi vecino de enfrente se ha levantado esta mañana bastante tarde. Son más de las nueve cuando abre los balcones de su cuarto piso, ornados de macetas sin flores aún y pequeñines como los de una casa de muñecos.

Es domingo... ¡Uff!..., día de asueto, día de descanso y de libertad. Por una vez, al cabo de la semana, el espíritu y el cuerpo podrán reposarse del ajeteo embrutecedor que supone la labor diaria con sus repetidos asaltos al "metro" atestado y apestando a animalidad, con las comidas hechas aprisa para llegar a tiempo a la oficina, a la tienda o al taller y con la vuelta, ya al atardecer, cansados y un poco mohinos, "en busca del olivo".

El parisiense que trabaja es casero y amigo del hogar y de la comodidad en él. En el ambiente de la gran urbe, propicio a la distracción y fácil a todo escarceo sensorial, transurren, generalmente, sus años mozos entre diversiones y aventuras galantes en las que, a veces, deja prendidos pedazos de su corazón. Pero, al casarse, sienta la cabeza y, casi curado de inquietudes amorosas, se convierte en un burgués pacífico y cómodo que usará sombrero hongo, ahorrará, céntimo a céntimo, los miles de francos necesarios para comprar un día una casita en el campo, y será un átomo más de la formidable y compacta masa que hace hoy, sin paradoja de la Francia republicana, el país más conservador del viejo continente.

Ved su casa. Un pisito pequeño que, casi siempre, comprende un comedor no más grande que un pafuelo, la alcoba y la cocina en la que una sola persona se estorba a veces a sí misma. Y si hay un saloncito, de ocho o diez metros cuadrados todo lo más, entonces la casa es un palacio... de juguete, es verdad. Pero, ¡con qué gusto está arreglado todo con qué sentido del aprovechamiento del espacio!

El alma de una casa es la mujer. Y la mujercita francesa, de la que quizás hable otro día, sabe encontrar esos detalles encantadores que dan vida y calor a las cosas inanimadas. Unos cojines que parecen esperararnos sobre el diván, un "bibirot" raro, un libro interesante...

Y flores, un bucaro o dos con flores vivas, gayas y olorosas. Así, cada casa es un nido coquetón y acogedor que parece retenernos con su apacible tranquilidad lejos del bullicio enloquecedor de la calle; un nido en el cual el hombre encuentra como un sedante para sus nervios excitados.

Mi vecino, que cada día, al volver de su tarea, compra el pan en la panadería de la esquina, el primero que hace al llegar a su casa, tras besar maquinalmente, cariñoso a su "mitad", es quedarse en pantuflas y plantarse en pijama.

Hecho lo cual se instala en su butaca y, beatíficamente repantigado, pónese a leer las últimas noticias de "L'Intransigeant" o de "Paris-Soir". Crímenes sensacionales, catástrofes espantosas, tirantez con Italia, incertidumbre política...

— ¡Oh! ¿ganarán los comunistas las próximas elecciones? Todo son noticias pavorosas, noticias que amargan uno y otro día la existencia del buen ciudadano.

Sin embargo... ¿a qué pensar? La vida es ya bastante difícil de por sí para que todo esto que dicen los periódicos venga a hacerla menos llevadera aún. ¡Bah! Todo se arreglará...

Luego... ¡se está tan bien así, sentados, sin pensar en nada, mecidos por el canto que dice en su jaula el pajarillo familiar y aspirando las bocanadas de humo de la pipa amiga!

recogen el lirismo encendido de una agria disputa conyugal. Todo no es color de rosa en un nido. E instintivamente mi alma solitaria se regodea en el aislamiento de su torre de marfil. Mas ante la escena ésta, simple y litúrgica, de sentarse en paz a la mesa con los suyos, me invade siempre una triste nostalgia que casi se convierte en envidia. ¡Es tan duro el éxodo cotidiano por los restaurantes, tan

EL MEDIODIA

Juro que desde ahora he de ser fuerte para la vida y el dolor. Prometo mirar de frente al mundo y a la muerte.

Mi timidez, mi amor y mi respeto —tres hechizos, tres cruces—, quedan rotos. Debajo el corazón y encima el peto.

Máscara adusta de gestos inmortos pondré para escuchar grito y lamento. Seré un águila en vuestros terremotos.

Disfrutaré y agotaré el momento, y se me ofrecerá la vida plena de la inminencia de un alumbramiento.

No habrá perdón, Dimas y Magdalena, no habrá cosuelo para el sufrimiento. Como Jehová, yo será un mar de arena.

Ezequiel MARTINEZ ESTRADA

Verdad es, también, que el tabaco cuesta a dos francos cincuenta el paquete, pero ¿es que va uno a privarse por eso?

La mesa está servida y mis vecinos se ponen a comer.

Desde la atalaya de mi ventana presencio involuntariamente, al hilo de los días, la sucesión de escenas nimias y triviales que escalonan la vida íntima de un hogar. A veces mis ojos regocijados sorprenden, sin querer, el secreto de un grotesco idilio en calzoncillos que tracionan unas persianas mal cerradas. Otras, son mis oídos los que

poco grato el pan cortado sobre manteles alquilonos! ¿No es la mesa, con la cuna, el símbolo más sagrado del hogar?

La cuna aquí en París, con la carestía de la vida y la exigüidad de las casas no encuentra ya sitio en donde mecer su tesoro de carne rosada. El problema ha sido solucionado fríamente suprimiendo los hijos. Pero ¡la mesa!... El culto de la mesa es, en Francia, tradicional y religiosamente respetado. Brillat-Savarin escribió con su *Psicología del gusto* el evangelio de la gastronomía. Pero el entronque de és-

ta con la literatura arranca de mucho antes de los pantagruelismos rabelesianos. Mi vecino, como buen francés, se cuida bien la andorga. La sopa humea en la mesa expandiendo un tufillo reconfortante, "introito" de otros platos enjundiosos y suculentos que serán abundantemente regados con zumo de uvas. Y es lo que respondería, si le preguntasen, mi vecino y con él todos los vecinos de París: ya que la vida es corta y penosa aprovechemos con fruición las ocasiones que se nos presentan de disfrutar.

Así, cuando llega un domingo todos se aprestan a aprovecharlo concienzudamente.

Un "cine", un teatro, un campo de deportes o bien un café, será el objeto de su peregrinación. Eso si no se quedan en casita en donde ofrecerían el té a algunos parientes o amigos. Más, si es un domingo claro y radioso como éste... Entonces es el Bosque de Bolonia, el de Vincennes, los lindos pueblecitos de los alrededores, lo que se puebla de parisienses que huyen de la ciudad buscando por un día un poco de aire puro que respirar y un bucólico rincón en que poderse tender sobre la hierba a meditar, lejos del humo de las fábricas, del runruneo de los motores y de los bocinazos de los autos.

Por eso mi vecino, lo primero que ha hecho esta mañana al abrir su balcón, ha sido mirar ansiosamente al cielo en el que unas nubecillas blancas parecen colgadas como vellones de algodón. Y, satisfecho de la observación, mientras que "madame" prepara el desayuno, se ha puesto, diligente, a sacudir las alfombras de su alcoba.

J. QUESADA NOFUENTES

París, abril 1928.

En la exposición canina

Un señor va a comprar un perro.

—¿Cuánto vale éste? — dice señalando a uno.

—Treinta pesos.

—¿Y este más pequeño?

—Cien pesos.

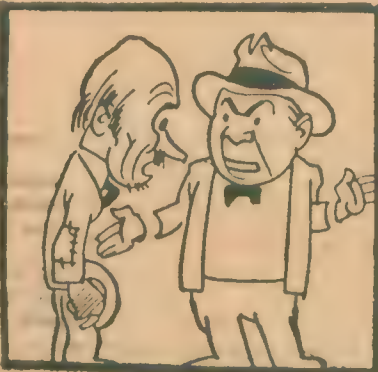
—¿Y este más pequeño todavía?

—Ciento cincuenta pesos.

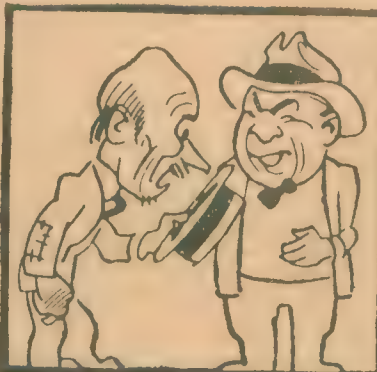
—¿Y este más pequeño?

—Doscientos pesos.

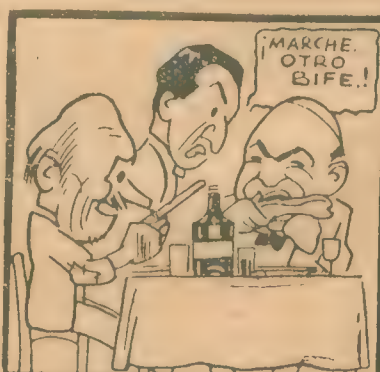
—Entonces, ¿qué me va a llevar si no compro ninguno?



—Lo que son las cosas. Usted no puede comer, porque no tiene plata, y en cambio yo, tengo plata, y no tengo apetito.



—Si paga el almuerzo, le indico cómo puede comer.
—Aceptado.



—Ha visto, amigo. No hay nada mejor que el "Hierro Quina Bisleri", para sentirse anfitrión.

MI TÍO JOE

Por Rodolfo Bringer

Mi tío Joe estaba citado aquel día con un procurador para hablar de un pleito, en realidad insignificante, pero cuya resolución esperaba con una impaciencia fácil de comprender si se tiene en cuenta que había de proporcionarle el dinero que necesitaba para ir a pasar una temporada en casa de su padre, el venerable pastor protestante de Grantham.

Aunque la cita era para las cinco, su impaciencia le hizo llegar a las tres al lugar convenido. Por su gusto se hubiera metido en cualquier café o en algún bar; pero estaba sin un penique, y la falta de dinero le obligó a vagar por las calles.

Para colmo de desdichas empezó a llover. Afortunadamente, sus ojos se fijaron en un cartelito, del tamaño de un palmo, poco más o menos, en el que vio escritas estas palabras: *Se necesita un contable. Dirigirse a Master Crossbunns, 27, Chancery Lane.*

—¡Caramba! — pensó Joe Blakmussel! —. Ya que no tengo nada que hacer, bien podía presentarme a Master Crossbunns como contable. Así pasaría un rato, y entre tanto quizá deje de llover.

Y se dirigió a Chancery Lane, 27.

No tardó Joe en encontrarse en presencia de un respetable caballero, el señor Crossbunns en persona, opulento comerciante dedicado al tráfico de carne en conserva.

—Caballero: vengo por la plaza de contable.

—All right!... ¿Ha estado usted empleado en alguna otra casa de comercio.

—Sí. En el Connecticut.

—¿Es usted inglés?

—Del Lincolnshire.

—¡Caramba! ¡Qué casualidad!... Yo también. ¿Cómo se llama usted?

Joe, como a cualquiera se le alcanza, no tenía el menor interés en revelar su verdadera personalidad; pero, cogido de improviso, contestó:

—William.

—¡Curiosa coincidencia! Yo también me llamo así—volvió a observar, sonriendo, el respetable Crossbunns—. ¿Y de apellido?...

¡Ah, no! Aquella era demasiada indiscreción, y para evitar complicaciones, con admirable aplomo y voz temblorosa suspiró Joe:

—¡No lo tengo!

—¿Cómo!... ¿Acaso es usted...

—¡Un hijo natural!... ¡Desgraciadamente, sí!

Y Joe bajó los ojos, empañados por la vergüenza.

Pero con gran sorpresa vio que Crossbunns se levantaba y, visiblemente conmovido, le estrechaba efusivamente la mano.

—¿Qué importa eso? ¡No tiene usted la culpa! ¡Pobre muchacho!

Envalentonado Joe, se lanzó a las confidencias, pues seguía lloviendo y todavía no eran las cuatro. Intrépidamente renegó de su familia, y recordando a una buena mujer, muerta ya hacía mucho tiempo, que en su juventud iba a

casa de la familia Blakmussel, y que había tenido algunas aventuras, a ella se acogió.

—Sí—confesó—. Soy hijo natural. Mi pobre madre, la santa señora, era bordadora en Grantham. Un miserable la sedujo y la abandonó luego. ¡Yo no soy el fruto de ese delito! Mi desgraciada madre murió de pena al darme a luz. Se llamaba Jenny Hudson...

Crossbunns, dominado por indecible emoción, dió un salto:

—¿Ha dicho usted Jenny?...

¿Jenny Hudson, bordadora en Grantham?... ¿Tiene usted, quizá, unos veinte años?...

—En agosto los cumpliré.

Crossbunns hizo un rápido cálculo con los dedos, y después, radiante, exclamó:

—¡Ven a mis brazos, hijo mío! ¡Por fin te encuentro! ¡Voy a poder reparar mi falta! ¡Jenny, la linda bordadora de Grantham, fué

seducida por mí! ¡Yo soy tu padre!...

Y estrechó contra su seno al hijo que en vano había buscado hasta aquel momento, y que encontraba de un modo verdaderamente providencial.

¿Qué añadir? La lluvia había cesado, pero Joe se refa ahora ya de la lluvia. Pensando que el venerable pastor de Grantham, su verdadero padre, vivía en la mayor estrechez con sus trece hijos, y sólo le podría legar sus numerosas deudas, y que, por otra parte, el honorable Crossbunns era más que millonario, no lo quiso sacar de su error.

Hay que hacer constar que cuando en la familia alguien cuenta este incidente de la vida de nuestro ex tío Joe no hay nadie que se atreva a tirarle la primera piedra.

El mayor Buda del mundo.

A manera de costoso monumento funerario, y dedicado a las al-

mas de un millón de japoneses, aproximadamente, que murieron sin amigos y familiares que les hicieran las ceremonias fúnebres prescritas por su religión, se ha levantado en Beppu (isla Kyushu) la estatua más grande a Buda de todas las que hay en el mundo.

Este gran Buda o "Daibutsu", como le llaman los japoneses, ha sido construido merced a la piedad de un riquísimo comerciante de Beppu, cuyo nombre es Okamoto.

Okamoto creía que los que habían muerto solos debían ser recordados de alguna manera.

Y mandó reunir todos los huesos y cenizas que pudieron hallarse de cuantos habían muerto en tales circunstancias y los hizo colocar dentro de la colosal estatua del Buda.

De esta manera muchos suicidas serán así honrados después de su triste fin.

Okamoto se ha gastado en realizar todo su proyecto unos cincuenta mil dólares americanos.

La estatua del Buda tiene ochenta pies de alto.

El dios está sentado con las piernas cruzadas, en actitud meditativa, sobre una inmensa hoja de loto, emblema de los budistas.

¡No se lo deje agravar!



¡AHORA es un simple resfriado, pero si se lo descuida, dentro de veinticuatro horas puede haberse convertido en una pulmonía!

¡Atáquelo inmediatamente, tomando

Fenaspirina

Es la última palabra de la ciencia moderna tratándose de resfriados, influenza y gripe. No sólo alivia los síntomas iniciales, como dolor de cabeza, quebranto, malestar, etc., sino que decongestiona los centros afectados, favorece la eliminación de las toxinas e impide el desarrollo de los gérmenes.

NO TRASTORNA EL ESTÓMAGO NI AFECTA EL CORAZÓN.

Tomando al acostarse dos tabletas y una limonada caliente [un limón exprimido en una taza de agua hirviendo, con o sin azúcar] se acelera considerablemente el resultado.

¡Ensáyelo y verá!



Para la molesta obstrucción de las narices, **Kape Med** de la Bayer **OXAN**. Destapa, refresca, facilita la fluidez, despeja la cabeza y ayuda a cortar el resfriado.

Era una pareja singular.

Clotilde rayaba con todos los esplendores del mediodía, en los veinticinco años de una existencia cuajada de alegrías y dulzuras. Era el conjunto, el compendio, el resumen de cuantos atractivos poseen las mujeres hermosas.

Ojos grandes, rasgados, negros; cabellera espesa y tan negra como los ojos, su tez como el jazmín, blanca, delicada; sus labios del mismo color de las cerezas, y su escultural figura revelando que había sido modelada por angelicales manos...

El osado que se atreviera a contemplar, aun por breves instantes, aquel movimiento de su seno, apacible, dulce, que obedecía a los latidos de un corazón que más bien que centro de un mecanismo vital parecía ser un generador de encantos y de perfumes, forzosamente había de sentirse poeta, y poeta enamorado.

Roberto, en cambio, ofrecía un aspecto vulgar. De escasa estatura, rechoncho, sin expresión alguna en su rostro, poco poblado por el pelo; con un buen número de canas mezcladas con su cabello castaño, arrugada su tez, a pesar de contar solamente seis lustros de vida, manos muy grandes, ojos pequeños y verdosos... Sólo poseía la gallardía de un cuerpo robusto y un alma llena de sentimientos nobles.

Roberto se casó, con el corazón tiernamente ilusionado, siendo su afecto puro, intenso, grande; el afecto que nace en el pecho de los hombres honrados, que ven solo, en una sola mujer, la compañera de toda la vida, destinada a acariciar con sus blancas manos nuestras sienes, compensando con sus caricias las fatigas de nuestro trabajo, asiduo, constante, casi eterno...

Las amigas aseguran que ella también se casó enamorada.

Quizá, quizá después de mucho mirarse en el espejo, hizo lo que hacen los niños al caer en sus manos un libro de cuentos infantiles, que tras de leerlos y releerlos, por mera distracción, llegan a conocerlos de memoria...

Y ella se convenció de que era muy hermosa.

¡Y el arte tuvo un capricho!

Los tres primeros años de vida conyugal, pasaron para ellos risueños y hermosos como una de esas nubes poéticas del estío, una de esas nubes blancas que son dignas hermanas de los jazmines de la tierra, allá, en las regiones del éter... Y que, porque son hermosas, porque son poéticas, porque son hermanas de las flores, como las flores no tardan en desvanecerse.

Roberto cobraba un sueldo ni sobrado ni mezquino del Marqués de Montefé, cuyas fincas eran por él administradas. Cierta tarde en que estuvieron liquidando el trimestre finido, quedó durante un buen rato Roberto solo en el despacho del Marqués. Encima de la mesa, debido quizás a un involuntario olvido, se hallaba un libro pequeñito cuyas tapas cubiertas de piel de Rusia ostentaban las iniciales del Marqués, en bien cincelada plata.

Roberto sintió la curiosidad de ojearlo y, tomándolo entre sus manos, lo abrió con cuidado. Era un libro de memorias; en él iba sentando su dueño un sin fin de curiosidades, los sucesos más notables de su vida, sus asuntos... Roberto

COMO EL VIENTO

Por Juan Ventura Rodríguez

leyó con avidez alguna de aquellas notas. Sólo fijó su atención en una página manchada (no diré escri-

tante dificultad, expresaban el concepto siguiente: "Hoy me he vencido de que para obtener el



EL DOCTOR. — ¿De modo que su esposo sueña en voz alta? ¿Desea algo para evitarlo?...

LA JOVEN ESPOSA. — No, señor. Algo que haga que se le entienda lo que habla...

ta) con unos rasgos, más bien que amor de la hermosa Clotilde daría letras, pero que, aunque con bas- mi fortuna entera".

INNOMBRADO

La múltiple belleza de la tierra del Hombre
Ha tenido en mis versos su pedazo de espejo
Pero tú, pero Tú, mi gran amor sin nombre
Has sido una presencia tácita en el reflejo...
No he podido pintarte jamás, aunque la vida
Era la perspectiva lejana de tu imperio
Del fuerte imperio trágico de tu figura erguida
Contra un fondo de sombra, de fuego y de misterio...

Con la llama de lacre, trémula, ensangrentada
Con el puñal de hielo del dolor que se parte
Burlé a sombra y fuego, y en la fiebre del Arte
La estrofa dolorida, candente y desolada.
Pero no te vió nadie... ¡nadie! bajo la pena
De aquel interrogante que emblanqueció mi boca
Con la sed de lo eterno.

Fuiste la gruta buena
Pero disimulada bajo su misma roca!

Para haberte cantado mi voz alta y desnuda
Fué opaca la palabra con que el hombre maldice
Ay! El mármol encarna sólo la forma ruda
Y el color, la materia bajo un único aspecto.

Fuiste la voz simbólica de lo que no se dice
Y la ideación abstracta de lo que en sí es perfecto

Al fin el Arte mismo, solo es la faz diversa
Del puñado de polvo coloreado, Rey mío...!
Mi corazón mañana será tierra dispersa
Mi corazón, hoy lleno de tu Nombre sombrío!

María Alicia DOMINGUEZ

El importuno se estremeció, sintió en su garganta un nudo terrible que le ahogaba, palideció, cerró los ojos y cubriólos con ambas manos, inundado su cuerpo por el escalofrío que produce el miedo, el terror a una sombra que nace y se desvanece, a una visión que va y viene como las ondas del Océano. A los pocos instantes recobró su ánimo la tranquilidad de siempre, porque conocía perfectamente a Clotilde... Más, de pronto, aquel fantasma horrible volvió a surgir de entre el espacio, allí, ante sus ojos, para mofarse de él, vestido con extraña elegancia, con movimientos rigurosamente aristocráticos... Pero ya no era un sueño, ya no era un fantasma, ya no era una visión, ya no era una sombra, era el propio Marqués que penetró en la estancia y contempló por un momento la actitud nerviosa que se había apoderado del desgraciado.

Este sintióse enfermo y se retiró a su casa. Después vino el silencio de Roberto. Jamás supo Clotilde adivinar cuál fuera la pasión que le consumía; siempre le vió triste, siempre melancólico. Su melancolía le abstraía de todo, y su mujer iba avezándose a una vida monótona, indiferente, desprovista de dulces palabras y de arrulladores besos...

Y así, él melancólico y ella triste en su aburrimiento, parecía que habíanse dado las manos para parecer los dos a un mismo tiempo entre las olas borrachas de ese mar sin orillas llamado del hastío, sobre el que jamás flotó ni el menos pesado madero, porque al contacto de su masa todo cruje, se quiebra y se sumerge.

Algunas noches los esposos se asomaban al balcón, y contemplaban con éxtasis el azulado tul del cielo, cuyas motas son estrellas, y aunque el espacio que mediara entre sus cuerpos no fuera bastante para que el más insignificante pajarrillo extendiera sus alas, permanecían completamente aislados, porque los pensamientos se habían alejado y los corazones marcaban distintos compases.

Por eso fijaban la vista en aquella bóveda. Cuando dos seres siguen el camino de la vida, por la misma senda y el eco sólo repite una pisada, no levantan la cabeza para mirar el cielo, inmenso, que lo buscan pequeñito como ellos; lo quieren en reflejos y lo encuentran en el fondo de los ojos...

El Marqués viajó durante algunos meses. Después volvió y visitó a sus amigos, entregando un hermoso regalo a Clotilde, consistente en una preciosísima pulsera adornada con brillantes. El encanto de Clotilde fué indecible; la tortura de Roberto fué inmensa.

Roberto, solo con su conciencia y su corazón, ideaba planes de venganza por aquella irrealdad, por aquel vacío... Por lo que carecía de forma.

Clotilde, a su vez, estaba maravillada de la amabilidad y el cariño con que les trataba el señor de Montefé.

Aquel día cenaron juntos, después el Marqués les ofreció su palco y los tres se dispusieron para asistir a una representación de "La Bohème". Al dirigirse a la escalera, el Marqués presentó su brazo a Clotilde que lo hubiera aceptado, a no ser que Roberto, furioso, en-

colerizado, llevó sus manos al cuello del Marqués, diciéndole:

—¡Marqués de Montefé! ¡quiero matarte, quiero aniquilarte! ¡por que tienes el cuerpo hermoso y el alma de reptil!... ¡Así!... ¡así!...

El iba estrujando cada vez con más fuerza... Pero, a tiempo, Clotilde dirigió una expresiva mirada de reprensión a Roberto, y obligó a desistir de su propósito.

Estaba agitado; estaba verdaderamente enfermo. No fueron al teatro. El Marqués se despidió solo de la esposa.

Por la noche, a la hora aquella en que se encuentran las almas, las de Roberto y Clotilde no se encontraron. La alcoba estaba iluminada por una lamparilla que Clotilde tenía buen cuidado de arreglar todos los días, para ofrecerla a la Virgen de los Desamparados, por la que sentía una devoción intensa.

Roberto se acostó, pero no pudo dormir. Durante largas horas, su corazón parecía barquichuelo zozobrando sobre el mar, en olas de tempestad y escándalo en las nubes. Sus ojos se cerraron, por fin, más no para entregarse al sueño, sino a una meditación triste. Si su esposa le dirigía la palabra era para reprenderle por sus ofensas al señor de Montefé.

Ella durmióse. Cuando dormía, Roberto se levantó, frenético, convulsivamente, y escapó de la habi-

tación... Más tarde resonó por toda la casa el estampido de un tiro...

Despertó Clotilde y encontró a Roberto tendido en el suelo de la

no fueron lágrimas, ¡fueron gotas de acíbar!

Al día siguiente, el cadáver de Roberto fué visitado por sus innu-

AL CALOR DEL HOGAR

Noche de invierno: sopla un viento frío; toda la casa se recoge en una habitación, toda la casa es una pequeña alcoba donde no hace frío.

Arde en la estufa la encendida leña; sube la llama con sutil esfuerzo dando variantes al color; se sueña con un país donde se hablase en verso...

La Amada inclina su cabeza blonda sobre los hombros del Amado; cae su cabellera en una larga onda

y su frente serena se contrae siguiendo el vuelo de no sé qué honda meditación doliente que la abstraer.

Luis María JORDAN

estancia contigua, completamente bañado en sangre... ¡Se había suicidado!

Ella lloró desesperadamente. Si su llanto fué tan amargo como copioso, lo que sus ojos derramaron

merables amigos, entre ellos el Marqués de Montefé, que con la muerte había olvidado el ultraje. Me atrevo a decir que fué el quien prodigó más dulces consuelos a la viuda.

Ella acogía sus cariñosas ofertas de apoyo y amistad con una sonrisa triste, digna de haber brotado en los labios de doña Juana la Loca.

A través de los cristales del balcón veíase el panorama de la ciudad en la plenitud del día, dorada por el sol, brillante, hermosa... y Clotilde abandonando la sala obscura donde dormía Roberto, posó sus miradas en aquel otro cuadro de Natura, embriagándose con el ardor de una mañana de estío...

La acompañaba el Marqués...

Dos golondrinas iban y venían afanosas construyendo un nido, Clotilde exhaló un suspiro tierno, diciendo:

—Le adoraba, Marqués. ¡Pobre Roberto!

Montefé no dió gran valor a estas palabras, pero apoyóse en ellas para pronunciar estas otras al oído de su amiga, a la vez que mostrábale aquel par de avecillas...

—Distraed vuestros ojos, alejad vuestros pensamientos tristes, mirad estos pájaros, estos pájaros que, sin duda alguna, se adoran mucho...

Se puso pálido, sus ojos se convirtieron en dos ascuas... temblaba.

Clotilde le miró y en vez de repudiarle... dibujó en su boca un cariñoso gesto...

El espíritu de Roberto acaba de emprender la última carrera... ¡Iba a conocer lo desconocido!



PIANOS

STEINWAY & SONS

CASA BAÑA

C. PELLEGRINI 440.

U.T. 38, Mayo 0535.

CUOTAS MENSUALES

AFINACIONES Y CONPOSTURA DE PIANOS

Con el Dr. Diego Luis Molinari, el nuevo senador nacional electo por la capital federal.

Dinamismo, ejecución, inteligencia. He ahí sintetizado el doctor Diego Luis Molinari, nuevo senador nacional proclamado recientemente por el colegio electoral de la ciudad de Buenos Aires.

Nos atiende en su domicilio particular.

—Cuál será su acción futura en el parlamento, doctor?

—La continuación de la que he venido realizando. Soy y he sido siempre muy explícito en todos los actos de la vida pública, y he observado siempre consecuencia y unidad en mis actos. Es pues, fácil comprender lo que pienso realizar en días venideros. Proseguiré en el plano de la política, con la misma acción que desarrollé en la Cámara de Diputados de la Nación.

—¿Será usted el miembro más joven del alto cuerpo?

—Así dicen.

—¿Qué nos cuenta de las recientes elecciones?

—Qué puedo agregar a la elocuencia de las cifras? Hemos triunfado por una mayoría abrumadora, de más de cuatrocientos mil votos. Yo pronostiqué que el 56 ojo de los inscriptos votarían por nosotros y ha sido superado mi cálculo que muchos adversarios suponían utópico. Ahí tienen ahora. Con el pueblo no se juega. El se ha pronunciado decididamente por el hombre que llenó las aspiraciones colectivas y que trasunta la voluntad de ese pueblo: Hipólito Irigoyen.

—¿A qué causas atribuye Vd. la derrota del llamado "Frente Único"?

—Al contubernio, amigo, al contubernio. Ellos creyeron, ilusos, que podrían, engañando al pueblo, conspirar contra sus intereses y sobrepasar al prestigio del indiscutible y supremo jefe del radicalismo, pero les falló ruidosamente la maniobra. La reacción popular se hizo sentir. Vibró la república entera en un grito profundo, que levantó ecos en todas partes: Irigoyen, Irigoyen, Irigoyen! Y en comicios honorables, en un acto glorioso en la vida democrática argentina, sin más antecedentes semejantes que la elección presidencial de 1916 y la de 1922; con un entusiasmo y un fervor dignos de la causa, todos los ciudadanos dieron su voto a quien significaba progreso, garantía, orden, confirmando la confianza que siempre le tuvieron.



Doctor Diego Luis Molinari, candidato de la Unión Cívica Radical Irigoyenista, que obtuvo un amplio triunfo en las recientes elecciones para la senaduría por la Capital Federal

—Y en otros órdenes, ¿cuáles serán sus iniciativas?

—Yo, todos lo saben, fui el ini-

ciador de esta debatida cuestión de la nacionalización del petróleo, que fué combatida por los socia-

listas viejos, y a lo que atribuyo su reciente Waterloo electoral. Ahora, en el Senado de la Nación, me ocuparé preferentemente de lo mismo, porque conceptúo que es un asunto de vital interés para la patria.

Pero todo no ha terminado. Este triunfo halagador no señala más que el índice de la popularidad de nuestro partido y nuestro jefe, el futuro Presidente. Hay que luchar contra esos enemigos que son desastrosos para el país. Me refiero a los oficialistas de San Juan, principalmente, donde no existen las garantías individuales, y los habitantes viven en un sitio caótico y alarmante.

Mendoza también. Nuestra acción partidaria deberá concluir con esos predomios funestos para el pueblo y democracia argentinos.

Así se hará obra eficaz y verdadera.

Sobre el escritorio de nuestro entrevistado resalta un busto artístico del doctor Irigoyen. La faz enérgica y simpática y la cabellera leonina del singular conductor de multitudes y paladín de derechos ciudadanos se perfila notablemente.

No se nota en el doctor Molinari la embriaguez que a muchos produce la victoria. Hecho más significativo aún si tenemos en cuenta la juventud del flamante senador. Es que el triunfo a pesar de su brillantez, para muchos partidarios, inesperada, era ya una seguridad casi absoluta para estos mozos políticos que saben acercarse al corazón del pueblo y auscultar sus palpitaciones. El había recogido como muchos otros entusiastas y viriles dirigentes la sensación del ambiente nacional. Habían comprobado el amor del pueblo argentino hacia su ex mandatario, el Hombre que suyo destacarse en sus virtudes hondas, y tremolar en una hora crítica en la enseña de las reivindicaciones sociales.

—Su obra será fecunda porque lleva Ud. al Senado energías, voluntad inquebrantable y espíritu elevado.

—Gracias.

Salimos. En la calle un chico va tarareando el tango de moda "Irigoyen solo".

Es un trasunto de la simpatía popular hacia el futuro Presidente.

R. C. V. COCONNIER

Diego Luis Molinari

Para "Fray Mochi"

Aunque algo he hecho - a pesar del
definitivo triunfo de la Unión Cívica
Radical - y en la consolidación
de nuestra prédica mediante el
rechazo de los diplomas de San
Juan y Mendoza en las próximas
sesiones del Parlamento Argentino.

Molinari

"Aún queda algo por hacer a pesar del definitivo triunfo de la Unión Cívica Radical, y es la consolidación de nuestra prédica mediante el rechazo de los diplomas de San Juan y Mendoza, en las próximas sesiones del Parlamento Argentino. — D. L. Molinari".



106° aniversario de la batalla de Pichincha

Una entrevista con el ministro del Ecuador en Buenos Aires

El 24 de Mayo de 1822 se dió en las faldas del volcán Pichincha a cuyas plantas yace Quito, la batalla que consumó la independencia de la región que hoy constituye la República del Ecuador. La proximidad de esa fecha, que recuerda también una gloria argentina, como que allí estuvo Lavalle con sus granaderos que poco antes se cubrieron de laureles en Río Bamba, nos inspiró la idea de entrevistar al Ministro del Ecuador entre nosotros, el doctor Rafael H. Elizalde. Previo un telefonazo nos dirigimos a la legación ubicada en un palacete de la parte más residencial de la calle de Esmeralda, donde encontramos al diplomático ecuatoriano a quien no veíamos desde hace algunos años.

Descubierto nuestro propósito enablamos agradable charla, en que los recuerdos históricos alternaron con las observaciones de hombre moderno y bien informado propias de nuestro interlocutor.

—Pichincha nos dijo, fué el ápice de los esfuerzos que por diez y nueve meses hizo la indomable voluntad de nuestros patriotas, desde Octubre de 1820, en que Guayaquil proclamó su independencia, hasta Mayo de 1822 en que la de Quito y el resto de la República quedó consumada. La osadía de quienes, los primeros en la América española, se declararon independientes en Quito, el 10 de Agosto de 1809, fué ahogada en sangre antes de un año pero la independencia surgió de sus cenizas, en la gloria de Pichincha, al poco tiempo. Bolívar envió a Sucre, y después SAN MARTIN A SANTA CRUZ a colaborar en la campaña. En la división de Santa Cruz fué Lavalle con sus granaderos que triunfaron en la brillante carga de Río Bamba y rubricaron gallardamente con sangre argentina la libertad ecuatoriana en los flancos del Chimborazo.

No olvidamos, — prosiguió el ministro Elizalde, — la brava actitud de los guerreros argentinos en la campaña de Pichincha y ella es vínculo histórico viviente, no sólo en el recuerdo de la bravura de todos, sino en la sangre de muchos descendientes de argentinos que allí fueron.

Saliendo de la historia, que es el pasado, a las realidades del momento presente, el doctor Elizalde se manifiesta francamente optimista respecto del progreso del Ecuador.

—Su gobierno actual, — nos dice, — es uno de los mejores que ha tenido el país. En dos años el doctor Isidro Ayora, a la cabeza de hombres que como él han demostrado notables condiciones de estadistas — Julio Moreno y Homero Viteri, Ministros del Interior y Relaciones Exteriores, respectivamente, entre otros distinguidos servidores públicos — ha transformado el país. Su moneda que llevaba el mismo galope del gico del marco alemán hacia el abismo, quedó detenida en forma de censo y estabilizada en forma que ha causado la admiración de los estudiosos de Europa y América.



MARISCAL ANTONIO JOSE DE SUCRE

LOOR A SUCRE

Ave, Sucre! En Pichincha, tu genio inmortal quebrantó de las huestes soberbias de España el poder imperial, y tu espada invencible trazó en la montaña la senda perenne de tu marcha triunfal.

Eterno pedestal de tu gloria, el volcán a través de los siglos custodia tu sombra, invicto Capitán, y la voz milenaria del cráter te nombra y tu fama galopa sobre el huracán.

Quando todo reposa en la naturaleza, cuando el Sol se acuesta detrás de los breñales, la amante luna besa del fatigado monte, con albos randaes, la frente rocosa y la nevada cabeza.

En coloso, entonces, con voz que es casi humana, tu hazaña recuenta, como el caduco abuelo su mocedad galana, y el trán musita, bajo un broquel de hielo, las hazañas vagas de esa edad varilejana.

Se siente, inmune, y tu, pétreo pulmón, expáñdense al ímpetu monótono, lento, del lento aluvión, que en la entraña del Ande circula violento y sin tregua palpita, como un corazón.

El clero que azota los enhiestos zarzales imita la nota de remotos clarines, que huestes inmortales, allá... de la vertiente en inciertos confines, anuncian su presencia con alres marciales.

Es en esa hora de ensueño nocturnal, bajo los embrujos del plenilunio mayo, que tú, Gran Mariscal, recorres el Pichincha cabalgando un rayo lunar, custodiado por tu escolta espectral.

Y un pueblo orgulloso de tu herencia gloriosa ufano contempla a tu cohorte altanera transponer la rugosa y fantástica falda de la cordillera, a través de sabanas de luz milagrosa.

Padre de la victoria, la América alumbra ante el ara intangible de la Libertad, al clamar la mañana de Mayo, que ilumina tu inmortalidad hacia tu eleva su alta república.

Armando FLORES

Muchas de sus instituciones vitales han sido radicalmente cambiadas, nuevas necesidades han creado nuevos órganos que crecen y se desarrollan perfectamente. Allí están el Banco Central, y el Agrícola Hipotecario, y las nuevas leyes de Bancos, de Aduanas y de Hacienda. El servicio de intereses de nuestra deuda externa, antes descuidado, se ha restablecido de manera legal ya firme. No hay déficit sino superavits en nuestro presupuesto. El crédito del país ha resurgido y la afluencia de capitales y brazos ha comenzado. Pocos pueblos han hecho más, en dos años, que el Ecuador; y a pocos les está reservado un porvenir más halagüeño, por la diversidad de sus valiosos productos y su abundancia. La naturaleza dió los más bellos panoramas y el mejor clima del mundo a la altiplanicie ecuatoriana, y la ciencia ha libertado a sus tierras bajas de las enfermedades y molestias que antes las hacían peligrosas a la inmigración.

Nuestro progreso será el que solución nuestros más graves problemas y el que no sólo nos hará envidiar de muchos, sino respetar de todos, nos dice a manera de epílogo el Dr. Elizalde y en el tono de su voz se advierte la sincera energía de sus patrióticas convicciones.

Dando por terminada nuestra entrevista, nos despedimos del distinguido diplomático, agradeciéndole sus manifestaciones.

A. F.

Instrumento para descubrir los fraudes

Un instrumento maravilloso que sirve para poner a la ciencia al servicio de la industria, es el espectroscopio modificado de tal manera que delata las adulteraciones de los perfumes, del alcohol, etc., de un modo mucho más eficaz que los procedimientos químicos usuales.

Quando hay que analizar una muestra de cualquier sustancia, el espectroscopio realiza la operación, disecando un rayo de luz de ella o un rayo que la haya atravesado, de cualquier distancia.

El espectroscopio sirve también para la policía. Una mancha diminuta en las ropas puede ser analizada y declarada pintura o sangre. Una botella de vino bajo el prisma escrutador del espectroscopio no puede pasar por vino de uva si no lo es.

Este instrumento se viene usando desde hace tiempo para probar los aceros de la metalurgia.

En cuanto a la finura de percepción del aparato, baste decir que delata la presencia de un gramo de arsénico en treinta y cinco litros de agua.

Curiosidades

La palabra "regata" se aplicaba antiguamente a las carreras entre los gondoleros de Venecia.

Los granjeros de Nueva Zelanda tienen campos de golf y de tennís en sus prados, y en tanto que el ganado pasta se entretienen jugando.

El genial inventor Tomás Alva Edison dice que los grandes éxitos se deben a un 2 por 100 de genio y el 98 por 100 restante al tenaz y constante trabajo.

Por lo general los cocodrilos crecen en proporción de unos 30 centímetros por año.

Se atribuye a los griegos la invención de las materias colorantes negra, blanca, roja y amarilla, que combinan para obtener diversos colores.

Durante los siglos XVII y XVIII la Biblia familiar en Inglaterra y Estados Unidos se guardaba en cajas de roble admirablemente trabajadas.

Los lagartos se reproducen por medio de huevos, que ponen de 2 a 30 las hembras en lugares preparados de antemano, y que dejan al cuidado de los calores solares y terrestres y de las condiciones de humedad de la tierra, el desarrollo de los pequeñuelos, los cuales, al nacer, salen de los huevos ya completamente formados y capaces de luchar por la existencia.

Las mujeres de Sumatra consideran como signo de belleza no tener ningún diente.

Las cenizas arrojadas por los volcanes comunican a la tierra una extraordinaria fertilidad.

Un natural del Congo belga vuelve la espalda a su suegra cada vez que tiene que hablarle.

Los chinos tienen dos palabras para denominar el alfabeto: "hoton" y "hal-pien".

En tiempos de Wáshington, los helados fueron una novedad en los Estados Unidos. Actualmente la afición a consumirlos es enorme en el citado país.

Los nidos de pájaros, tan gustados por los gastrónomos orientales, son hechos por golondrinas marinas que recogen las algas comestibles para hacer sus hogares.

Los herreros en China hacen flores admirables de hierro.

Las horquillas de alambre para el pelo se empezaron a fabricar en Inglaterra en 1546. Antes de esta época los peinados femeninos se sostenían con una especie de agujas de madera, muy finas.

La mujer abisinia está muy por encima de la europea, en lo referente a derechos conyugales. Allí la casa y todos los enseres pertenecen a la esposa; y si el marido la ofende en algo, tiene el derecho de echarle del hogar o a exigirle una satisfacción completa, acompañada de promesa solemne de enmienda.

Se cree que hace siglos ya empleaban los indios la vacuna y la anestesia.

De cada cien niños que nacen, diez y siete son naturalmente diestros, es decir, mucho más aptos para usar la mano derecha que la izquierda: tres son zurdos, y los ochenta restantes igualmente capaces para emplear una u otra mano con igual facilidad; pero debido a nuestros métodos de educación de los niños,

cuando llegan a los tres años, todos ellos, excepto los tres naturalmente zurdos, han adquirido la costumbre de usar la mano derecha para las principales tareas.

La palabra cafre, de origen árabe, procede de "kafil", incrédulo.

Los mosquitos tienen nada menos que cinco diferentes instrumentos quirúrgicos, a saber: una lanceta, dos sierras, una bomba de succión y una pequeña máquina de Corliss, que componen las principales partes de su organismo.

Ellis y L. Ellis, nacidos en La India hace veintiséis años, tienen impresiones digitales idénticas. En todos los demás detalles son ambos asombrosamente iguales, tanto en lo físico como en lo moral.

FORTIFICARSE y TONIFICARSE

SIN ENGORDAR

Muchos productos hay llamados tónicos, que únicamente logran hacer engordar.

Muchas personas hay que engordando se imaginan haberse tonificado, y cometen con eso un grave error, pues grasa no indica fuerza.

Entre los gordos es posiblemente donde se encuentra el mayor número de débiles.

Nada tan hermoso como una persona delgada, elegante y fuerte, física e intelectualmente. Para criar fuerza sin criar gordura hay un gran medicamento, es la

NUCLEODYNE

(El tónico que da fuerza)

Su acción rápida se nota desde las primeras dosis; tonifica sin empastar, y esto se comprende: en la Nucleodyne entran: fósforo fisiológico, que es el alimento de la célula; estrienina, tónico del nervio por excelencia, y zumo vital de toro, que activa y favorece la función de todas las glándulas del cuerpo.

Es un remedio de primer orden, que se halla en todas las farmacias.

Unico depositario en el Uruguay: JOSE M. DELGADO.

Uruguay esq. Florida. — MONTEVIDEO

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

SARMIENTO Y FLORIDA

BUENOS AIRES

*Proclamación de los
diputados nacionales
últimamente electos*



Los diputados nacionales, por la capital federal, recientemente elegidos reunidos en una sala del Congreso nacional, acompañados de un grupo de correligionarios políticos, después de haber recibido sus correspondientes diplomas, durante el acto de su proclamación pública realizada por la Junta Electoral en el palacio legislativo.



*Academia Americana
de la Historia*



Celebrando el décimo tercer aniversario de la fundación de la Academia Americana de la Historia, los miembros de la mencionada institución se reunieron en un banquete que fué servido en los salones del restaurant "La Sonámbula". El acto fué también dedicado, como homenaje, a los señores que resultaron premiados en el último congreso de historia realizado en Jujuy. — Vista parcial de los comensales.



*Instituto Bacterio-
lógico*



Grupo de enfermeras de la Cruz Roja y Samaritana, examinando un ejemplar de los reptiles con los cuales se prepara el suero antiofídico, en el Instituto Bacteriológico, durante una visita realizada al mencionado establecimiento.



BIBLIOGRAFIA



Señorita Felisa de Onrubia, autora de la novela "Alma sola", recientemente aparecida.



Señor José M. Braña, autor del libro de cuentos tragicómicos, "El espejo cóncavo", acabado de publicar



Señor Augusto Scarpitti, autor de "Los refugios del camino", drama que en breve será editado.



Señor Raimundo San Juan Miguel, autor del libro "Luz crepuscular", últimamente publicado.

BAILES EN LOS CLUBS ESPAÑOL Y DE FLORES Y CÍRCULO ITALIANO



Dos instantáneas obtenidas durante un intervalo del baile realizado en el Club Español, con el cual se inició la serie de fiestas organizadas por la comisión directiva de la institución, en obsequio de los socios y sus familias



Un núcleo de señoritas concurrentes al baile organizado por el Club de Flores y llevado a efecto en los salones de la sede social

La señorita Rufina Rave y el poeta Bartolomé Galíndez en un aparte del baile

Un aspecto del té danzante realizado en el Círculo Italiano, al cual asistieron numerosas familias

FIESTA PRIVADA



Concurrentes a la fiesta realizada en casa de la señorita Paquita Meupchen en ocasión de su cumpleaños

DEMOSTRACIÓN



Con motivo de su viaje a Europa, la señora Manuela S. de Prada fué objeto de una demostración consistente en un banquete servido en "La Peña". — La obsequiada y algunos de los comensales

CÍRCULO VALENCIANO



Vista parcial del banquete servido en el Círculo Valenciano, conmemorando la fiesta de la Virgen de los Desamparados

NECROLOGÍA



Señora Irene Zubizar de Rivero



Señora Benita P. de Mues

Banquete al jefe de tráfico del Tranvía Anglo-Argentino



Con motivo de su partida para Europa, el señor Ramón Ventura Potau, jefe de tráfico de la Compañía de Tranvías Anglo Argentina, fué obsequiado con un banquete que ofrecieran en su honor los miembros de la asociación "Los Mantenedores". A la izquierda: la cabecera de la mesa. A la derecha: vista parcial de los comensales.

HOSPITAL RAWSON



Alumnos del segundo curso de cistoscopia y cateterismo uretral para graduados, dictado por el doctor Antonio Montenegro.

VIDA FERROVIARIA



Señor Antonio D. Vernavá, recientemente designado presidente de la Institución Cooperativa de los Ferrocarriles del Estado, asociación que cuenta 15.000 afiliados.

En honor del señor Massé.

Festejando la terminación de sus estudios universitarios, el señor Ernesto Massé fué objeto de una demostración, consiste en un banquete ofrecido, en su honor, por un grupo de amigos y que tuvo efecto en el restaurant Pedemonte. — El obsequiado y los comensales que asistieron al acto.



Visita a la Cervecería Palermo.

El concesionario de la colonia Open Door acompañado de varios amigos y del personal superior de la Cervecería Palermo, durante la visita que recientemente efectuara a las diversas instalaciones y dependencias del citado establecimiento industrial.



La cabellera de Lucy

Por Ernesto Mario Barreda

Claudio Ponsardin, todos los veranos, pasaba esos quince días en su hermosa finca y, como siempre, había invitado a algunos amigos a hacerle compañía. El edificio de tres pisos, rodeado de arboledas, descubría sobre el follaje sus torrecillas de roja pizarra.

En aquel momento, Ponsardin terminaba de mostrar a sus amigos, su galería de pinturas. Volviéndose a Diego Castro, que hojeaba a la sazón un álbum de desnudos, tuvo que tocarle en el hombro:

—¡Eh! compañero... deje eso que le va a hacer mal... vamos a la terraza, que la mañana está muy linda, y tomaremos un poco de aire mientras los preparan unos sandwichs con jerez... ¿o prefiere el madero?

No, con flambres me agrada más el jerez.

Sallieron del brazo a la amplia terraza, mientras Zamora daba un vistazo final a las telas. Ya un sirviente colocaba una mesita junto a la balaustrada, cubriéndola con un mantel de hilo. Y en ella depositaba una botella de amontillado, tres copas, varias pilas de sawhichs.

Echaron una mirada por el campo, donde el camino parecía una larga cinta que serpenteara, perdiéndose en la línea del horizonte. Por allá lejos, entre una nubecilla de tierra, un automóvil se aproximaba marchando en dirección al Pilar.

Mientras paladeaban un sorbo de jerez, se les reunió Tito Zamora, atraído por el grato olorillo del pisco. Sentóse también aceptando una copa, para "preparar el escenario", como decía. Levantó el vino a la altura del ojo experto, haciendo pasar la luz a través, y después de olfatearlo ligeramente le apuró con lentitud, entornando los ojos.

Castro arrojó otra mirada hacia el camino:

Parece que se le ha descompuesto el motor: hace rato que lo veo ahí...

Se refería al automóvil, efectivamente, detenido a poca distancia.

No sería extraño, con esos caminos...

El incidente carecía de importancia y la conversación rodó sobre temas generales. El último batatazo de "Paloma", una yegua de carrera. Ponsardin, calificó aquello de tongo vergonzoso. Al jockey, le habían dado una tremenda patada en cuanto se bajó del animal.

¿Quién?... — preguntó Zamora.

Uno del público. Le cayó de golpe y no hubo tiempo de quitárselo...

Prendieron los cigarrillos y, posiblemente la conversación hubiera continuado por el estilo, si un acontecimiento imprevisto no viene a distraerlos. En el segundo piso se abrió una ventana y apareció Lucy en el balcón, con la cabellera suelta.

La cabellera de Lucy Villegas, señora de Ponsardin, era una catarruta de oro ondulante, que le descendía desde las sienes hasta los tobillos. Acababa de lavarse la cabeza y, asomada al balcón, dejaba que la brisa le oncase y fuera secando los cabellos.

Ponsardin sonreía, vanidoso. Constituya uno de sus goces, lucir la cabellera de su mujer, y siempre que podía, aprovechaba la oportunidad. Castro y Zamora lanzaron una exclamación de asombro, admirados ante aquella joya de la naturaleza.

Lucy recién pareció notar la presencia de ellos, y les saludó con la mano, dedicándoles una sonrisa. Después siguió en su tarea de mover, escarmentar, entreabrir aquella espesa mata de seda, para que el aire y el sol la besaran y envolvieran en su caricia fugitiva. Parecía absorbida completamente por su tarea.

Por esa causa no vio que dos ojos, negros y ardientes, la devoraban con la mirada, acechándola desde un bosquecillo.

El automóvil de Arturo Olaguer, debido a una falsa maniobra, había caído en la zanja. Roncaba el motor con bramidos estertorosos. Traían de meter debajo un tronco, que el chofer encontró por ahí, pero ni así pudo zafar.

Hay que hacer otra cosa, Miguel, hay que hacer otra cosa...

Exclamó Olaguer, saltando del coche y comenzando a pasearse por el camino. Se detuvo de pronto. Tenía un plan y pensaba ponerlo en acción. — ¡Vea, váyase hasta esa casa... o mejor, deje... voy a ir yo.

Estiraría los músculos, sosegando la excitación nerviosa que aquel percance le producía. Su plan era sencillo: pedir, alquilar o lo que fuera, una yunta de caballos o bueyes. Y con ellos sacar de la zanja el automóvil.

Cruzó el alambrado y a los pocos pasos se halló debajo de una tupida fronda de eucalipto, cuya frescura y resinoso olor le ensancharon el pecho, tonificando su sangre. Un poco más allá comenzaba el parque, delineado entre una doble hilera de acacias blancas, árboles que habían dado su nombre a la propiedad. Se metió entre los ramajes, marchando en dirección a la casa.

Ya estaba a tiro de escopeta, cuando levantó sus ojos hacia los balcones que tenía delante. Quedó como clavado en el suelo.

Pero... esa mujer, es Lucy, Lucy Villegas... aunque no le viera la cara, no hay otra mujer que tenga ese pelo maravilloso... Sí, sin duda, es ella.

Ocultóse rápidamente. Desde un bosquecillo la observó a su placer, notando que estaba un poco más gruesa, habiendo el matrimonio embellecido su cuerpo hasta la plenitud. Tres años que no la veía... Una melancolía profunda le nubló el alma, pues la fatalidad los había lanzado hacia rumbos distintos, habiendo nacido el uno para el otro...

¿Qué haría? Al principio pensó en retirarse, pero una gran tena-

ción le invadía poco a poco. Sin poder explicárselo, hallóse ante la puerta de la casa. Allí golpeó, entregando su tarjeta al sirviente.

Protegido por la sombra del pórtico, pudo todavía contemplar, sin ser visto, las blandas ondulaciones del cabello de Lucy. Lo adivinaba tibio y suave como un edredón, con olor a trigo maduro, a musgo del mar.

—El señor dice, que tenga la bondad de pasar...

Después de subir unos peldaños, hallóse en medio de un vestíbulo altísimo, en forma de torre, hacia cuya cima se ascendía por una amplia escalinata de mármol. En el primer rellano, el sirviente abrió una puerta y le introdujo en la galería de pinturas. Ponsardin se adelantó, frío, pero correcto:

—Señor Olaguer, tengo el agrado de ponerme a sus órdenes. Está usted en su casa: soy Claudio Ponsardin...

—Gracias, señor Ponsardin. Me he permitido pasar mi tarjeta agregando unas líneas, explicando mi intempestiva llegada... Un accidente nos tiene allí detenidos con el automóvil...; pensé que podría conseguir ayuda...

—¡Oh! ¡con mucho gusto! Voy a dar órdenes y usted no tiene que molestarse más... Mientras tanto pasaremos un momento a la terraza. Le presentaré unos amigos y beberé una copa de jerez.

Se conocían con Tito Zamora y se saludaron cordialmente. Ponsardin le presentó a Castro y la conversación se entabló animadamente. Pero Olaguer tenía el pensamiento en otra parte. Viéndole distraído, el dueño de casa se apresuró a tranquilizarle:

No se preocupe... Ya han ido a preparar lo necesario: son gente práctica.

¿Cómo?... ¡ah!... muchas gracias...; era lo que estaba pensando. Sí... por eso le decía que estuviera tranquilo... ¿otra copita?... estos sawhichs de caviar están muy apetitosos...

Se presentó de pronto el sirviente y habló con Ponsardin.

Hemos tenido poca suerte, señor... Parece que se ha roto una piedad y no podrá seguir hasta luego, porque aquí no tengo repuestos...; ¡qué contratiempo!

—¡Caramba!... — exclamó Olaguer, no sabiendo si disgustarse o alegrarse con la mala noticia. — ¡Caramba!... De cualquier modo, me parece que voy a abusar de su hospitalidad...

De ninguna manera... encantadísimo. Mi capataz irá a San Miguel a buscar la pieza con su chofer... y luego podrá seguir viaje.

—Gracias, muchas gracias...

Bañució con una primera nube de remordimiento.

Pero la cordialidad de Ponsardin se explicaba, teniendo en cuenta

sus operaciones en frutos del país. Y los Olaguer tenían una cabaña muy importante...

Arturo dejaba errar sus ojos, buscando en vano la esbelta figura que unos momentos antes le deslumbrara. Había desaparecido. Su presencia en la casa no era posible que le hubiera pasado sin advertir. La ventana, sin embargo, estaba cerrada...

Y todo el día continuó así. A la hora del almuerzo y luego a la del te, la señora se hizo disculpar por hallarse indispuesta.

A la tarde, recién regresaron de San Miguel el chofer y el capataz, trayendo la pieza del automóvil. Pero ya era imposible seguir viaje, aun cuando el arreglo se hiciera en seguida.

Y, sin embargo, debo irme... ¡no se me puede despedir de un modo más claro!

Comprendía que la indisposición de Lucy, no era más que un pretexto para no encontrarse con él.

La señora tampoco asistió a la comida...

Su ausencia les había dejado en amplia libertad. Ponsardin, durante el almuerzo, les dio a probar un borgoña que parecía la sangre de la viña. Por eso, en la comida, cuando les hizo servir en grandes cálices ornados de pampanos, un vino del Rhin, de una reserva especial, Ponsardin tenía los ojos brillantes y la carcajada excesiva.

Una noche, paseando en góndola por Venecia, en compañía de la Malimberti... ¡no diga nada!... ¡ja, ja, ja!...

Insinuaba anécdotas libertinas, que Diego Castro estimulaba de buen grado. Zamora seguía la conversación con su aire de pereza despreocupada. Había bebido mucho también, pero apenas se le notaba en una ligera palidez.

Sólo Olaguer se mantenía firme en su resolución de no excederse, mojando ligeramente los labios o apurando la copa con parsimonia. Estaba triste y, en el fondo, hubiera deseado seguir viaje. ¿Para qué se expuso a esta nueva desilusión?... ¿Qué buscaba allí?... La conciencia le reprochaba, diciéndole que su entrada en la casa no tenía por móvil nada bueno. Sí, ¿qué buscaba allí?... ¡Lo merecía!

Después de los postres se sirvió el champaña. La alegría desatóse más ruidosa y Ponsardin hizo alusión a la vida orgiástica que Manucho Palassino llevaba en su estancia "La Trilla".

¡No le basta con una... de a tres!... ja, ja, ja... tiene un comedor de estilo árabe, con divanes, esteras... las viste de odaliscas... ¡una cosa bárbara! Cuando bebe mucho le dan ataques de furor, se pone

(Continúa en la página 35)

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



El gran Douglas Fairbanks caracterizando "El gaucha", (prototipo del criollo campesino americano), su nueva producción para Artistas Unidos.



Escena de "El gaucha", notable producción de Artistas Unidos, de la cual es protagonista Douglas Fairbanks secundado por Lupe Vélez.



Lupe Vélez notable actriz mejicana que secunda a Fairbanks en "El gaucha", film que Artistas Unidos estrenará mañana.



Dos escenas de la notable producción alemana Otto Film, Berlín, "La casa sin hijos", interpretada por Erna Morena, Maly Delschaft y niña Ria Klitsch, que la Mundial Films comienza a exhibir en los salones Callao, París, Renacimiento y Gran Palais, desde hoy.



Lya de Putti y Malcolm Mc. Gregor en "El botín de paz", película Jewel que la Universal estrena hoy.



Escena de "Muy confidencial", notable película interpretada por Madge Bellamy y Patrick Cuning que la Fox estrenará pasado mañana.



Robert Agnew y Lilleam Rich en "Esposa imaginaria", que la Corporación exhibe desde anteayer.



ENLACES. — Señorita Lucrecia Varas con el señor Altor Aramburu

:: SOCIALES ::



Señorita Carmen María Pertini con el señor Hamleto Lippi



Señorita Wilson con el señor Macadam



Señorita Otilia María Kase con el señor Francisco Martini



Señora Peregrina Carboni de Oyuela, de la sociedad porteña



Señorita Angélica Valla con el señor José Luis Antuña (hijo)



Señorita Zulema Saracco con el señor Lucio M. Milet



Celinita Chiogna



María Luisa Abarrategui



Señora R. Ch. Besio y su hijito Totó



Carlos Arcave

GENTE MENUDA



Juan Mástrico



Alberto María D'Atri



Julia Clara Iza



Abelardo Samuel Pantín



Eduardo Carbonari Rivarola

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



ROSARIO. — Enlaces: Señorita Celestina Bonel con el señor Mario Mayo



Señorita Gertrudis Gfell con el señor Julio Cane



Señorita María E. Sempé con el doctor Pío Puigari (h.)



Señorita María Alicia Moglia con el doctor Rodolfo T. Torres



Señorita Enriqueta Bernardini con el señor Luis Andrada



Señorita Alicia Laura Columba con el señor Alberto Pedro Guindón



Señorita Rufina Suárez con el señor Angel Asencio



Señorita María López Ramos con el señor Trofino J. Vallina



Señorita América Ragni con el señor Alberto Guidi



Señorita María Esther Arias con el alférez de navío Reynaldo J. Beret



Señorita Ana Degiovanni con el señor Enrique Colignon



Doctor José Liebermann, colaborador de FRAY MOCHO, que disertó en Rosario, bajo los auspicios del Ateneo Estudiantil sobre "Nietzsche como filósofo y poeta"



CACHEUTA. — El doctor Fernando M. Etchegoyen y su señora, acompañados del doctor Alejandro Antequeda Monzón



MIRA PAMPA. — El jefe de la estación don Juan Paini y demás personal de la misma



Vista de la estación del Ferrocarril P. de Bs. Aires



La señora de Paini, con sus nietos, durante una nevada

EL ENIGMA DEL DUQUE DE PORTLAND

Por Villiers de Lisle Adam

Al final de esos últimos años, a su regreso del Levante, Ricardo, Duque de Portland, el joven lord, antaño célebre en toda Inglaterra por sus fiestas nocturnas, sus victoriosos *pur sang*, su ciencia de boxeador, sus cacerías de zorros, sus castillos, su fabulosa fortuna, sus arriesgados viajes y sus amores, había desaparecido bruscamente.

Una sola vez, al anochecer, se le había visto, en su secular carroza dorada, atravesar Hyde Park al triple galope con las cortinillas bajas y rodeado de jinetes portando hachones.

Y luego—reclusión tan repentina como extraña—el duque se había retirado en su casa solariega; se había hecho el solitario habitante de esa chata casona de almenas, construida en épocas remotas, en medio de sombríos jardines y de "pelouses" pobladas, en el cabo Portland.

Allí tenía, por todo vecindario, el fanal rojizo que guía a todas horas, en medio de la bruma, los pesados *steamers* que se zarandean a lo lejos, entrecruzando sus líneas de humo en el horizonte.

Una especie de sendero baja hacia el mar; un sinuoso camino, abierto entre extensiones de rocas y orlado de pinos salvajes que abre, abajo, pesadas rejas doradas, en la misma arena de la playa, anegada en horas de reflujo.

Bajo el reinado de Enrique VI corrieron leyendas acerca de ese castillo, en cuyo interior, a la luz de los vitrales, resplandecen añosas riquezas.

Sobre la plataforma que une las siete torres velan aún, aquí, un grupo de arqueros; allí, un caballero de piedra, esculpido en tiempos de las Cruzadas con actitudes bélicas.

Por la noche, esas estatuas ofrecen aspectos extraños que se prestan a las más supersticiosas visiones. Y cuando, levantadas en masas multiformes por la tempestad, las olas se arrojan, en la obscuridad, contra el promontorio de Portland, la imaginación del transeunte que se apresura por la costa puede evocar frente a ese castillo un eterno asalto sostenido por una heroica guarnición de hombres fantasmagóricos, contra una legión de espíritus malos.

¿Qué significaba el aislamiento del despreocupado hidalgo inglés? ¿Era víctima de algún ataque de *spleen*?... Pero, ¿él?... ¡Tan alegre por costumbre!... ¡Era imposible!... ¿Alguna mística influencia traída en su viaje de Oriente?

Tal vez... En la Corte, esta desaparición inspiraba inquietudes. Un mensaje de Westminster había sido enviado por la reina, al lord invisible...

Acodada a la vera de un candelabro, la reina Victoria se había

La doncella, habiendo abierto el recado ducal, recorrió con sus ojos azules—sonrientes colores celestiales—, las pocas líneas que contenía. Súbitamente, sin pronunciar una palabra, lo ofreció, cerrado, a Su Majestad.

La reina lo leyó con el mismo silencio.

Desde las primeras palabras, su

—My Lords—dijo a los pares que se encontraban a unos pasos de distancia—, nunca volveréis a ver a nuestro querido Duque de Portland. Ya no aparecerá en el Parlamento. Lo dispensamos de ello por un privilegio necesario. ¡Que su secreto se conserve! No os inquietéis de él, y que ninguno de sus antiguos huéspedes trate jamás de dirigirle la palabra.

Y despidiendo con un gesto al viejo mensajero del castillo:

—Relataréis al Duque de Portland lo que acabáis de ver y escuchar—, añadió después de echar una última ojeada a las negras cenizas de la carta.

Después de pronunciar estas misteriosas palabras, Su Majestad se levantó para retirarse a sus apartamentos.

Sin embargo, al ver que la lectora había permanecido inmóvil, y como dormida, con una mejilla posada sobre el purpúreo mantel de la mesa, la reina murmuró suavemente y con cierta sorpresa:

—¿Venís Helena?

La joven persistía en su actitud. Todo el mundo la rodeó.

Sin que ninguna palidez revelara su emoción—¿cómo podría palidecer un lirio?—, la doncella se había desvanecido.

Un año después de las palabras pronun-

ciadas por la reina, durante una tormentosa noche de otoño, las naves que pasaban a algunas leguas del Cabo Portland vieron el castillo iluminado.

¡Oh! No era aquella la primera de las fiestas nocturnas ofrecidas, en cada estación, por el lord ausente.

Y se hablaba de esas fiestas, pues su excentricidad sombría lindaba en lo fantástico: el duque no asistía a ellas.

No eran en los apartamentos del castillo donde se ofrecían esas fiestas. Ya nadie entraba en ellos. El mismo Lord Richard, que habitaba solitariamente la torre mayor, parecía haberlos olvidado.

A su regreso había hecho cubrir con inmensos espejos de Venecia las murallas y las bóvedas de los vastos subterráneos de esa morada. El suelo se hallaba ahora embaldosado de mármol y ostentaba deslumbradores mosaicos. Cortinas riquísimas, entreabiertas bajo los arcos, separaban una serie de estancias maravillosas, donde, bajo resplandecientes balaustres de oro



demorado esa noche en una audiencia extraordinaria. A su lado, en un taburete de marfil, estaba sentada una joven lectora, Miss Helena X...

Una respuesta, sellada en negro, llegó de parte de Lord Portland.

rostro, de costumbre tan impasible, pareció llenarse de una gran sorpresa triste. Se estremeció; luego, muda, acercó el papel a las bujías encendidas, dejando caer después, en las baldosas, los restos de la carta que se consumía.

LO QUE DICE EL MOVIMIENTO

La vida, solo es vida porque se agita. Permaneciera quieta, y se extinguiría. Yo hago que el mar levante sus olas que azotan con furia los acantilados y se explayan por la blanca arena. Yo transporto a los hombres. Por mí se acortan las distancias y corren las locomotoras y hien-den las aguas los buques. El viento transporta la semilla—la vida—en mis alas; la lluvia fecunda los campos, el río corre al mar, las vidas a la muerte, la muerte se torna en nueva vida. Átomos de átomos engendran el pensamiento, y el pensamiento se convierte en verbo, y el verbo en acción. La física y la química no existirían sin mí.

Fuerza, luz, belleza, arte, poesía, amor y voluntad, de mí dimanar. Yo soy el dueño de la creación.

bañados de luz, aparecía una instalación de muebles orientales, cubiertos de arabescos, en medio de floraciones tropicales de chorros de agua perfumada en fuentes de pórfido, y bellas estatuas.

Allí, por una amistosa invitación del castellano de Portland, quien "sentía hallarse ausente siempre", se reunía una multitud brillante: toda la élite de la joven aristocracia de Inglaterra, las más seductoras artistas y las más bellas desprecupadas de la *gentry*.

Lord Richard solía estar representado por uno de sus amigos de antaño. Y así se celebran esas fiestas, regiamente licenciosas.

Sólo, en el lugar de honor del festín, el sitio del joven lord permanecía vacío, y el escudo ducal que brillaba en el respaldo, aparecía siempre velado por un largo crespón de luto.

Las miradas, distraídas por la embriaguez y el placer, se separaban pronto de ese tétrico sillón, dirigiéndose a espectáculos más gratos.

Así, a media noche, en tierras de Portland, en voluptuosas salas, en medio de aromas densos de flores exóticas, se ahogaban las carcajadas, los besos, el entrecocar de embriaguez y músicas...!

...Pero si uno de los convidados, a esa hora hubiera abandonado la mesa, y para respirar el aire del mar se hubiera aventurado afuera, en la costa, habría visto tal vez—a través de las ráfagas de los desolados vientos del mar—un espectáculo capaz de turbar su buen humor, al menos por todo el resto de la noche.

A menudo, en efecto, a esa misma hora, en los recodos de la senda que descendía hacia el Océano, un *gentleman*, envuelto en un manto, con el rostro cubierto por una máscara de paño negro, unida a un capuz que ocultaba toda su cabeza, se dirigía, con la lumbré de un puro reluciente en la mano enguantada, hacia la playa. Como para completar esa fantasmagoría—casi de mal gusto—, dos servidores de blancos cabellos lo precedían; otros dos lo seguían, a algunos pasos de distancia, alzando humosas antorchas rojas.

Delante de ellos marchaba un niño, ostentando también librea de lujo; y ese paje agitaba, una vez por minuto, una campana de seca sonoridad, para advertir que todo el mundo debía separarse de la ruta del paseante.

El aspecto de ese grupo dejaba una impresión tan frígida como el cortejo de un condenado a muerte.

Frente a ese hombre se abría la reja del camino; la scolta lo dejaba solo y entonces él se adelantaba hasta la orilla del agua. Allí, como sumido en una desesperación silenciosa, embriagándose de desolación y de infinito, permanecía taciturno, semejante a los espectros de piedra de la plataforma, bajo el viento, la lluvia, los relámpagos, y ante el inmenso mugido del Océano. Después de una hora de inmovilidad, el tétrico personaje, siempre acompañado por los hachones y precedido por el toque fúnebre de la campana, se internaba nuevamente en el sendero por el cual había descendido. Y a menudo, tropezando en el camino, se asía de las asperezas de las rocas.

En la mañana que había precedido esta fiesta de Otoño, la joven lectora de la reina, siempre de luto desde la llegada del misterioso

Esta era la causa por la cual, cercana la media noche, una de las embarcaciones reales había atracado en Portland. Una forma femenina juvenil, envuelta en una

TRIPTICO

EL SAUCE.

Pensativo, doliente y cabizbajo tal vez medita en su fatal destino, como un ser extraviado en el camino que ignora dónde va y quién lo trajo.

Y parado a mitad de su jornada llora impotente su más honda queja, al mirar que en el agua se refleja al pristino fulgor de la alborada...

Transidas de dolor sus ramas flojas, se inclinan bajo el peso de sus hojas, que arrastra el raudal en su corriente...

Y sigue ahí, en su dolor extraño, sin atinar a levantar la frente ante el golpe brutal de un desengaño!

EL CIPRES.

Lleno de majestad y de misterio, con su porte de olímpica grandeza, levanta pensativo su cabeza en la solemne paz del cementerio.

Es el angel Custodio, enternecido, que enamorado de esa paz grandiosa, hace guardia de honor sobre la fosa contra las acechanzas del olvido...

Halla abrigo en su fronda el ave tierna que en la quietud de la mansión eterna canta los salmos con su voz sentida...

El ciprés es un alma que retumba como clamor ignoto de la vida, con un beso de amor en cada tumba!

EL OMBU.

Hijo fiel de la pampa milenaria, proyecta sobre el campo de la historia toda una honrosa tradición de gloria en que palpita un corazón de paria.

Clavado ahí, resiste a los ciclones que lo envuelven en loco torbellino, como un viejo inexhausto peregrino a través de cien mil generaciones...

En las alas tendidas del pampero supo templar su alma, que el acero envidió en sus sueños de grandeza...

Y, aunque nada hay que ya le asombre, agacha humildemente la cabeza ante la airosa magestad del hombre!

José RAMÓN GONZALEZ

mensaje, estaba rezando en el oratorio de Su Majestad cuando le fué entregada una carta redactada por uno de los secretarios del duque.

Sólo contenía dos palabras, que ésta leyó con un estremecimiento: "Esta noche"

mancha obscura, había bajado a la arena, acodado en una piedra, y agitado de cuando en cuando por sobresaltos mortales el hombre de la máscara misteriosa yacia, entre los pliegues de su manto.

—¡Oh, desdichado!, exclamó en un sollozo y ocultándose la faz, la forma femenina, al llegar a su lado.

—¡Adios! ¡Adios!, respondió él. Se escuchaban a lo lejos, cantos y risas que provenían de los subterráneos de la mansión feudal, cuya iluminación ondulada, reflejada por las olas.

—¡Eres libre!...—, añadió dejando caer su cabeza sobre la piedra.

—¡Ya estás liberado!, respondió la blanca mujer, alzando una pequeña cruz de oro hacia el cielo lleno de estrellas, ante los ojos del que ya no hablaba.

—¡Adios, Helena!, murmuró con un profundo suspiro.

Cuando, después de una hora de espera los servidores se acercaron, divisaron a la joven, arrodillada en la arena, orando junto al amo.

—¡El Duque de Portland ha muerto!, dijo.

Y apoyándose en el hombro de uno de los ancianos, volvió a la embarcación que la había traído.

Tres días después, podía leerse esta noticia en el *Diario de la Corte*:

"Miss Helena X... la prometida del Duque de Portland, convertida a la religión ortodoxa, ha tomado el velo ayer, en las carmelitas de L..."

¿Cuál era el secreto terrible por el que había muerto el poderoso lord?

Un día, en sus lejanos viajes a Oriente, habiéndose alejado de su caravana, en los alrededores de Antioquia, el joven duque, charlando con los guías nativos, oyó hablar de un mendigo, del que se apartaban con horror y que vivía solo, en medio de las ruinas.

Le obsesionó la idea de visitar ese hombre, pues nadie escapa a su destino.

Ora, ese Lázaro fúnebre era aquí abajo el último depositario de la gran antigua; de la lepra seca y sin remedio. Del mal inexorable del que un Dios sólo podía resucitar, antaño los Job de las leyendas.

Sólo, pues, Portland, a pesar de las imploraciones de sus guías aterrizados, se atrevió a afrontar el contagio.

Allí mismo, por una fanfarronada de gran gentilhomme, intrépido hasta la locura, al darle un puñado de monedas de oro a ese agonizante miserable, el pálido señor se había atrevido a estrecharle la mano.

En ese mismo instante, una nube había pasado ante sus ojos. Por la noche, sintiéndose perdido, había abandonado la ciudad y las tierras afosas y, desde los primeros síntomas, había vuelto a la costa para intentar una curación en su casa solariega o morir en ella.

Pero, ante los estragos de la enfermedad, que se iniciaron durante la travesía, el duque comprendió que no podía conservar más esperanza que la de una pronta muerte.

Todo estaba perdido! ¡Adios, juventud, brillo de un viejo nombre, novia amada, posteridad de la raza! ¡Adios, fuerzas, alegrías, fortuna incalculable, belleza, porvenir! Toda esperanza se había engolfado en el hueco del terrible estrechón de manos. El lord había recibido la herencia del mendigo.

Así murió el Duque Ricardo de Portland, el último leproso del mundo.

Los centinelas de la plaza gaditana ya conocían a aquel hombre misterioso que a altas horas de la noche paseaba por las murallas de Cádiz y mirando al contrariado mar hablaba con voz roma, pero sonora, como si quisiera que el abismo le escuchase. Todos sabían que se trataba de un inglés riquísimo y medio loco que algunas veces solía arrojar al océano y nadar vigorosamente envuelto en las negras e imponentes olas, que la obscuridad hacía más terribles. Sabían también que aquel hombre era poeta y que así como derrochaba el oro jugábase la vida a cada instante. Los majos de templo eran sus amigos y camaradas, y la gente de bronce, sus habituales compañeros. Con los oficiales de la guarnición también alternaba frecuentemente en juergas y diversiones, siendo padrino y a veces actor en sus desafíos. Era muy joven; pero un sello de tristeza nublab su semblante, que sólo manifestaba alegría cuando, animado por el deseo de comer alguna locura, se disponía a realizarla. ¿Cuándo descansaba, cuándo dormía aquel hombre de hierro que, frenético, anhelaba condensar en un instante toda la emoción del mundo? Insensible al amor y a la amistad, vivía entre locas pasiones, sin sentir ninguna. Es decir... Un día, o mejor, una noche, vió una sombra de mujer que le sedujo. Aquella sombra penetró en un palacio, cuyas puertas se cerraron tras de ella. A partir de aquel momento se dedicó al excéntrico a roncar aquella mansión lujosa, tras de cuyos muros él presentía que se encerraba un misterio. Indagó, buscó, sembró el oro como sabía hacerlo, y supo que allí, habitaba una linda muchacha, hija única de una riquísima señora, cuya severidad de principios no consentía el menor atrevimiento. Pero el inglés no cedió. Valtándose de toda clase de auxilios, consiguió ver un día a la muchacha en una vetusta iglesia adonde ella iba a oír la misa de alba. La vió, y en plena iglesia tuvo la audacia de dirigirle la palabra. La joven no supo qué responder. Sorprendida por aquel rasgo, que entonces podía calificarse de temeridad, no acertó más que a mirar al imprudente y, sin contestarle una palabra, hundir sus ojos en el libro de oraciones que llevaba, fuése de la iglesia sin mirar al atrevido, que la seguía, aunque a distancia.

Al día siguiente ya no fué a misa. Estuvo cerca de una semana sin acudir al templo, y cerca de una semana estuvo el hombre rondando su palacio, sin ver en él la menor señal de vida. Transcurridos unos días, volvió a verla, en compañía de una dueña, camino de aquella iglesia donde la otra vez la vió. Siempre audaz, dirigióse a la muchacha, y siempre audaz volvió a hablarle. En esta ocasión tuvo mejor suerte. La joven le respondió, y con acento dulcísimo le dijo:

—¿Quién sois, caballero, que así me perseguís hasta la iglesia de Dios? ¿Quién sois?

—Un hombre que os quiere.

De la vida de un poeta

La copa misteriosa de Lord Byron

—¿Y cómo decís que me queréis sin conocerme?

—Me basta con haberos visto.

—¿Cuándo?

—Hace unas semanas.

—¿Y tan poco tiempo necesitáis para enamoraros?

—Si me conociérais no me diríais eso.

—¿Quién sois, si puede saberse?

—Un hombre que recorre el mun-

do y a quien el mundo conoce por mis versos y mis sarcasmos. En toda Europa os dirán quién es lord Byron, que errante y fugitivo lejos de una patria que me aborrece y de una hija que, sin conocerme, me creará casi una fiera, voy por la tierra, incansable peregrino del dolor y del hastío.

—¿Pero tenéis una hija? —gimió la joven. — ¿Pero tenéis una hija?

No hablaron más. El palacio, siempre mudo y cerrado, ya no volvió a abrirse. El poeta, valiéndose de todos los medios imaginables, quiso saber lo que sucedía.

Y cuando lo supo vió que al fin había encontrado un alma digna de la suya, un alma española apasionada y heroica que, amándole, devoraba su cariño con una ener-

traña debía decirle, cuando el poeta, armando una de aquellas juergas que acostumbraba, desafió en ella a los más valientes de la ciudad, retándole a un duelo que ninguno quiso aceptar. Cansado, al fin, dejó la fiesta y marchó a la playa, para hablar como otras veces, en la alta y pavorosa noche, a las turbulentas aguas del negro y terrible océano.

Pocos días después asistía a la toma de hábito de una monja. Los que se veían en la iglesia donde esta ceremonia se desarrollaba creían que había ido allí por curiosidad; pero si se hubieran fijado bien en el poeta, le habrían visto verter una lágrima: ¡la primera y la última que derramaron sus ojos!, pues cuando meses después volvió a la misma iglesia para ver

el cadáver de aquella monja cuya profesión había contemplado; cuando meses después volvió a aquel templo, ya no lloraba. Sus labios, crispados en una mueca cruel, sonreían o parecían sonreír.

Noches terribles fueron las suyas a partir de aquel momento. Algo muy grande debía de estar maquinando, a juzgar por las conferencias que celebraba con gentes de la peor condición de la ciudad. Así que estas conferencias terminaron, ya no se le vió ir solo a ninguna fiesta. Siempre le seguía su criado, hombre tan misterioso como su amo. Dicho individuo no tenía más misión que cumplir cerca del poeta que la de servirle de beber en una copa especial que él mismo llevaba. Aquella copa era ancha, circular y de una especie de madera dura, tersa y blanca. Su pie, de oro y piedras preciosas, valía un tesoro, y debía de tenerla en gran estimación su dueño, cuando por haber querido cogerla una vez un capitán amigo suyo le clavó la mano con su cuchillo en la mesa. Aquella copa era... mejor dicho, debió ser...; pero es mejor no descubrir su misterio. Compañera de las fúnebres orgías de lord Byron, era donde bebía únicamente y donde sus secos labios calmaban su terrible sed. Ella le inspiraba sus desgarradores cánticos, y cuando componía su "Don Juan" y su "Childe Harold" bebía y bebía sin tino en aquella copa, al parecer, de "madera" dura, tersa y blanca, dentro de la cual el vino se convertía en lágrimas que hacían prorrumpir al poeta en roncas lamentaciones que aun suenan en nuestros oídos cuando, pensando en el gran poeta del romanticismo, parece que le oímos decir por boca de otro poeta:

Huérfano y solo abandoné mis lares,
marcando el rumbo hacia remotos climas;
surqué a mi antojo procelosos mares
y hollé la nieve de empinadas cimas.

Mas doquiera la hiel de mis pesares
vertí en acerbos y sonoras rimas,
por todas partes, implacable y frío,
fué detrás de mis pasos el hastío.

La copa de lord Byron destruída después de la muerte del bardo inglés por el fiel criado, que no quiso que llegase a parar a manos de nadie. Consumida por el fuego en tierra griega, sus cenizas fueron esparcidas por el viento de los países clásicos. Con ella, con su copa, hubiera querido lord Byron que le quemasen también; pero este deseo no podía satisfacerse. La patria, hasta entonces ingrata y desdichosa, se acordó de él y reclamó sus restos, más enamorada de la gloria póstuma del poeta que de la vida turbulenta y atormentada que había hecho recorrer a aquel mismo poeta todos los caminos del placer y del dolor.

Juan LOPEZ NUSEZ

DESHOJAMIENTO

La nieve casta su perdón desmiga sobre la obscura ancianidad del suelo. Cuando la tierra ya no puede, amiga, calladamente se deshoja el cielo.

Así el espinoso, y el parral, y el banco, visten la gracia de este nuevo adorno. El haz de leña es un osito blanco y es una charca de esquimal el horno.

Fija en la mía tu mirada pura, pues dan mis ojos a un paisaje interno, y mira como nieva tu ternura sobre mi triste corazón de invierno.

José PEDRONI

Es poco copiosa la bibliografía castellana contemporánea acerca del amor en el Arte.

Yo sólo conozco dos libros verdaderamente interesantes: "EL AMOR EN LA VIDA Y EN LOS LIBROS", del malogrado novelista español, Felipe Trigo, y "EL AMOR EN LAS COMEDIAS", del joven dramaturgo argentino Oscar R. Beltrán.

Felipe Trigo, el trágico y lírico titiritero de las nubes, aquel sonámbulo y temerario aeronauta de lo Desconocido, que devorado hasta los tuétanos, por todas las cantáridas del Deseo, en un bello gesto escalofriante de mártir y de héroe, supo desprenderse hasta del lastre de su propia envoltura carnal para poder volar más libremente hacia la fascinación imposible de una estrella embrujada, de Venus, la insaciable y eterna devoradora de volúntades viriles, nos legó, algunos años antes de sucumbir víctima del mal de su época: el ideal sin fe, la inquietud sin finalidad, un libro ejemplar y maestro: "EL AMOR EN LA VIDA Y EN LOS LIBROS", acaso el más medularmente sincero, el más suyo, de tantos como produjera, en su fiebre pauperal y alucinante, su genio desorbitado, desesperadamente fecundo, como si a todas horas presintiera ya lo prematuro de su fin.

Pero este libro que parece marcar, a veces, una meta definitiva y única, si no a su arte, al menos a sus concepciones filosóficas y a sus desbordamientos sentimentales, y que aspiró a ser, aunque inconscientemente, a la par su Biblia y su Nuevo Testamento, no ha tenido la trascendencia humana que debiera, porque Trigo, por un prurito petulante de paradójica originalidad, buscó siempre el amor real de la vida en las páginas estáticas de los libros, y el amor soñado de los libros en las cambiantes dinámicas de la Vida, sin saber que jamás habría de encontrar al Amor, pues el verdadero amor, el amor integral, no está ni en la vida ni en los libros, sino en el fondo de nosotros mismos...

Y por buscarlo allí, acaso, se tropezó con la Muerte...

Es un libro con pretensiones analíticas; y el amor escapa de todo análisis, porque dejaría en él la ilusión de su vida, el polvillo de oro de sus alas...

Hoy, uno de los más jóvenes y personales escritores argentinos, Oscar R. Beltrán, ofrece a la avidez de nuestra curiosidad insatisfecha en el libro de Trigo, las líricas exaltaciones y la observación aguda y precisa, casi lapidaria, de "EL AMOR EN LAS COMEDIAS" título sugestivo, que acaso el irónico escepticismo de los que mucho amaron, sustituirá, invirtiéndole, por "LAS COMEDIAS EN EL AMOR"...

Estos libros de Trigo y de Beltrán, aunque idénticos en el asunto, en la intención y aún en los procedimientos, presentan, sin embargo, diferencias esenciales, quizás porque ambos son dos obras sinceras, y reflejan, por lo tanto, nítidamente, las fisonomías morales, y aún los rasgos fisiológicos característicos de sus respectivos autores.

Trigo era enjuto, menudo y ágil, todo trepidación nerviosa; desarticulado de inquietud, reseco de pesimismo; amargo como la reta-

"El amor en las comedias"

(Prólogo al libro que bajo este título, publicará, en breve, el doctor Oscar R. Beltrán)

ma y corrosivo como un ácido. Su verdadera fuerza era morbosa... Beltrán, por el contrario, es fuerte, sano y comunicativo; res-

El Amor triunfa en las páginas de su libro, como triunfa también siempre en la Vida, aunque entre sus manos inocentemente crueles,



Doctor Oscar R. Beltrán (dibujo de N. A. Russo)

pira la alegría ingenua del vivir; su cordialidad es efusiva, y, a veces, tan oronda que nos da la sensación de que va a estallar de puro y reconfortante optimismo.

de niño voluntarioso y ciego, se desangren, hasta quedar vacíos, nuestros corazones.

Para Beltrán el amor deja de ser símbolo abstracto de una cos-

Curioso soneto improvisado en el banquete ofrecido por el Sr. Ministro de Venezuela a los premiados en los Juegos Florales de Bolívar, pasándose la cuartilla los poetas Bartolomé Galíndez, Miguel de Arzubíaga, J. F. Jarrige, B. Velazco Prieto, M. López Palmero, Mayorino Ferraría, A. Ortega Sanz, N. Calvo, Manuel J. Sumay, y finalizándolo los que habían comenzado señores Galíndez y Arzubíaga.

Pedro César Domicini

PARA "FRAY MOCHO"

Noble espíritu lleno de intensa poesía
que abordaste las lides del excelso ideal:
ten como bien las notas de sutil armonía
que son como una dulce lluvia primaveral.

Embajador del Arte, de la idea más pura;
noble espíritu de oro de este siglo cobarde;
tu pan es la belleza, tu vino es la hermosura,
tu gesto es la armonía del alma dulce alarde.

Eres como el espíritu glorioso de Mecenas:
un griego melodioso bajo el cielo de Atenas.
Y derramas los astros del alma con tus manos:
donde tu verbo infundes, dejas mágicas huellas,
las rosas se hacen almas y las almas estrellas,
para enjorar el númen de los americanos!

mogonía ideológica o pesadilla lúbrica de cenobita en tentación, para convertirse en realidad gloriosa, en fuente clara y fecunda de eterna alegría y de eterno dolor...

¡AMOR, ETERNO AMOR, ALMA DEL MUNDO!...

Porque en su concepto del amor ha sabido Beltrán, con su inteligencia diáfana y con su sensibilidad creadora, espiritualizar la bestia y humanizar al ángel, su libro no perderá nunca su viva y sugestiva actualidad, y la pátina indiscreta de los años, en vez de amortiguar sus tonos, les prestará un encanto nuevo, revelando a cada pupila, a través de la distancia, una belleza inédita de las cosas.

Pocos escritores conozco de actividades tan múltiples como las de este joven dramaturgo argentino, que recuerda, por su cultura integral y su talento armónico y disciplinado, las nobles y prodigas figuras del Renacimiento.

Es un artista equilibrado y consciente. Su sensibilidad tan sutil y tan profunda es también pensamiento, y su pensamiento es siempre acción. A veces su fantasía meridional le remonta a los espacios siderales, pero siempre sus pupilas chispeantes de águila saben distinguir, desde la altura donde absorben la luz vital del sol, a la oruga de la rosa...

Hombre de telescopio y de microscopio, con la misma complacencia escucha la música pitagórica de las estrellas que el rumor inverosímil de una gota de agua, que rueda como una lágrima y adquiere, bajo el milagro creador de su lente, la caótica apariencia de un mundo en embrión que va a despertar a la vida.

El Pobrecito de Asís tiene su más fervoroso discípulo en este muchachote ingenuo y bueno, con rostro, manos y gestos de Prior franciscano...

Sólo sus ojos tenebrosos y como alucinados, se encienden, a veces, como si recordasen los más escabrosos y regocijantes galanteos de los Decamerones... Profesor de diversas materias, sostiene dignamente la honrosa tradición pedagógica de su familia. Ha hecho de su cátedra un culto; y en ella se da, evangelicamente, en vino de idealismos y en pan de enseñanza.

Político militante, forma en la vanguardia de esa juventud entusiasta y clamorosa que presta un perenne resplandor de aurora y un penacho inmarcesible de ideal renovador y gloriosa al partido radical, que encarna cumplidamente en la figura prócer, tan popular y tan austera, de Don Hipólito Irigoyen.

Periodista de raza, Quijote de la Justicia y paladín de al Belleza, jamás envenenó su pluma, ni entre las tinieblas de una emboscada la esgrimió como un puñal asesino... Desfizó entuertos, vengó agravios y desencantó doncellas, como el héroe manchego...

Pero en toda ocasión, sus nobles manos supieron los prestigios del acero... Los cintarazos, para los villanos, y la estocada para el caballero...

Y a pesar de este derroche diario de tan múltiples actividades, aún quiso robar al sueño sus horas más plácidas, para aislado de todo, encerrado en su propia soledad, a la luz sugerente de la lámpara mi-

niar un soneto galante ó un madrigal florido, entre los encajes perfumados de un viejo abanico; para esculpir en el más puro y sonoro mármol verbal una canción patriótica; para exhumar de los antiguos arcones familiares algunas joyas históricas; para deleitarnos con la prosa cálida y pintoresca, tan castiza y tan moderna, de sus cuentos y de sus novelas; y, sobre todo, para crear — esta es la verdadera palabra —, esa serie interesante de personajes teatrales, que aún recorren triunfalmente los escenarios de los pueblos de nuestra sangre, despertando en todos los corazones un sentimiento de simpatía y de admiración hacia esta bendita y augural tierra argentina...

De estas veladas de reconcentrada soledad, surgieron los versos que desde las páginas de las revistas corren de boca en boca, eternizando la emoción fugitiva de un momento en el alma sentimental y soñadora de las bellas mujeres que se adormecen soñando con un amor y despiertan esperándole; los hermosos cuentos que bajo el título de "TENTACION" son en estos momentos la nota interesante de la actualidad literaria de esta gran metrópoli intelectual, que como la tierra castellana del Romancero "jaz los omes e les desfaz"...

Entre esos cuentos hay sobre todo una, "Juan Manuel", que es una verdadera obra maestra. La figura de Rosas aparece en él tan sabiamente delineada, que bien merece agrandarla en el lienzo mural de una novela histórica.

Pero donde la personalidad de Beltrán se destaca con más vigorosos y nítidos relieves, es como autor dramático.

En el naciente y ya glorioso teatro rioplatense, habrá algunos que le igualen, pero ninguno le supera.

Existen otros más hábiles, más mecánicamente prácticos en el movimiento de los títeres; más atrevidos en sus ideologías; más conocedores de los espectaculares efectos escénicos... Pero ninguno le aventaja en honestidad artística; en el alma y en la vida que infunde a sus personajes; en el la derivación natural y espontánea de lo cómico a lo dramático; en el calor humano de los caracteres; en lo limpio y puro del lenguaje, sin barbarismos de arrabal ni sensiblerías acarameladas de novela ultrasentimental... La vida misma se desenvuelve, con sus miserias y sus heroísmos, con sus vicios y sus virtudes, sin el deseo preconcebido de pintárnosla en su más abyecta desnudez o con su más fastuosas vestimentas...

Por eso en todos y en cada uno de sus sainetes hay siempre temblando en alguna pestaña, sin atreverse a caer las más de las veces, una lágrima de pena, así como en todos sus dramas, aún en los momentos más culminantes del dolor, se abre furtivamente la rosa de una sonrisa piadosa para perfumarnos de una sana y reconfortante alegría...

"El daño", "El pobre Pérez", "Gorriones", "Bajo la garra del vicio", "Florería Las Camelias", "Los visionarios", y el recientemente "Pelusa", han sido sus éxitos más resonantes.

Estudiad detenidamente todas estas obras, y veréis como todas ellas responden a un concepto sano y noble del arte y de la vida, y la vida y el arte aparecen en algunos momentos tan confundidos que no pueden distinguirse.

Asuntos camperos, escenas de arrabal, leyendas históricas, ambiente burgués, tragedias del vicio y del más alto mundo social; la

claudicaciones de su talento; un afán constante de ennoblecer, de purificar el teatro, de trazar con más vigor y sobriedad los caracteres, para hacerlos más humanos... Y esta ansia constante de superación, esta disciplina férrea de su voluntad, de su sensibilidad y de su inteligencia, hacen esperar, futuras obras plenas de madurez que serán gloria y orgullo, no sólo del

EL WISKY
de los aristócratas
"YE MONKS"

VIAJEROS

Hombres que van sin rumbo, con su nostalgia amarga...
La miseria del mundo los trocó en golondrinas,
y marchan día y noche por rutas campesinas
o van de pueblo en pueblo con los trenes de carga.

Hombres que van sin rumbo por todos los senderos.
¿Quién no ha visto una tarde cruzar esos viajeros,
hombres que pasan junto de las verjas cerradas
y que al pasar nos miran como bestias cansadas?...

¡Hombres tristes, malditos! Desde un puerto remoto,
la esperanza y la fuerza de una ilusión traidora
los trajo en la bodega de un navío... Y ahora,
al entrar por las calles de algún pueblito ignoto,
causan miedo a las simples muchachas campesinas
y oyen ladrar los perros de las chacras vecinas...

Adolfo QUEVEDO

inocente que cae, la pecadora que se redime por el amor... Y en todo, la vida, la vida siempre, tragedia y sainete al mismo tiempo, una y múltiple sin ridículas hojas de parra, pero también sin incitantes velos transparentes...

Y en toda esa serie de obras desde "El daño", esa ingenua tragedia campesina, hasta la última, "Pelusa", ese complejo drama psicológico, iréis advirtiendo la ascensión permanente, sin desmayos y sin

teatro argentino, sinó de toda nuestra raza, esta raza milagrosa y única que sabe superarse siempre, y de la cual Beltrán es uno de los más fanáticos exaltadores.

Leed, sinó, las páginas de este libro "El amor en las comedias", y veréis con qué entusiasmo entona un himno magistral a la raza. El amor que triunfa, no es el amor morboso y ambigüo de las llamadas nuevas civilizaciones. Es el amor — culto, el amor religión, el

ANECDOTA

Quando Vanderbilt ejercía el humilde oficio de pescador, se acercó un día a mister Jacob Bulker, solicitando una protección del Banco para ensanchar sus negocios.

—¿Toma usted licor?

—Muy poco — contestó Vanderbilt.

—Muy bien — replicó Bulker—; estamos a dos de enero; si para dentro de un año no ha tomado usted una sola copa de gin o de otro licor, tenga usted a verme en esta misma fecha.

Transcurrió un año. Vanderbilt volvió a ver al banquero y éste le preguntó:

—¿Acostumbra usted a aventurar algunas sumas al juego?

—Pocas veces; y solamente en el "Faco Power" y en la lotería.

—Perfectamente. Tiene usted otro año para probar si puede dejar la costumbre del juego, y vuelva a verme en el año entrante.

Con toda la tenacidad que caracteriza al yanqui, se presentó al año siguiente Vanderbilt en casa del banquero, y éste le recibió con afable sonrisa, preguntándole a la vez:

—¿Consuma usted tabaco?

—¡Lord God! — exclamó Vanderbilt — ¡Qué marino puede pasar sin pipa?

—Usted, amigo mío. Haga la prueba por un año, y venga a verme este mismo día.

Transcurrió un año, y el banquero no recibió la visita del pescador, por lo cual encargó a uno de sus dependientes que le avisara.

—Ayer — dijo a Vanderbilt cuando se presentó — estuve todo el día esperando su visita.

—Era inútil venir — le contestó el después famoso millonario — porque con tres años que llevo de trabajar, sin que ningún vicio me arrastre al derroche, he prosperado en mis negocios de tal manera, que hoy no necesito ya de la ayuda de nadie para que mis negocios vayan viento en popa.

amor caballeresco que floreció como un clavel de sangre en la tierra morena de Andalucía, y que los poetas y los guerreros españoles transportaron cuidadosamente en sus guanteletes de hierro, para deshojarlo, como una ofrenda, a las plantas de las hermosas de todos los países, en aquellos siglos en que el mismo Sol vivió cautivo en las torres de oro del morado pendón de Castilla.

Es el amor de Don Juan, en Italia, y de Don Diego de Acuña, en Flandes; el mismo que hizo desfallecer de felicidad a la Malinche entre los brazos nervudos de Hernán Cortés, para fundir, en las tierras de América, el oro aborígen con el acero de Casilla, y crear el más puro, el más bello y el más resistente demasquinado étnico que se conoce en la Historia. El mismo amor que como dice Beltrán, atravesó de un salto los Pirineos, e hizo reflorecer el alma de Don Quijote en el pecho petulante y fanfarrón de Cyrano.

En todos los capítulos de este libro, el nombre santo de España se abrirá en rosas de admiración y de entusiasmo; pero hay un estudio, acaso el más interesante de todos, "El amor en las comedias de los Quintero", que bien se merece la más dulce sonrisa de agradecimiento que haya llamado jamás entre los labios de una andaluza, a la luz de los plenilunios sevillanos, a través de la reja florida como un altar de Mayo, mientras en los naranjos que se deshojan en el Guadalquivir se afina el canto de los ruiseñores, y a compás del rasguear de una guitarra, en la callejuela vecina, una voz varonil se deshace en lágrimas de ternura cantando la vieja copla:

No se le pide cariño
a quién de veras se quiere;
mientras se tiene, se vive;
cuando se pierde, se muere!...

¿Qué voy a deciros del estilo de este libro tan sugerente y tan reconfortante? Es sencillo, claro, castizo siempre y siempre luminoso y sonoro... Las palabras tienen esmaltes, tonos metálicos de azulejos sevillanos, y también, a veces, romántica sonoridad de un bandolín que solloza amores al pie de ajimez entreabierto... En otras, chocan como espadas de otras épocas, en una callejuela solitaria... Las imágenes se suceden en desfile fastuoso de procesión del Corpus, y a veces también tienen el bullicio alegre y estimulante de un paso doble torero...

Este escritor tiene la Argentina en el corazón, y a España en los ojos... A veces el corazón se le sube a los ojos; y a veces también los ojos se le bajan al corazón...

Francisco VILLAESPESA

MI PRIMER AMOR

Por Gastón Mery

Una vez estuve a punto de casarme, pero logré evitarlo. Yo era entonces muy joven; estaba en la edad en que el corazón se desborda en sonetos incandescentes, y esto lo explica todo.

En aquel tiempo me pasaba los días enteros tumbado sobre la hierba del jardín de mi casa, soñando con el amor... Pero como no se presentaba la ocasión me dedicaba, en tanto, a dedicar versos cándidos a las flores, a los pájaros y a las estrellas. Estaba seguro de enamorarme de la primer mujer que me dedicase una sonrisa.

A veces levantaba trágicamente los brazos al cielo y gritaba:

—¡Oh! La más bella entre las bellas..., ¿por qué te haces esperar tanto?

Un día en que yo me entregaba a este patético ejercicio de invocación escuché el cielo mi plegaria.

Primaveral, rosada y rubia, la cabeza de una muchacha apareció en lo alto del muro, bañado de hojas.

Café de rodillas.

—¡Gracias, gracias, Dios mío!

Cuando volví la vista la cabecita había desaparecido como un sueño.

Al día siguiente, a la misma hora y en el mismo sitio, la misma cabeza de mujer volvió a hacer su aparición.

Yo me acerqué.

Ella sonrió indecisa, y dijo, al fin, con cierta ironía:

—Es usted muy inflamable. Apenas me vió ayer cuando cayó de rodillas.

—¡Oh, señorita! — dije. — ¡Qué hermosa es usted! ¡Qué bella aparición!

Esto no era la contestación adecuada; pero sí un dictado de mi corazón.

Pensé dar un salto y coger sus manos; pero me contuve.

En el jardín de al lado había una especie de terraza, un otero adosado al muro, que permitía a la joven asomar el busto entre la hiedra.

Como yo no tenía esta ventaja, me había de contentar con hablarle desde abajo. Y como a pesar de todos mis esfuerzos aún faltaban unos centímetros, ella se asomaba

y me tendía sus brazos, ayudándome de este modo a conservar el equilibrio sobre las puntas de los pies.

Todo lo que conseguía en aquella posición era ver su busto. Pero yo quería ver toda su persona. ¡Verla y morir!

—¡Señorita! — le dije. — ¿No cree usted que sería muy agradable pasear juntos por los bosques floridos?

—¡Oh! Si... —dijo ella.

—Pues aquí me tienes —le dije, llevando mi pasión hasta tutearla.

—El caso es que yo no salgo nunca sola. Hay que buscar el medio.

—¿No va usted a ningún baile? Yo podría buscarla...

—¡Nunca! ¿Lo querrá usted creer? Mis padres dicen que soy muy pequeña...

¡Muy pequeña!, me decía.

¡Muy pequeña!, repetía.

¡Muy pequeña! Esto no es posible. Ella me ocultaba algo.

Pero por poseer su corazón yo estaba decidido a todo.

Un día, desde su frondoso balcón, me dijo:

—Ya he encontrado el medio de que podamos salir juntos y vernos siempre...

—¿El medio? ¡Dí pronto!

—No. Adivínalo.

No adivinaba nada, por más que buscaba.

—¿No lo aciertas?

—No.

—Empínate, te lo diré muy bajito:

—Cásate conmigo.

Tan sencillo y fácil de ejecutar como era, no me había ocurrido. Pasé a la casa de mi amada a pedir su mano. Fui recibido como un salvador. Se me prometió una dote cuantiosa. La cosa marchaba sobre ruedas.

Hice que buscasen a la muchacha para verla de cerca. La muchacha estaba allí. No la había visto.

Pero cuando la vi las palabras se atravesaron en mi garganta, y tuve que sujetarme para no caer cuan largo era.

Ella no hubiese podido hacer otro tanto.

Porque ella también marchaba sobre ruedas.

Le faltaban las dos piernas e iba en un carrito.

Reportajes a mujeres

Rosario Beltrán Nuñez

Clave de ruseñor, maravillosa; gorjeo infinitamente dulce, son los sonidos que brotan de su garganta privilegiada. Rosario Beltrán Nuñez habla y ríe. Dos de sus hermosas cualidades. Quisiéramos cuando no leemos sus obras, ni nos deleitamos escuchando sus audiciones de artista, oír la hablar y reír. Horacio, habría cantado en verso sáfico al poder y la exquisitez de esa voz y esa risa que subyugan. Rubén Darío, el mago de la inspiración, le hubiera dedicado uno de aquellos sonetos originales y sonoros donde volcaba su corazón y su sensibilidad excelsa.

Y ella es la personificación de la modestia. No ha sido posible obtener la publicación de sus poesías. Pero queda el recurso de verla, oír la y admirarla. "Sol de amanecer", su primer libro, de aparición reciente ha significado su elocuente consagración como escritora. Empezando por Linares Rivas, el ilustre comediógrafo hispano, al que los pensamientos de la señorita Beltrán hicieron meditar, según sus propias palabras, para seguir con Ramiro de Maetzu, publicista, historiador, sociólogo y diplomático, Alejandro Andrade Coello, periodista ecuatoriano, Clivistovao da Camargo, brasileño, y terminando con intelectuales argentinos como David Peña, Arturo Capdevila, la doctora Gisberta S. de Kurt, Ernesto Mario Barreda y muchos otros, cuya enumeración sería larga, han elogiado con espontaneidad, obra tan profunda, bella y buena.

Verdadero cofre de armonías, irradia luz, alegría, anhelo de vivir, descubriendo encantos insospechados. Filosofía pura, real, dentro de la forma impecable de un estilo poemático que trasunta la mentalidad vigorosa y creadora de una niña estudiosa, de valioso temperamento.

Su casa, templo de austeridad, donde vive y sueña, nos refleja su espíritu hasta en los detalles menores. El arte resplandece desde el finísimo mantón de manila que recubre el piano de concierto, evocando un gentil cuerpo de mujer andaluza, hasta el pliegue de los almohadones de seda esparcidos graciosamente por la sala familiar.

—Guardo por FRAY MOCHO estimación — exclama mientras nos extiende un ejemplar de su libro, encuadernado ricamente.

Leemos aforismos sentimentales tan extraordinarios que la felicitación fluye inmediata. Pensamiento y emoción, conglomerados dentro de esa prosa poética que

conmueve y alecciona. Al publicarlo quiso romper la métrica, pero la poesía que se halla dentro del ser que ha nacido con ese don supremo surge en cada palabra, en cada frase y envolviéndola penetra con su música embriagando al lector.

—¿Qué nos dice de los juicios de la prensa sudamericana?

—He recibido juicios muy placenteros de la prensa de Brasil, de Montevideo, de Cuba, de Chile, de Montevideo y del Ecuador y creo que no tardaré en recibir revistas españolas; pues desde allí me han pedido fotografías y datos.

—¿Cuál fué su profesor?

—Alemany Vila, por quien conservo gran estimación.

—También sabemos que en el Consejo Nacional de Mujeres, estudió.

—Roberto Dupuy de Lome, el inolvidable y querido maestro me inculcó enseñanzas imborrables. Era un apóstol. Jamás olvidaré su figura, su ademán, su bondad. Cerebro nutrido

por vastos estudios, espíritu selecto, su actuación en aquella casa de estudios quedará grabada irreversiblemente. El inspiró este libro.

—¿En qué época empezó Ud. a declamar?

—Hace cuatro años.

—¿Quiénes son sus autores favoritos?

—Para declamar me encantan algunos extranjeros y en su mayoría argentinos. Debo mencionar a Capdevila.

—Sabemos sus especiales condiciones de músicas. ¿Qué compositores le agradan más?

—Beethoven y Chopin. Las sinfonías del primero y los nocturnos del segundo han extasiado mi ser.

—¿Cuál es su deporte favorito?

Ríe. Suena esa risa que parece el sonido de varias campanillas de oro.

—Soy muy haragana para los ejercicios físicos.

—Prefiere es claro, emplear su tiempo en el divino deporte de pensar, el que practicaban los griegos, buscando cultura mental, como expresa un genial escritor argentino.

Oímos de nuevo su voz que es arrullo y su risa que es armonía.

Miramos sus ojos, grandes y negros, de una pureza perfecta. Son dos luceros, como diría un vate romántico.

Roque CEPEDA VERON



Señorita Rosario Beltrán Nuñez

DEL BUEN SENTIDO

Nada hay más estimable que el buen sentido y la exactitud del espíritu para discernir lo verdadero de lo falso. Las demás facultades tienen un uso limitado, pero la exactitud de la razón es útil en todos momentos y en todos los usos de la vida... La principal aplicación que debiéramos tener es formar nuestro juicio, y hacerle todo lo exacto posible; a ello debería estar dedicada la mayor parte de nuestros estudios.—Nos servimos de la razón como de un instrumento para adquirir el conocimiento de las ciencias, cuando debiéramos, por el contrario, servirnos de las ciencias para perfeccionar nuestra razón, puesto que la exactitud del espíritu es mucho más digna de atención que todos los conocimientos especulativos, a los cuales se puede llegar por medio de las ciencias más verdaderas y más sólidas.

Lógica de "Port-Royal"

El rastro de "Lobo Vagabundo"

Interesante historia del lejano oeste, en la que intervienen un audaz piel roja y el cowboy King.

¡Tac! ¡Tac!

Curly King, el cowboy llamó con fuerza a la puerta de la casa. En contestación a su vigorosa llamada exclamó una voz desde el interior.

—¡Adelante! — y Curly franqueó la entrada sacándose el amplio sombrero y golpeándolo contra la pierna para quitarle parte del polvo que lo cubría.

Después de un largo recorrido por las luminosas praderas sus ojos apenas lograban ver en la oscuridad que reinaba en el interior del rancho, cuyas ventanas se hallaban cubiertas con cortinillas verdes.

—¿Quién es?

Una voz débil llamó la atención del recién llegado quien alcanzó a ver en uno de los rincones la figura de un hombre de cabellos blancos. Acertadamente opinó que aquel debía ser Abe Cody propietario del pequeño rancho situado en aquel lugar apartado. Acercóse a él y notó que el viejecillo temblaba.

—¿Cómo es que se encuentra usted solo, Mr. Cody? — preguntó Curly — ¿Dónde está toda su gente?

—¿Puedo saber quién es usted? — preguntó.

—Un cowboy que ha llegado hasta aquí en busca de trabajo. Pasaba por estas inmediaciones y me acerqué para ver si necesitaba un empleado más.

El viejo Cody observó detenidamente la fuerte complexión, el rizado cabello, los azules ojos y el semblante del recién llegado, y pareció tranquilizarse.

—Por desgracia, aquí ya no hay nada que hacer muchacho — respondió con una amarga sonrisa. —Tengo varios muchachos por las llanuras recogiendo el ganado pero me parece que ya no volveré a ver a ninguno.

—¿Por qué?

Abe Cody apretó los dientes.

—¿No ha oído nunca hablar de un indio llamado Lobo Vagabundo, cowboy?

—¿Lobo Vagabundo? — repitió Curly — ¿Quién puede vivir en Arizona sin que haya oído hablar de ese infame?... El más audaz y astuto de los ladrones del Estado de Utah y de las fronteras de México.

—Esa víbora —, rugió el viejo. — Bueno, pues ese infame acaba de estar aquí.

—¿Cómo? ¿Ha robado todo lo que había en el rancho?

—Efectivamente. — gimió el viejo — Ese canalla ha estado aquí hace apenas media hora y se ha llevado un saco de cuero en el que guardaba yo todos mis ahorros y con ellos el importe del sueldo de un mes de los muchachos.

—¿Rojo bandido!

—Yo había ido hasta el pozo para conseguir un poco de agua — prosiguió Abe — y aún cuando no me encuentro bien, pues sufro uno de mis ataques de malaria, hubiera luchado con el bandido, pero antes de que regresase vi a Lobo Vagabundo que saltaba por una de las ventanas y montaba a caballo lle-

vando en la mano el saco con los dólares. Mi enfermedad me impidió correr en su persecución y además tampoco tenía arma alguna.

—¿En qué dirección ha marchado? — preguntó Curly.

El viejo indicó a través de la ventana hacia el sud.

—Tal vez se dirija hacia la frontera — completó —. Vete por ese camino, muchacho y si logras recuperar mis dólares te prometo que permanecerás en esta casa hasta que tu quieras. No te preocupes por mí, yo me encontraré bien mañana cuando regresen los muchachos.

Curly, pensó enseguida obedecer las indicaciones del viejo, aun cuando tenía pocas probabilidades de salvar lo robado ya que tenía

galope y así continuó la persecución.

En indio caminaba sin preocupaciones, pero cuando su perseguidor se encontraba a una milla de él, experimentó instintivamente la sensación del peligro que le amenazaba. Se volvió en la silla, vió al cowboy y puso su montura al galope. La persecución se hizo encarnizada, pero la oscuridad, que avanzaba rápidamente, hizo que las montañas de Gila y las llanuras de Arizona se viesen envueltas por un impenetrable manto negro.

Seguir al indio en su fuga en semejantes circunstancias era punto menos que imposible y considerando que el caballo de Lobo Vagabundo estaría tan cansado como el suyo Curly resolvió hacer alto y pasar del mejor modo posible la noche. Después de dar agua al caballo y calentarse un poco de café se acostó y no tardó en quedar profundamente dormido.

Cuando despertó, con las primeras luces del alba, su sorpresa fué grande al notar que el cinturón con sus dos revólveres había desaparecido lo mismo que el lazo que tenía sujeto a la montura.

LA DEVOCION A LA CIENCIA

...Si, como me agrada creer, el interés de la Ciencia se cuenta entre los grandes intereses nacionales, yo he dado a mi país tanto como el mutilado sobre los campos de batalla. Cualquiera que sea el destino de mis trabajos científicos, mi ejemplo, lo espero, no será vano. — Quisiera que sirviera para combatir esa especie de postración moral que es el mal de la actual generación; que pueda hacer volver al recto camino de la vida, por lo menos alguna de esas almas enervadas que se lamentan de falta de voluntad, que no saben donde obtenerla; que van buscando por todos lados, sin encontrar en ninguna, algún motivo para vivir su vida. ¿Por qué decirse, con tanta amargura, que en el mundo, tal como está constituido, no hay aire para todos los pechos, ni empleo para todas las inteligencias? ¿No nos queda el estudio, calmo y reposado? ¿Acaso no puede hacerse de él un refugio, una esperanza, o una carrera adecuada a la tendencia de cada uno de nosotros? Con el estudio, es más fácil atravesar los días dolorosos de la vida; mediante él podemos trazarnos nuestro destino a placer, y usar noblemente de nuestra vida... Hay en el mundo algo que vale más que las alegrías materiales; más que la fortuna, más quizás que la misma salud: es la devoción a la ciencia.

Agustín THIERRY

que habérselas con un indio sagáz, valeroso y conocedor del terreno. Desató a su caballo Smoke y se alejó a todo galope.

A tres millas de distancia había una elevación montañosa conocida por la Meseta y echando pie a tierra ascendió hacia la altura para ver si a lo lejos divisaba algún rastro de la persona que buscaba. Como suponía a través de las llanuras que se extendían hasta la frontera alcanzó a distinguir un gine te solitario — un indio, — que marchaba con relativa celeridad.

Rápidamente volvió Curly al lugar donde había dejado su caballo, montó en él y reanudó su camino. Caminando a nivel del fugitivo no podía verlo y solo a la caída del sol, después de correr bastante alcanzó a divisarlo.

Aquello le dió nuevos ánimos y clavando las espuelas en los flancos de Smoke lo hizo reanudar el

Únicamente una persona podía haber realizado un hecho semejante en Arizona: Lobo Vagabundo.

De una cosa estaba cierto el cowboy y era de que no podía confiar en el éxito de su empresa sin disponer de arma alguna y por ello pensó en procurarse algo que le sirviese llegado el caso. Buscó dos gruesos y pesados trozos de leña a los extremos de un pedazo de cuerda de unos seis pies de largo. Después de sujetar la extraña arma al arzón de la silla Curly montó a caballo y emprendió la marcha.

Una vez que hubo llegado a la llanura exigió a su caballo un nuevo esfuerzo y el poderoso bruto galopó ganando terreno y descontando la ventaja que llevaba el indio.

Lobo Vagabundo notó enseguida que era nuevamente perseguido y lanzó un grito de alegría y burla. ¿Qué podía temer? ¿No había ro-

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de élises para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cía.

Bme. Mitre 1259

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 2589

bado al cowboy sus armas y el lazo? ¿No llevaba el una larga y afilada lanza? La persecución era pues un deporte entretenido. Puso al galope su caballo y Curley lo siguió a una distancia no mayor de cien yardas.

—Es mejor que abandones toda idea de perseguirme, cowboy — exclamó riendo el indio.

Curly no respondió una sola palabra pero aferrando su singular arma y haciéndola tomar impulso se acercó al piel roja. Cuando consideró oportuno el momento aquella especie de boleadoras fueron lanzadas al aire y se enroscaron en las patas delanteras del caballo de Lobo Vagabundo, que cayó rodando y arrastrando a su jinete, tomado de sorpresa.

El cowboy saltó a tierra y acercándose al indio exclamó.

—Ahora vengan mis dos revólvers. — Y antes de que el piel roja pudiera salir de su sorpresa las armas volvieron a su poder así como el lazo, conseguido lo cual montó de nuevo en su Smoke y emprendió la carrera en dirección contraria a la que había traído pero por el mismo camino.

—¿No me abandone aquí! ¡El caballo no puede moverse! — imploró el indio.

—¿Qué puede importar a nadie la vida de un ser como tú?... — respondió Curley. Pero como no tengo mal corazón si quieres te llevaré a la grupa, mas será para entregarte al sheriff...

Como es de suponer, la invitación no fué aceptada.

Poco después Curly se encontraba de regreso en el rancho del viejo Abe Cody quien se hallaba mejor de salud, pero no lograba, por más esfuerzos que hacía, convencer a sus cowboys de la pérdida de sus salarios.

Qué cambio se produjo en el rostro de todos cuando Curly mostró el saco de los dólares. Los gritos de alegría ensordecían.

Cuando le preguntaron que era lo que deseaba como recompensa respondió sencillamente.

—Trabajo para quince días. — Y puestos todos de acuerdo, fué nombrado capataz mientras quisiera permanecer allí.

Por bien que estén hechas las imitaciones de objetos de arte antiguos, siempre hay algo que los delata; un pequeño detalle técnico, una falsa idea del indumento, un error histórico, un punto insignificante que se le ha escapado al fabricante.

Hay artistas notabilísimos que copian tan fielmente una antigüedad que es casi imposible ver el fraude, pero en el momento en que el fabricante se aparta del modelo, quiera hacer algo suyo, poner cualquier detalle personal, es casi seguro que cometa una falta que le traicione.

Hay dos maneras para descubrir los artículos falsos. La una la de los técnicos; la otra la de los expertos. Los primeros son especialistas que practican un arte, que han hecho un estudio del proceso empleado por sus compañeros de hace siglos, de las herramientas que manejaban y de los materiales que empleaban, pero el conocimiento de estos expertos se limita por lo general a su profesión, al arte que ejercen. Los más hábiles en esmaltes, no suelen entender de tapices y el mejor escultor, es probable que no entienda de cristalería.

El experto actúa en campo más vasto. Necesita cierto conocimiento técnico aprendido en los libros, conocimientos que se desarrollan con la práctica, por la costumbre de manejar y examinar antigüedades y por un natural instinto de olfatear.

Para que sea completa y eficaz la ciencia del experto, ha de tener como base una ilustración general y un profundo conocimiento de la historia, sobre todo en lo concerniente a costumbres, trajes e ideas de las diferentes épocas, pues los falsificadores pueden ser muy hábiles en la ejecución material del objeto y sin embargo, por ignorancia de esos detalles, dejar al descubierto el fraude.

Es evidente que si algún loco echase al mercado el automóvil que compró Carlos V para hacer sus viajes por Europa, o la pluma estilográfica con que Cervantes escribió "La Galatea", se recibiría con una explosión de risa porque todo el mundo sabe que son cosas de moderna invención; pues bien, los fabricantes de antigüedades falsas incurren con frecuencia en esta clase de anacronismos, equivalentes a los que hemos señalado como ejemplo, y sin embargo pasan desapercibidos y esto se debe a que el anacronismo es de épocas remotas y ni el comprador, ni el experto, ni el falsificador sabrán las costumbres, y los trajes de aquel tiempo.

Recordemos un caso notable.

No hace muchos años, entró en una tienda de antigüedades de París, una señora con un envoltorio bastante voluminoso. Era un precioso grupo de plata repujada, de finísimo estilo y ejecución perfecta. Eran dos figuras de cerca de cuarenta centímetros de alto. Una de ellas representaba a un hombre con barba, con los brazos cruzados y las manos saliendo por en-

Cómo se descubren los fraudes Objetos de arte antiguos falsificados.

Por F. de Casas Gancedo

tre unos pliegues de su manto real, arrodillado ante un joven de rizados cabellos, en actitud de colocar una corona ducal en la cabeza del caballero. Al pie en tres óvalos se veían grabadas las letras H. D. N. Era una obra maestra del arte francés.

La dama veía con gusto la admiración con que el anticuario contemplaba tan hermoso objeto.

"¿Es admirable verdad?" preguntó la señora.

"¡Verdaderamente admirable! ¿Cuánto quiere usted por ello?"

"Treinta mil francos"

"Es muy poco: baratísimo. Cincuenta mil libras esterlinas, cien mil quizás, no se las regatearían en Londres por una obra de arte, histórica como esta. Estos grupos en metales preciosos, hechos a

él ha puesto un ángel del siglo XIII como lo delata su pelo rizado y su calzado, frente a un rey del siglo XIV como lo demuestran el corte de su barba real.

Un anacronismo"

"¡Ah...!" exclamó la dama.

"No es eso todo señora. El artista no era muy versado en cuestión de coronaciones y ha cometido un error que si ahora podía pasad inadvertido, hubiera chocado a todo el mundo en la Edad Media. En estas ceremonias oficia siempre un príncipe de la iglesia: un arzobispo, el Papa, y no un cualquiera disfrazado de ángel. El artífice ha copiado de un relicario antiguo un ángel al que le ha quitado las alas. Además, ha copiado dos piezas francesas en lugar de inglesas, pues aquella coronación que entregaba

La pobre dama se alejó desconsolada.

Otro ejemplo:

Se trataba de un tríptico, de cuero esmaltado, con un maravilloso esmalte de Limoges, del siglo XVI en el centro y en las puntas de los lados otros más pequeños circulares, del mismo origen. Las tres excelentes y auténticas.

En cuanto a la montura de este pequeño tesoro, aparece con flores de lis alrededor del monograma de Enrique II de Francia, repetido varias veces. Todo el marco es magnífico, en dibujo y perfección.

Las flores de lis son de buen estilo, tales y como se dibujaban a mediados del siglo XVI. Allí aparece las famosas D enlazadas con la inicial H, de Enrique II, indicando la amistad—llamémosla así—que el príncipe sentía por Diana de Poitiers, con gran disgusto de su esposa Catalina de Médicis. Se dice que esta linda obra maestra se la regaló Enrique II a su amigo Gouffier.

Hay, sin embargo, una buena razón para que no sea lo que parece.

El tríptico en cuestión es la exacta reproducción de una pieza análoga que existe en el Museo de Cluny, de París. En él vemos el mismo estampado, en idéntico cuero; el mismo marco con iguales esmaltes de Limoges: uno grande, rodeado de otros nueve más pequeños.

Se dijo que había pertenecido a Catalina de Médicis, pero un anticuario probó que, aunque los esmaltes son excelentes, la montura es comparativamente moderna y una falsificación indudable, pues el motivo central representa a la misma Catalina, de luto, en traje de viuda, arrodillada en un reclinatorio.

Es inadmisibles que la misma reina, que impacientemente aguardaba la muerte o la desgracia de la anciana Diana de Poitiers, que le llevaba veinte años y a la que quiso envenenar, hubiera puesto su propio retrato en un marco que llevaba las iniciales de su aborrecida rival.

Catalina pudo tolerar aquella injuria en vida de su esposo; por consiguiente, la montura del marco tendría una fecha de antes de la muerte de Enrique II, mientras que el esmalte, por el contrario, muestra a la reina con las tocas de la viuda.

Pretender que el conjunto es auténtico, es como decir que Catalina era viuda en vida de su esposo.

Examinando detenidamente el marco, se pregunta el anticuario: ¿Eso que se ve estampado en los bordes, representan las lágrimas de la viuda o son quizás las lenguas de fuego del Espíritu Santo?

No; este último símbolo sólo data de unos veinte años después de la muerte de Enrique II, cuando su hijo y sucesor, Enrique III, fundó la Orden del Espíritu Santo en el año 1579. El error ha sido subsanado en el Museo de Cluny.

Estos ejemplos nos muestran la cautela que es necesaria en estas cosas.

LA VUELTA

*

Volvió mi princesita; golondrina
que una mañana ideal de primavera,
dejó el castillo azul de mi quimera
clavándome, al partir, tan cruel espina...

Volvió. Frases cual notas de ocarina;
ojos que imploran la canción primera...
¿Quién la alejara un siglo a mi hechicera?
¿Amor que es brujo o su ansia peregrina?

Pensé negarle amparo bajo un techo;
avecilla que, ingrata, hirió mi pecho...
Más, al saberla hermana del Dolor

y aunque traía el ala destrozada,
exclamé: ¡Sea contigo la alborada
y anúnciela, triunfante, el ruiseñor!...

Rondomiro de ARANDAL.

martillo, valen lo que por ellos se quiera pedir y éste además es un monumento nacional para Inglaterra pues conmemora la anexión de Normandía a la corona de Inglaterra: H. D. N., es decir: "HENRICUS DUX NORMANDIE".

"¡Ah! No sabía yo eso" exclamó la dama loca de alegría.

"Sí, señora, pero desgraciadamente, esta pieza es falsa. El artista, que la hecho es habilísimo, pero no meditó bien el asunto que iba a hacer, aunque no dejó de tomar sus precauciones para que no se descubriese el fraude, pues copió fielmente las figuras de este grupo sin poner nada suyo en ello fue prudente pero fatalmente para

Normandía a Inglaterra y arruinó a Francia y fué la causa de la Guerra de los Cien Años, fué muy celebrada y festejada por los ingleses pero no por los franceses. Más aún ¿cómo es posible que una obra como esa que conmemora episodio tan importante, un documento así, haya permanecido ignorado y oculto durante seiscientos años? ¿Quiere usted más? ¿Quién es este "Henricus" heredero de Normandía? ¿Enrique II que nació cuando aquella parte de Francia estaba ya incorporada a la corona de Inglaterra? Tampoco puede ser Enrique III pues este en lugar de ganar Normandía la perdió, y menos Enrique IV que nació cien años después".



(Continuación de "La cabellera de Lucy")

como loco... entonces toma el látigo del coche y azota a las infelices... una de ellas, al querer disparar, casi se ahoga en el arroyo!

Olaguer y Zamora, asqueados, se levantaron de la mesa. Castro refa a carcajadas y comentaba los relatos de Ponsardin con admiración. — ¡Qué bárbaro!... ¿Y cómo lo supo?

— Todo se sabe... ¿no quieren un cigarro?... Partagás, legítimo...

Trajeron el café y los licores. El ambiente del comedor se tornaba pesado, y Olaguer abriendo la ventana salió por un instante al balcón.

Era una noche de enero, y del campo llegaban oleadas de perfumes silvestres. Respiró con fruición, paseando la mirada por el parque iluminado por tenues fulgores. De pronto sintió que su corazón cesaba de latir. No, no era una ilusión de los sentidos; allí, entre las arboledas, vio su blanca silueta deslizándose sin ruido, perdiéndose en la oscuridad.

— ¡Lucy!... — Casi grita. Dominóse por un gran esfuerzo, aturdido, arrastrado en aquel vértigo... Se restregó los ojos. Volvió a mirar, pero ya no vio nada. Algunas luciérnagas volaban entre la noche...

La sobremesa duró todavía una hora más. Zamora y Castro se retiraron. Ponsardin llamó a un sirviente para que le indicara a Olaguer su dormitorio. Con paso pesado él mismo le acompañó un trecho por el pasillo. Se despidió por fin, comenzando a bajar la escalera, pues dijo que esa noche dormiría en la planta baja. Estaba ebrio, sin duda...

Cuando el sirviente le dejó solo, Olaguer empezó a pasearse, sin ánimo de dormir. Sufrió por encontradas reflexiones. Se sentía impresionado aún por la coincidencia que le había llevado a pedir auxilio a la casa de Lucy Villegas, hoy señora de Ponsardin.

Fueron novios en otro tiempo y estuvieron para casarse. Pero una rencilla de enamorados hizo que Olaguer galanteara por unos días a Clota Riglos, no imaginando las consecuencias. Pasó tres meses sin tener noticias de Lucy. Un día, con dolor infinito, supo por los diarios su compromiso con Claudio Ponsardin, que había vuelto de Europa, no había mucho.

Su corazón sangraba todavía. Nunca la perdonó y ahora, que estaba allí en la misma casa, un deseo irresistible de verla, de explicarle... ¿explicarle qué?... le hacía ir y venir ansiosamente. Ese mismo retraimiento de ella, había concluido por exacerbar su deseo.

Apagó la bujía y salió al balcón. Aquella mancha que se alargaba sobre el césped, era sí, no había la menor duda, era el reflejo de una ventana. Y esa ventana venía a ser precisamente aquella en que sorprendiera a Lucy, por la mañana, con la cabellera suelta.

Una idea descabellada le pasó por la imaginación. Calculó la distancia entre un balcón y el otro: serían unos cuatro metros... No vaciló. Para su cuerpo, elastizado en los deportes, aquel ejercicio, si bien era nuevo, no le parecía irrealizable. El estilo arquitectónico, con muchos adornos y molduras, ofrecía numerosos puntos de apoyo. Murmuró entre dientes:

— Todo será cuestión de romperse o no romperse la cabeza...

Saltó sobre el pretil y, dejándose llevar por el tacto, comenzó a escalar la pared.

El, que siempre había odiado esa cargazón de detalles en las fachadas, apreciaba en aquel momento sus incalculables beneficios...

Esta reflexión le hizo perder pie y al querer afirmarse, pisó con demasiada fuerza en un relieve del revoque, que se desprendió, quedando Olaguer suspendido en el vacío.

Con un escalofrío, se adivinó, colgado a siete metros del suelo. Sus dedos, crispados en la voluta de un capitel, se debilitaban por momentos. Echó con desesperación una mirada hacia arriba y vio la ventana iluminada a poca distancia de su cabeza.

Allí estaba Lucy, sin duda... Un esfuerzo más y alcanzaría al balcón.

Sus pies se volvieron prensiles

rando hacia afuera. En sus ojos azules, se reflejaba el asombro y su boca estaba contraída por un gesto de ansiedad. Al reconocerle, ahogó un leve grito.

La cortina volvió a caer en seguida y la luz se apagó. Olaguer penetró en la alcoba silenciosamente. La adivinaba allí cerca:

— ¡Lucy!... — Suspiró con vehemencia contenida.

— Esto es una locura!... — Le interrumpió su voz, partiendo de la oscuridad. — Ud. me compromete, nunca debió hacer esto!

— Lucy... ¿Por qué no me hablas de tú?

— Porque ya no soy "Lucy"... — Contestó con acento breve, que no escapó a Olaguer.

— Sí, lo sé demasiado... jamás lo hubiera creído... parecía imposible!

Quedaron en silencio. El corazón de él latía con fuerza y, como estaba junto a la ventana, podía distinguirse su silueta. Ella, en

— Soy Lucy Villegas de Ponsardin!

— Yo soñé que fueras Lucy Villegas de Olaguer... hasta quedaba mejor...

No escapó a ella el tono con que lo dijo. Con una puntita de encono, declaró después de un instante de silencio:

Siento que Ud. no haya comprendido mi actitud al no salir en todo el día. Sabía que estaba en la casa, lo ví cuando atravesaba el vestíbulo. Creí que se iría hoy. Esta entrevista no debió producirse nunca!

— Es que no me resigno a que la fatalidad nos separe así!... Una futilidad, una irreflexión... porque yo entonces no estaba enamorado de Clotilde...

— Ah!... ¿no?... pues yo, desde un principio, me sentí enamorada de Claudio...

— Oh!... Lucy, Lucy... ¿Por qué te complaces en martirizarme, si sabes cuanto te amaba y que todo no fué sino una locura, una...

— Bien!... Pero tomadas las cosas ahora, a la distancia, nada tenemos que reprocharnos. Hay, sin embargo, una diferencia. Después de casada, yo no he ido a golpear a su puerta, a perturbar su tranquilidad... En cambio, Ud., después de casado, ¿qué busca en esta casa, en esta habitación, adonde ha penetrado como...?

— Como un malhechor... Dilo, sí...

— ¿Esperaba, — prosiguió sin cambiar de tono, — que yo engañara a mi esposo y le saliera al encuentro echándole los brazos al cuello?

— Tus brazos en mi cuello... Felicidad soñada y perdida para mí... Murmuró él, navegando en un mar de inefable desesperanza.

— Conteste!... — Sonó la voz, cita implacable.

— No, no creía nada... si fué un impulso!... casi ni pude llegar, porque perdí pie y por poco me caigo... ojalá!... ahora estaría muerto!

— Y mañana todo el mundo diría que los amantes de la señora de Ponsardin, se matan al salir por...

— Calla... ten piedad... nunca imaginé que fueras tan cruel!

Quedaron en silencio de nuevo. Estaban los dos allí, buscándose con los ojos en la oscuridad. La voz de ella parecía más vehemente y Olaguer presentía el soplo de ardimiento que aquella voz expresaría en la pasión. Lucy, en cambio, hallaba que el acento de él parecía saturado de desencanto.

Después de un minuto, ella habló de nuevo:

— ¿Se ha hecho algún daño, está herido?

— Mi herida ya es vieja...

Lucy hizo un movimiento, como si algo sensible se hubiera agitado en su interior. Por un instante volvió a verle como en aquellas lejanas noches de amor, llegar a su balcón y apoyar las manos, que ella oprimía bajo las suyas. Su cabeza querida solía doblarse bajo la caricia, y ella hundía en los cabellos sus dedos ardorosos, sintiéndole palpar entre sus manos... Aquel hombre había arrancado a sus labios el primer beso de amor, había hecho temblar su corazón con el divino fuego... Le llegaba, sutilmente, el perfume que siempre usaba, y que en ese momento, a pesar de su resolución, la hacía languidecer...

Oyóse un ruido en el interior de

ME SIENTO UN AVE

Me siento un ave cuando el sol me besa dando a mis ojos algo de su llama; todas las fibras de mi cuerpo inflama ese tibio fulgor que me embelesa.

Me siento un ave del espacio presa y al buscar el refugio de la rama, surge mi voz que, tímida, derrama todo el amor que en mis estrofas reza.

Hay un dulce rumor en mi garganta, un gorjeo que raudo se levanta desde el fondo del alma estremecida

y es pura la cadencia de esa nota, que del misterio de mi alma brota rimando el sueño de mi propia vida.

Alcira BONAZZOLA

y, como en un ejercicio de trapezio, se levantó casi a pulso, se encaramó sujetándose con una mano sola, mientras con la otra lograba asirse de una columnilla. Trepas por la balastrada y saltar adentro fué cosa más fácil, pero era tal su agotamiento, que por un instante permaneció sin hacer un ademán.

La ventana estaba abierta y las cortinas caídas. No distinguió nada, pero en ese momento una sombra se interpuso ante la luz. Olaguer, con el corazón estremecido, temió escuchar el rumor de una conversación, aunque Ponsardin les había dicho que dormiría en la planta baja. Pero todo estaba en silencio...

De improviso la cortina se apartó y el rostro de Lucy inclinóse mi-

cambio, se perdía entre la sombra más espesa de la habitación. Sonó su voz, ligeramente burlona:

— ¿Qué es lo que nunca hubiera creído?

— Que te casaras con otro... parecía imposible!

— Pero Ud. también se ha casado con otra... ya ve que todo es posible.

— Sí... — asintió a su pesar. — Pero fué más tarde... Tú te habías ido a Puente del Inca, después de aquéllo...

Se refería a la rencilla que los separó. Ella, entonces, haciendo alusión al matrimonio de Olaguer, realizado por despecho casi en seguida del ayo, le replicó:

— Y Ud., después de aquello otro, se fué a Norte América.

— Oh, Lucy! La verdad es...

ANECDOTA

Alguien preguntó una vez a Georges Bernard Shaw si creía en la Inmaculada Concepción. El ingenioso escritor contestó afirmativamente, añadiendo:

— Y creo en ella, porque considero inmaculadas a todas las concepciones.

Este argumento, que a primera vista parece un alarde de descreimiento religioso, encierra un profundo respeto por la principal misión de la mujer en la tierra.

la casa y despertó de su encantamiento.

—Váyase!... su presencia aquí no puede prolongarse un minuto... váyase!

—Sí... me iré en seguida... sólo vine porque quería saber...

—¡Ya lo sabe!

—Adios...

Y Olaguer hizo el ademán resuelto de salir nuevamente por la ventana. Ella le detuvo:

—Venga... es preferible que salga por la puerta. Al pie de la escalera hallará su habitación.

El replicó con acento sarcástico:

—Jamás, señora... no quiero comprometer su honor!

—Pero está Ud. en mi casa... y en ella se me obedece!

Y tomándole con energía de un brazo, le impulsó hacia la puerta. Olaguer oyó que la llave giraba suavemente y al abrirse la hoja, ambos reprimieron un grito de inquietud.

El vestíbulo estaba iluminado y Ponsardin lo atravesaba detrás de una joven que sostenía en las manos una lámpara. ¿Ama de llaves, dama de compañía? La joven, piz-

pireta y burlona, volvióse en aquel instante y le hizo un mohín, desapareciendo ambos por el pasillo. Reinó de nuevo la oscuridad...

Lucy y Olaguer habían seguido el desarrollo de la escena, sin moverse ni hablar. Después, ella volvió a cerrar la puerta, y prendió la luz. Muy nerviosa, dió una vuelta por la habitación... Estaba vestida con un ligero batón blanco, descotado, y sus pies los aprisionaba en bordadas chinelas de seda. Ligeramente pálida, una sonrisa impresionante, enigmática, con traía su rostro.

Seguramente por algún violento ademán, las horquillas se le habían desprendido, y todo el cabello, aquel manto de seda leonada, lo tenía esparcido sobre los hombros, le caía por el cuerpo, de la cabeza hasta los pies.

Dió otra vuelta por la habitación, y se encontró de frente con Olaguer, que no se había movido. Le tendió las manos, toda su fortaleza rendida por la traición:

—Y bien... ahora soy suya... — Le dijo. Y con un gesto de amargura, donde se leían muchas cosas, agregó: — lo mereces...

Las sombras acusadoras

Por H. J. Magog

Tres veces Juanita Brignon se había levantado del diván, abandonando el libro que fingía leer.

—Tic-tac... tic-tac...

El péndulo del reloj de pared parecía precipitar sus movimientos. Y su corazón respondía con un latido más sordo y más rápido. Miraba con insistencia en dirección a la puerta, y luego furtivamente a su marido, que le daba la espalda, sentado ante una larga mesa cubierta de siluetas recortadas en grandes hojas de papel negro.

A pasos inciertos, la joven señora caminaba por el interior del taller, arreglado para que sirviera también de sala de recibí; cambiaba de sitio algunos bibelots y volvía a sentarse con aire de desaliento. Un profundo pliegue contrahía su pura frente entre las cejas, denotando cavilosa preocupación. Su boca esbozaba un gesto de pena, y sus piecitos se movían en impaciente vaivén sobre la alfombra, mientras sus dilatadas pupilas ensombrecidas como un cielo tempestuoso, no cesaban de acechar por encima del libro abierto, al marcha de la aguja sobre las divisiones del cuadrante.

—Ya es la hora... Ya es la hora... pensaba Juanita, observando atentamente las oscilaciones del péndulo.

Lanzó una nueva mirada al reloj, y se decidió por fin. Arrojando el libro se dirigió a la puerta, que abrió en seguida; luego dijo con rapidez y en tono agresivo:

—Salgo en busca de un postre, porque la sirvienta está ocupada. —Ve.

Ofendida por la sequedad del monosílabo, dió un portazo al salir.

Bruscamente, esquivando su boca, Juanita volvió la cabeza y se puso a reír.

—¡Oh, es muy cómico!

—¿Qué es lo que le produce tan-

ta gracia?—preguntó el galán, medio sorprendido, un tanto molesto.

—Nada... Una tonta idea que se me ocurre a propósito de las sombras que proyectan nuestras cabezas sobre la pared. Eso me hace pensar en las siluetas que recorta mi marido... ¿No se lo he dicho a usted?...

Condujo a su compañero fuera de la mancha luminosa que producía el farol, cerca del cual se habían detenido imprudentemente.

La calle estrecha, mal iluminada y desierta en que acababan de encontrarse, era bastante propicia para encubrir dos enamorados.

Efectivamente, se trataba de dos enamorados simplemente. Ese encuentro, preparado la víspera durante una visita a amigos comunes, donde, por otra parte, no se podía faltar con libertad, constituía la primera cita, furtiva, en la que ella dispondría del tiempo indispensable para conceder un beso y no dejarse arrancar promesa alguna.

—Si usted quisiera... mañana... la esperaría en mi casa...

—¡Oh, no!

Indecisa, ingenua todavía, más coqueta que perversa, Juanita avanzaba hacia el adulterio a cortos pasos tímidos, interrumpidos por detenciones y retrocesos.

¿No era ella, acaso, una esposa incomprendida y descuidada, unida a un ser insoportable que sólo alimentaba dos pasiones: las siluetas recortadas y el tiro al blanco? Había instalado un blanco en el taller-sala, y todos los días la joven señora debía taparse los oídos mientras duraban los estampidos del arma con que el aficionado siluetista ejercitaba la puntería agudizando sus obras maestras.

Pero ese martirio cotidiano no justificaba, por cierto, la venganza, que meditaba Juanita.

Con imperioso ardimiento, el se-

ductor volvió a apoderarse de las manos de la joven señora, y murmuró palabras entrecortadas.

—Mañana... Usted vendrá mañana... ¡Sí!... La esperaré... Será más prudente que vernos en la calle... y tan cerca de su casa... Mañana, a las cinco... ¿Dígame que sí!

Al llegar a la esquina, Juanita capituló:

—Bien... sí... mañana... — prometió, con voz apenas perceptible.

Y huyó hacia la confitería, donde compró la golosina, pretexto de su salida.

Al regresar a su casa adoptó una fisonomía serena y ojos donde brillaba la más pura inocencia.

Empujó la puerta con resolución, yendo al encuentro de su marido, que se hallaba ocupado en fijar una de sus siluetas sobre la esfera del blanco.

—¡Ah!—exclamó ella, irónicamente.—¡No pierdes el tiempo! ¡Otra nueva obra maestra!

Pero, de repente se extinguió la luz burlona de su mirada. Quedó inmóvil frente al lienzo del blanco, de donde el marido acababa de apartarse y sobre la blancura del cual dos cabezas negras, recortadas, boca contra boca, reproducían con exactitud las dos sombras de la pared, durante el beso.

—Ya lo ves... ¡Es un hermoso trabajo! — dijo friamente el señor Brignon.

Juanita se sentía morir. ¿Cómo podía haber presenciado el marido la escena de la traición? Cuanto más pensaba menos comprendía. Estaba segura de que nadie pasaba en ese momento por la calle.

Al desviar su mirada de las siluetas acusadoras, se dió cuenta de que una de las ventanas daba

LIRA

Recuerdo bien tu nombre...

Sabrás ya mi pasión por este dato,

Mi palabra no asombre,

Te veo a cada rato,

Contemplo enamorado tu retrato.

Recuerdo de tu piano...

sonidos arpeggiados melódicos,

En tu jardín galano,

Se oían armoniosos,

Acentos musicales cadenciosos.

Recuerdo aquellos días...

¡Oh, tiempo tan feliz! ¡te contemplaba!

Tus manos y las mías

Muy juntas las miraba,

Más tú no comprendías que te amaba.

Recuerdo tu inocencia...

Tu espíritu sereno entreveía,

Tu calma, tu paciencia,

Tu expresión y la mía,

¡En silencio te amaba! ¡te quería!

Recuerdo los instantes...

Aquellos de los grandes sufrimientos,

De amores anhelantes;

Tan tristes pensamientos...

¡Fueron firmes, tenaces y violentos!

José M. OYUELA

precisamente sobre la calle y la pared donde se proyectaran las dos sombras.

Un azar implacable habría debido llevar al señor Brignon a la maldita ventana. Y lo había visto todo. ¿Qué designio infernal lo impulsó a tomar las tijeras y el papel negro para reproducir las sombras culpables? Y, ahora, ¿qué venganza estaba incubando?

El sonreía burlonamente. Juanita, aterrorizada, lo vió dirigirse a la panoplia, donde eligió un arma y la examinó.

—¡No! ¡Por Dios, no tires! — suplicó la joven señora, espantada.

Una carcajada y dos balazos le respondieron.

—¡Doble blanco!... ¡Dos veces mosca en la cabeza de los enamorados! — exclamó, triunfante, el señor Brignon, mostrándole las dos siluetas atravesadas por los proyectiles.

Intensamente pálida, Juanita temblaba. El marido seguía burlándose, sin que ella pudiese tener seguridad alguna acerca de sus verdaderos sentimientos. ¿Reía de su terror culpable o gozaba con toda inocencia de las delicias de su "sport"?

—¡Qué impresionante estás! ¿Vas a desmayarte, acaso, porque he tirado contra dos sombras sorprendidas sobre una pared?

Al otro día, después de dos horas de vana espera, ante el servicio de té preparado, ya sin esperanza de que su dama concurriese a la cita, el desdichado seductor exhalaba su queja en estas tristes palabras:

—¡Ya no vendrá! ¡Ah, las mujeres!... — ¡Sin embargo, creía que a ésta la había apresado bien! Y no alcanzó a comprender el motivo que pudo haberla inducido a cambiar de idea!

RESIGNACION

Del libro "Luz Crepuscular"

Alimenta tu alma con bondades
y llena de esperanza el corazón;
que saber soportar adversidades,
es de los seres admirable don.

No te acojojen los desaires burdos,
ni te apenen los viles desengaños...
—El mundo es el crisol de los absurdos,
y ciencia curativa son los años.

Nada importe el murmullo ni desprecios
conque menguar pretendan tus honores:
—que si poblado está el confín de necios,
¡la vida es sólo de los soñadores!...

Raimundo SAN JUAN MIGUEL

La leyenda de la gran duquesa Anastasia

Como cuenta la muerte del zar y de su familia el hombre que firmó la sentencia

Un diario de Moscú publica lo que sigue:

"La princesa Anastasia murió. Fué muerta con un revólver alemán de 0,45 de calibre, que conservo. Cuatro personas vieron el cadáver y saben el lugar donde fué enterrada, cerca de Ekaterinburg (hoy Sverdlovsk), en la frontera siberiana. La hija del Zar no logró escaparse; claro es que habrá muchas personas que se crean que Mme. Tschalkovsky es la princesa Anastasia. Pero yo puedo asegurar que firmé su sentencia de muerte y me cuidé de que fuera cumplida".

Esta declaración ha sido hecha recientemente por el único hombre que está en posición de saber el fin del Zar de Rusia y de toda su familia.

Este hombre es Fedor Fedorovich Siromolotov, ex millonario, que sin dolor alguno dió todo cuanto tenía al Gobierno soviético en 1917, y que es en la actualidad presidente del "trust" de la madera del Estado, con un sueldo al mes de trescientos rublos.

Fedor Fedorovich era presidente del comité ejecutivo del distrito de los Urales en la primavera de 1918. Fué el primero de los miembros de dicho Comité que firmó la orden de ejecución del Zar y de su familia.

De los otros miembros del Comité uno murió; otro, Peter L. Voikoff, el embajador de los Soviets en Polonia, murió asesinado en Varsovia el verano pasado; el último miembro de dicho Comité, Beloberodov, está actualmente en el destierro por pertenecer a la oposición trotskista.

Feder Fedorovich afirma que "Las declaraciones de la señora Tschalkovsky, diciendo que es la hija del Zar, son pura invención; es una bella novela que quizás consuele algo a la nobleza rusa de su actual miseria. Hay, por lo menos, catorce pretendientes al trono de los Romanoff. El Gobierno soviético no se puede, por tanto, preocupar de que haya uno más..."

Los hechos ocurrieron en la forma siguiente, según Fedorovich: "Nicolás II y su familia iban camino del destierro cuando recibimos noticias en nuestro distrito de que el príncipe Lovoff, en Tobolsk, estaba organizando un complot para libertad a los imperiales prisioneros cuando el tren pasase por dicho punto.

Concentramos todas las tropas de que disponíamos, y no ocurrió nada. Inmediatamente recibimos órdenes de que el Zar y su familia continuasen sin detenerse, con dirección a Ekaterinburg.

Unas horas después recibimos un telegrama, en que se nos comunicaba que nos habían traicionado, y la máquina con el coche en que iba la familia real se dirigía a toda velocidad hacia Omsk. Si lograban pasar esta ciudad tenían el camino libre vía Valdivostok; Omsk estaba dominada por los soldados rojos.

Telegrafiamos al comandante de la plaza ordenándole que bloquease el tren real y arrestase al Zar y a su familia. Doce horas más tarde, la familia real volvía rodeada de fuerte destacamento de tropas a Ekaterinburg."

Las tropas de los contrarrevolucionarios avanzaban por todas partes. La oficialidad se había sublevado en Chaliabinsk y en Oriemburg. En Omsk también nos amenazaban con una sublevación. So-

¡El hombre negro!

La noche era lúgubre y pavorosa. El cierzo, cual hálito helado de la muerte, parecía apagar, en su tránsito fatal, hasta los más leves vestigios de vida. Los cárdenos relámpagos iluminaban, siniestramente, la yerba campaña, postrada en hondo desmayo después de la titánica lucha sostenida contra los elementos furibundos y desencadenados del espacio. ¡Horrida noche!

Una mujer y un hombre, en rincón obscuro de su humilde casucha, parecían dominados por una intensa inquietud. En ella, adivinábase, a través de su estado febril, cierta resignación, la que, quizás, se debía, más que a su bondad, a los golpes del infortunio soportados valerosamente. En cuanto a él, contrariamente, más impetuoso e impaciente, que su dulce compañera, expresaba en su torva mirada la maligna ansiedad que le dominaba...

—Ya debía estar aquí, — profirió con voz sorda. — Tú, le dijo a la mujer, hazle compañía al niño; yo me entenderé con el negro, puesto que, para el caso, no necesito de testigos.

Levantóse la mujer a la orden imperativa dada por su esposo, y con paso vacilante se dirigió a su aposento, cuando dos golpes secos, como dados sobre una losa funeraria, resonaron lúgubremente en el silencio de la noche helada.

La mujer retrocedió espantada, pero, el marido tomándola con dureza por un brazo, una obligó a sentarse de nuevo, al tiempo que con su otra mano, le hacía con el índice, apoyándolo en sus labios, el trágico ademán de que observara el más profundo silencio.

Un nuevo relámpago iluminó tan sombría escena.

Con paso cauteloso y mirada incierta, dirigióse, el esposo, a la puerta, la que, al abrirla, rechinó dolorosamente.

Un hombre de rostro negro como un abismo sin fondo e insondable, apareció en el umbral. Lo exterior de sus ojos brillaban en su faz, contrastando, siniestramente, con ella. Parecía agobiado por la fatiga, da-

do que llevaba sobre sus hercúleas espaldas un voluminoso saco, por lo cual hacía que sus pasos al par de pesados, fuesen tortuosos e inciertos.

—¡Mucho te has hecho esperar! — dijo al negro.

—Señor, respondió éste la noche es inclemente.

—Pues, por lo mismo deberías haber venido más pronto.

—¿Dónde lo dejó?

—Ven.

Los dos se encaminaron hacia lo más apartado de la casa.

—Déjalo aquí.

—¡Aquí no! gritó la mujer. Este es un lugar demasiado visible y podrían...

—Basta ya, replicó el marido con voz mal contenida por la ira. Déjalo aquí, como te dije.

El hombre negro, en un supremo esfuerzo, dejó caer pesadamente el saco, produciendo un ruido cual de huesos rotos.

—Llévese el saco. Díjole al hombre negro.

—¡No! no, exclamó la mujer. Lo ensuciaría todo; mejor sería dejarlo como está, pues, poco a poco iré sacando, fragmentariamente, el contenido y...

Un relámpago seguido de un trueno formidable ahogó la voz en su garganta, dejándolos, a los tres, cegados y convulsos.

El hombre negro sin esperar la retribución convenida, y ante tan devastadora tempestad, lleno de pavor y temiendo, quizás, la maldición de un cielo todo fuego, huyó como alma que lleva el diablo.

Unos segundos después una rocecita infantil, entrecortada y desfavorida, exclamaba desde la habitación contigua: ¡Mamá! ¡Papá! ¡Tengo miedo!

—¡No es nada hijo mío! — Duerme... duerme... Díjole la madre.

—¡Tengo mucho miedo! repitió el niño.

—Cállese la boca. Gritó el padre. Duérmase de una vez.

El niño, sollozando, balbuceó sobrecojido: — ¡Era mandinga con quién hablaban?

—¡Qué mandinga. Díjole la madre, mientras corría a su encuentro; era el carbonero.

S. C. OJEDA

lamente el Oeste era fiel a los bolcheviques.

Estábamos amenazados por todos lados por tropas monárquicas.

Los obreros nos pidieron decretásemos la muerte de los Romanoff. Firmamos la sentencia de muerte, siendo cumplida enseguida.

La historia que cuenta la señora Tschalkovsky de que la hirieron con una bayoneta es completamente falsa. No se usaron las bayonetas para las ejecuciones. Los hombres que las llevaron a cabo no eran asesinos; era soldados que cumplían órdenes de sus superiores.

Los miembros del Comité Ejecutivo visitamos la casa de Ekate-

rinburg donde tuvieron lugar las ejecuciones, para comprobar que las órdenes habían sido cumplidas.

Un médico certificó la defunción. Dimos órdenes secretas de dónde tenían que ser enterrados los cadáveres. El sitio donde se inhumaron no lo conoce nadie hasta ahora.

Cuando el general Kolchak invadió algunos meses después la ciudad no pudo encontrar el lugar donde los Romanoff fueron enterrados, a pesar de sus activas pesquisas".



Conocimientos útiles :

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Limpieza de los sombreros de fieltro blanco. — Se limpia el sombrero por todas partes con un cepillo de ropa muy limpio, y después se cubre por completo con una pasta hecha de agua fría y magensia en polvo. Se deja secar, y se quita luego la pasta con un cepillo de crin vegetal, terminando la operación con otro cepillo más suave.

Para agujerear lateralmente un tubo de cristal, se tapan herméticamente los dos extremos del tubo (con los dedos pulgares, por ejemplo, si es bastante largo) y se acerca a la parte lateral de un mechero Bunsen ó de una lámpara de alcohol fuerte el sitio que se haya de perforar. Cuando el cristal está bastante reblandecido el aire se dilata y abre un agujero redondo y sin rebaba. La superficie de alrededor queda algo deprimida pero con regularidad. Una ligera explosión anuncia el final de la operación.

Pulimento de plata para el marfil. — Se echan los objetos en una disolución débil de nitrato de plata, y se dejan en ella hasta que se ponen de color amarillo obscuro. Luego se pasan a un recipiente con agua clara y se exponen directamente a la luz del sol. Al cabo de tres horas estarán negros, y cuando se frotan con una gamuza adquieren un lustre plateado.

Los encajes negros se restauran sumergiéndolos primeramente en una solución débil de té verde, envolviéndolos luego en un paño y planchándolos por último poniendo encima un pañuelo de seda.

Para distinguir el oro del cobre se deja caer sobre el metal una gota de vitriolo ó de agua fuerte. Si el ácido fermenta y da color al metal es señal de que es cobre, y si, por el contrario, el color permanece intacto, es prueba de que se trata de oro.

Impermeabilización de las paredes de ladrillo. — El procedimiento llamado Sylvestre, que da resultados magníficos, consiste en embadurnar alternativamente la pared húmeda con una disolución de 300 gramos de jabón en un litro de agua, y otra disolución de 200 gramos de alumbre en cuatro litros de agua.

Antes de proceder á la operación, se limpia y se seca bien la pared y luego se aplica la primera disolución, hirviendo, con una brocha plana. Cuando se haya secado se aplica la segunda disolución, cuya temperatura debe oscilar entre los 160 y 220 centígrados.

Al cabo de veinticuatro horas, cuando ya esté bien seca esta doble mano de barniz, se da otra y otra, hasta obtener la impermeabilidad completa.

El número de manos necesarias depende de la presión que el agua ejerza sobre la pared.

Las peras de caucho de los vaporizadores se estropean con fre-

cuencia á causa de su endurecimiento. Para devolverles su flexibilidad, nada mejor que meterlas durante dos ó tres minutos en parafina á 100o, y dejarlas luego durante algún tiempo en una estufa á la misma temperatura.

Para pegar madera y cartón al metal se disuelven en un poco de agua 50 gramos de acetato de plomo y 5 de alumbre; por otra parte se prepara en 2 litros de agua una solución de 7 ó 8 gramos de goma arábica, en la cual se echa, agitando constantemente, 500 gramos de harina. Esta solución se pone á hervir á fuego suave, agitándola, se deja enfriar un poco y, después se mezcla, agitándola, con la primera solución. No hay que olvidar que el acetato de plomo es un veneno peligroso.

Jabón para pulimentar. — Se trata de un análogo á los que se suelen denominar jabones minerales y que contienen en su masa sustancias rodantes envueltas de modo apropiado.

Se puede fabricar y da buenos resultados para pulimentos finos, mezclando íntimamente 25 partes de jabón común bueno, 30 partes de creta finamente pulverizada y media parte de rojo de Venecia.

También se puede fabricar otro con 26 partes de jabón de aceite de palmera líquido, 12 partes de tripoli y una parte respectivamente de las siguientes sustancias: alumbre, ácido tártrico pulverizadas ambas y cerusa.

Cartón impermeable. — Untese el cartón con un líquido compuesto de 1 kilo de cera amarilla mez-

clada en caliente con 60 gramos de pez de Borgoña, 80 de aceite de cacahuet, 50 de sulfato de hierro y 20 de esencia de timo.

Para dar á la madera el aspecto del ébano, se echan dos onzas de goma laca en hojuelas y una onza de bórax en un litro de agua, y se hierve hasta la disolución completa de la goma y el bórax. Entonces se añaden dos cucharadas pequeñas de glicerina, y por último se agrega cantidad suficiente de anilina negra soluble en el agua.

Betún para el calzado negro. — Los ingredientes para hacer este betún son:

Negro de hueso	700 gr.
Melaza	500 "
Aceite común	60 "
Vinagre	120 "

Con el negro de hueso, la melaza y el aceite se forma una pasta blanda; se añade luego el vinagre, y para quitarle consistencia y poderla aplicar fácilmente, se agrega el agua que se crea necesaria.

Tela incombustible. — Para dar esta propiedad á las telas bastará sumergirlas en una solución de tungstato de sosa ó de alumbre común. Tienen gran aplicación estas telas para adornar repisas de chimeneas y para otros usos en que haya peligro de incendio.

Para perfumar el tabaco se extiende sobre una mesa y se rocía con aguardiente de buena calidad. Se restrega bien entre la manos de modo que el aguardiente lo impregne bien. Luego se deja secar en un recipiente de tierra durante veinticuatro horas.

El tabaco así tratado da un olor muy agradable.

Barniz claro para el cuero. — Disuélvase 25 partes de goma laca en barras, 20 de laca escamas y cuatro partes de benjuí todo muy pulverizado en un recipiente, que pueda dar vueltas y que contenga cien partes de alcohol á 96o.

La composición puede perfumarse con una parte de esencia de romero.

Hay que dejarlo reposar muchos días antes de filtrarlo.

Las pieles viejas se restauran con salvado humedecido y caliente, al cual se hayan echado unas cuantas gotas de amoníaco.

Aplicase friccionando la piel con la mano llena de salvado húmedo, y después con salvado seco, y se termina la operación cepillándolas con un cepillo más bien áspero que suave, para arreglar el pelo y quitarle todas las partículas de salvado que contenga.

Para limpiar y hermosear las alfombras se las pasa una bayeta mojada en medio cubo de agua, donde se haya echado previamente una cucharada grande de amoníaco.

La bayeta quita el polvo de la alfombra, y el amoníaco hace que se destaquen sus colores.

AGUAFUERTES DEL ZOOLÓGICO EL MARIDO CLUECO

Hay animales sin madre: escuchad esta escena criolla.

En los pueblos polígamos, el señor del harem tiene que ser forzosamente o un perverso o por lo menos un manso tirano. Diez mujeres en una casa, hay que tener muñeca para sujetarlas: de allí nace el depotismo. Pero yo, así en las pampas del desierto como en los corrales del Zoológico, conozco y he observado al avestruz, polígamo reducido, que vive tranquilamente con sus cuatro o cinco hembras muy andariegas, hasta que éstas, un día, cuando madura la frutita del cepa-caballo, plantifican allí en el potrero de su esposo, por dondequiera, unos huevos, algo así como los párvulos dejados en los zaguanes, y desaparecen.

Don Nandú, filósofo hasta por ahí, silba quejumbrosamente su conocido lamento; busca el revolcadero de tierra suelta, donde sus mujeres solían empolvase, y, al fin, casi resignado, un poco con las patas y otro poco con el pico arrea y reúne en esa depresión a los huevos, esos párvulos en proyecto. Mira; vuelve a silbar; nadie contesta: recuenta los huevos, aparta el más vijo, y él, el rápido corredor de la pampa, el ágil gambeteador, que en las persecuciones suele cansar caballos y perros, se declara clueco. ¡Un marido clueco!, es el mundo al revés. En la especie humana, en iguales situaciones, el hombre se entretiene largas horas en el club, sosteniendo larguísimas partidas de billar; en fin, no tiene nada de avestruz. Y mientras éste toma tan a lo serio su papel paterno-maternal, esas damas gambetean, lucen sus plumas que esponjan al aire, tienen grandes "parties de chasse" a la langosta, corren la verbena, en fin, en tanto que el sol y el ayuno poco a poco derriten y consumen la gorda picana del papá.

Don Nandú siente por fin un día retumbar bajo su pecho callosos los débiles golpes de los polluelos que piden ver la luz: sus vísceras paternas le dicen que al fin es madre. Se levanta acalambrado y tambaleante por el verdadero "tour de force" al que no está acostumbrado su sexo, y, amorosamente, como sólo sabe hacerlo una madre, abre con sus más delicados golpes de pico las cáscaras, para él sagradas ya, y, mojaditos pero vigorosos, se reúnen alrededor de sus escualidos zancos las charitas. Hacendoso, prepara la primera sopita. Rompe el huevo apartado: ¡Qué olor! Tan fuerte, que las moscas azules, siempre listas para los banquetes macábricos, concurren a centenares a chupar esa tortilla descompuesta. Por este rasgo de saber darse vuelta demuestra que es buen criollo. Y mientras los chicos picotean las moscas, él no prueba bocado. Coman hititos — parece que les dijera, — gocen ahora ustedes que no tienen madre. Ni una palabra de reproche para ellas. Y si las charitas, con sus insistente pío-pío parecen llamar a las ausentes, no contesta porque no lo entenderían; pero seguramente su pequeño cerebro de avestruz debe pensar con más o menos escepticismo: "Les hommes font les lois, mais les femmes font les mœurs". Y nada más; pues si es marido, es también caballero, y este "n'insulte jamais une femme qui tombe!".

Clemente ONELLI

Max Glücksmann ha adquirido la producción 1928/29 de la Columbia. — El apoderado de la Casa Max Glücksmann en Nueva York, don Jacobo Glücksmann acaba de informar telegráficamente que ha firmado contrato con la Columbia Pictures por toda la producción de la temporada 1928/29, la cual comprende cincuenta films.

La Columbia Pictures, que acaba de festejar el séptimo aniversario de su fundación es hoy por hoy, una de las productoras más fuertes de los Estados Unidos. Año tras año ha venido mejorando su elenco de directores y de artistas y realizando producciones que por la selección de los argumentos y el esmero de la presentación han hecho del nombre Columbia una garantía de buen espectáculo.

Aunque al lista de títulos de los films que comprende este contrato que acaba de firmar don Jacobo Glücksmann, así como los nombres de la dirección y artistas que en ellos intervienen se dará a conocer oportunamente, podemos adelantar que figuran nombres tan conocidos como los de Belle Bennett, Hobart Bosworth, Vera Reynolds, Jacqueline Logan, Harri-son Ford, Betty Compson, George K. Arthur, Bessie Love, Johny Walker, Lionel Belmore, etc. y directores como George B. Seitz, Frank Capra, Fred Windermere, Walter Lang, E. H. Griffith, Earle Kenton, Phil Rosen, Byron Has-kin.

Reginald Denny. — Este actor acaba de firmar un nuevo contrato a largo tiempo con la Universal Pictures Corporation. Y este contrato lo firmó después que muchas otras Compañías productoras de película le ofrecieron verdaderas fortunas por sus servicios.

Este nuevo contrato estipula que todas las futuras obras de Reginald Denny han de ser super producciones. Que los argumentos serán seleccionados entre las novelas más populares y los más aplaudidos dramas. Que los artistas que lo secundan consistirán únicamente en estrellas de renombre y que la Universal gastará por lo menos el doble de lo que ha venido gastando hasta ahora en la confección de escenarios y vestuarios para sus películas. La primera película de este contrato es la titulada "El Profesor de baile" en la que lo secundan Mary Carr, Barbara Worth y Hayden Stevenson. Esta película estará dirigida por Fred Newmeyer, el "metteur" que hizo famoso a Harry Lloyd.

ALGUNOS DATOS SOBRE LAS PRODUCCIONES JEWELS QUE ESTA ESTRENANDO LA UNIVERSAL.

"Su propia defensa". — Anna Q. Nilsson y Francis X. Bushman son los héroes de este drama que a lo

Notas cinematográficas

menos merece ser calificado de magistral. Dos íntimos amigos aman a una misma mujer que acaba por ser la esposa de uno de ellos. El otro mata a un hombre y las sospechas recaen sobre su amigo y hasta entonces afortunado rival. El homicida es el abogado defensor, el abogado que ha librado a incontables criminales, pero que resulta impotente para salvar a un inocente. La conciencia le impulsa a denunciarse a sí mismo, pero nadie lo cree, no puede dar pruebas de su culpabilidad... El interés

un aeroplano hecho de latas viejas, tripulado por un "chauffeur" de taxi, un banquero que queriendo ir a Nueva York va a Rusia, y su hija que está decidida a ir al otro mundo en compañía del chiflado "chauffeur".

"El botín de paz". — Una película de Lya de Putti. La mejor película que se ha hecho sobre la guerra. En realidad pasa después de ésta, en un pueblo del Ducado de Luxemburgo en casa de un agrario pacifista en la que se ha alo-

DESPERTAR

(Para Fray Mocho)

En mi pobre aposento lleno de sombra,
penetró con las risas de su alegría,
cual oro derramado sobre la alfombra,
la bendición ardiente, del nuevo día.

Al sentir el contacto de sus caricias
deslumbrado, un instante, cerré los ojos
y acogi con el beso de las albricias
ese polvo dorado de los rastrosjos.

Mi frente pensativa, tocó su encanto:
sobre mis labios puso su calor leve
y murmuró a mi oído, con suave canto:
¡Yo soy el sol que cae sobre tu nieve!

Carlos de Zavalía y Zogheb

de esta obra no cesa hasta el fin, y al fin queda plenamente justificado.

"El escudo del honor". — Interpretada por Neil Hamilton, Dorothy Gulliver y Ralph Lewis. Es un melodrama de acción, elegante y sensacionalmente presentado. Gira alrededor del robo de una gran joyería por una partida de ladrones dirigida por un alto empleado del establecimiento; y el secuestro de la hija del dueño, a la que salva un joven aviador de la policía. Hay vuelos, incendios y explosiones y un romántico idilio. Una interesante atracción en suma.

"En alas del amor" es la segunda producción Universal del nuevo y comiquísimo astro Glenn Tryon. Ella confirma plenamente las grandes esperanzas que Cael Laemmle puso en su talento cómico. Nada más sabroso que esa parodia de los viajes trasatlánticos por el aire en

jado un soldado yanqui de las tropas que regresan a Francia.

Este soldado y la hija del pacifista se enamoran... en violación de las ordenanzas municipales, pero luego la muchacha es condenada a cortarse al cabello y a casarse con un sargento que quiso apropiársela a la fuerza y se casan con gran alegría del sargento... que luego se encuentra con que le han cambiado la mujer.

"El valor vela". — Jorge Lewis y Marion Nixon personifican los protagonistas de esta lindísima comedia de decepciones y entusiasmos juveniles, muy movida, llena de sorpresas de trágica comicidad, e ingeniosamente desarrollada sobre la situación crítica de un muchacho que pretende ser mucho más de lo que es para conquistar el amor de su amada, llegando al fin a lo que pretendía, gracias a ella.

"Cuatro diablos con polleras". — La Corporación Argentino Americana de Films ha estrenado en su programa Extra Arte, la superproducción del sello Tiffany Pictures, "Cuatro diablos con polleras", comedia dramática dirigida por Phill Stone, e interpretada en sus principales figuras por: Bárbara Belford, William Collier, Jr. Alberta Vaughn, Ellen Percy, Gayne Withman, Lincoln Plumer, Marcia Harris, Shirley O'Haha y Luisa Carver.

En la intimidad de un dormitorio común, cuatro bailarinas liberan sobre la carencia absoluta de fondos. Hace tres semanas que están ensayando sin resultado práctico alguno, y la encargada las ha amenazado con arrojarlas a la calle.

Una de ellas, Julia Baxter, (Bárbara Belford), antigua corista, ha sido tomada como árbitro, y aconseja a sus amigas y colegas, esperar unos días más.

Durkin, el empresario teatral, tiene un interesado, Frank Carroll (Gayne Withman) y si consigue asociarlo, todo se arreglará.

Frank asiste a un ensayo y queda satisfecho. Julia le ha sido particularmente simpática y se queda conversando a solas con ella. Por su parte, Mirta Martin, (Alberta Vaughn) naturalmente impulsiva, exige a Durkin un anticipo. El empresario, convencido de que Carroll se asociará, cede a las instancias de la muchacha.

Esa noche, Julia cena en compañía de su novio Owen Mackay (William Collier Jr) agente viajero. En el elegante salón comedor del restaurante donde concurren ambos jóvenes, encuéntrase Frank Carroll en compañía de Flora Timbel (Joselyn Lee), lo único que le queda de su antigua empresa teatral.

Mackay, intensamente enamorado de Julia, le pide que sea su esposa, pero ella no accede aún porque espera triunfar en el teatro, y vive la artista sus sueños de gloria; dejándose arrullar suavemente la novia con palabras de amor, más el despertar debía ser cruel. Owen, ignorando en absoluto la situación pecunaria de la corista, inicia su gira comercial mientras las cuatro amigas se encuentran en la calle, sin dinero y sin hogar.

Ocurríenles las más descabelladas aventuras que imaginar se pueda. Como por obra de encantamiento, se encuentran habitando el lujoso departamento de Flora Timbel. El flamante socio de Durkin no es ajeno a estas extrañas coincidencias de las que piensa sacar "resultados prácticos", pero, la oportuna aparición de Owen salva la situación en el precioso instante en que está a punto de sucumbir Julia, y, probada su inocencia, ambos jóvenes tejen dulces ensueños para un porvenir no muy lejano.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U.T. 0-128, B. Orden.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre \$ 2.50	Trimestre \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre \$ 5.00	Semestre \$ 6.00	Semestre \$ oro 4.00
Año \$ 9.00	Año \$ 11.00	Año \$ oro 8.00
N.º suelto \$ 0.20	N.º suelto \$ 0.25	
N.º atrasado \$ 0.40	N.º atrasado \$ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	\$ 12.00	\$ 7.00
chico	\$ 8.00	\$ 3.00
Tapas sueltas	\$ 9.00	\$ 2.00
chico	\$ 6.00	\$ 1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

EL NOMBRE ESCRITO EN LA FRENTE

Presentad a cualquier amigo una tira de papel, pidiéndole que la coloque sobre su frente sosteniéndola con la mano izquierda; también se puede sujetar con ayuda de un hilo.

Una vez la tira de papel en el sitio indicado, decid a quien quiera hacer la prueba, que cierre los ojos y que escriba en dicha banda una palabra cualquiera, su nombre, por ejemplo.

De diez veces, nueve con regocijo del público, se verá que el escribiente traza su nombre al revés, es decir, de derecha a izquierda, como si se tratase de hacerlo en una piedra litográfica.

Tal movimiento es instintivo; más lo divertido del experimento consiste en los momentos de duda por que pasará el que quiere escribir sobre su frente, no sabiendo por qué parte del papel debe principiar a trazar las letras.



N.º 11. — COMPRIMIDO

NI NI
NI NI
NI NI
NI NI

N.º 15. — ADIVINANZA

¿Qué cosa es la que el hombre que la hace no la quiere, el que la quiere no la compra, el que la compra no la usa y el que la usa no la ve?

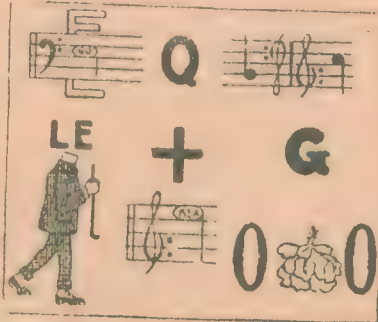
N.º 46. — JEROGLIFICO

DO TO GO

N.º 47. — CHARADA

Porque soy pobre me miras con tan injusto desdén; antes me quisiste bien, ahora por otro suspiras; poco mis galas admiras que me dices: todo, espera, porque yo una tres postrera prima dos, prima dos tres cuarta, y yo digo después: ¡Si buena una tres tuviera!

N.º 48. — JEROGLIFICO



N.º 49. — CHARADA

En los juegos de mi prima consegunda fui vencido, y mi prima es siempre una preposición; más yo digo, que, perdiendo en prima dos quien triunfa del partido es el vencido, que puede, con cualquier leve motivo hacer que se quede todo con propósito de olvido, y queda entonces primera, cuarta y quinta como el vino.

N.º 50. — COMPRIMIDO

2 QUEJIDOS

N.º 51. — FRASE HECHA



N.º 52. — JEROGLIFICO

CABALLO VIVIR OVEJA

N.º 53. — CHARADA

Dos tercera una ensenada; dos y prima viento fuerte; mi todo es juego de ingenio, que el lector tiene presente.

N.º 54. — JEROGLIFICO



N.º 55. — ENIGMA

Lector, no me tengas nunca ni me permitas crecer, pues o me matas tú a mí, o yo a tí te mataré.

N.º 56. — JEROGLIFICO

2T + 0 = IM x TANCIA

N.º 57. — FRASE EN ACCION



N.º 58. — COMPRIMIDO

500000000650

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- N.º 32—Tintero.
„ 33—Me cuesta doble.
„ 34—No hay tu tía.
„ 35—Margarita.
„ 36—Contraste grande.
„ 37—Trastorno.
„ 38—Avenida de Mayo.
„ 39—Matar el tiempo.
„ 40—Sicomoro.
„ 41—Está en su mano.
„ 42—Una en el clavo y ciento en la herradura.
„ 43—Torino.

PENSAMIENTOS

Los antidotos son unos venenos para los que no están envenenados. — EDGORTH.

Es tan fácil engañarse a sí mismo sin advertirlo, como difícil engañar a los demás sin que lo noten.

LA ROCHEFFOUCAUL

Sé amigo de la verdad hasta el martirio; pero no seas su apostol hasta la intolerancia. — PITAGORAS.

Las leyes deben ser aplicadas, no interpretadas. — MAURY

Para poder aprender a rezar no hay como viajar por mar.

PROVERBIO INGLES

Humillad la arrogancia.

JOB

Las leyes son como las telarañas: los insectos pequeños quedan prendidos en ellas; los grandes las rompen.

ANACARSIS

No despreciéis a la mujer caída.

HUGO

La libertad tiene sus inconvenientes, y aun sus peligros; pero pretender realizar la civilización sin ella, equivaldría a cultivar la tierra sin sol.

HUGO

"Espejos andinos", por Jorge M. Rohde. — Librería "La Facultad", Buenos Aires.

Recientemente ha sido laureado con el Segundo Premio Nacional de Letras por su magna obra "Ideas Estéticas en la literatura Argentina" el señor Jorge M. Rohde, escritor nacional que en plena juventud llega así a escalar un puesto envidiable en las letras argentinas.

El señor Jorge M. Rohde acaba de dar al lector, por intermedio de la librería "La Facultad", un nuevo libro "Espejos Andinos", impresiones de viaje por los canales fueguinos y los lagos del Sud, bello libro con amplias descripciones de un viaje durante el cual el escritor y el observador ha recogido impresiones tan emotivas, tan sinceras, tan reales, que producen deleite al lector.

"Espejos Andinos" es libro de viaje, pero libro de un literato. Hay libros de viaje que solo tienen la emoción del panorama, pero si a estos libros se les suma el encanto de una prosa limpia, fluida, netamente castellana, es mucho mayor el valor, y mayor asimismo las bellezas que pasan al lector.

"Aguila renga", por Juan Carlos Dávalos y Guillermo Bianchi — Librería "La Facultad" Buenos Aires.

Comedia política es el último libro del poeta y cuentista Juan Carlos Dávalos en colaboración con Guillermo Bianchi y que lleva por título "Aguila renga".

La acción en una capital de provincia imaginaria que puede quizás referirse a alguna capital argentina. Personajes también imaginarios, pero que pueden ser igualmente sacados de personajes políticos argentinos a los que se presentaría, si así fuese, en caricatura.

Hay enjundia y hay habilidad en "Aguila renga", por otra parte literatos los dos autores y literatos de altos vuelos, manejan las situaciones de su comedia con desenvoltura y hacen que la comedia interese y que llegue de verdad al lector aquello que se propusieron que llegase. De actualidad palpitante y de seguro que los que viven en la política y cerca de la política, encontrarán algo muy suyo en la comedia a que nos referimos.

"El Novellino" o las cien novelas antiguas por Roque C. Otamendi.

Roque C. Otamendi, autor de "El canto del cisne", de "Camino de la muerte", y de importantes estudios de literatura italiana, que han recibido la sanción de la crítica, acaba de realizar la traducción de "El Novellino", que presenta la Editorial Tor.

"El Novellino", al cual el profesor Perticari llamara "Aureo libro", es una colección de cien novelas cortas, (algunas sólo tienen una extensión de cuatro renglones), de autor desconocido, escritas en los albores de la literatura italiana (siglo XII y XIII) y seleccionadas por un compilador, desconocido también, altamente moral y de esparcimiento.

En realidad no se sabe en qué época fué escrito "El Novellino": las opiniones están divididas, debido precisamente a la diversidad de noticias acerca de la autenticidad

de las ediciones citadas. En la de Gualtruzzi, que, como hemos dicho, pasa por ser la única, o la más fiel, no se citan personajes que hayan vivido después del siglo XIII. En algunos relatos de la edición de Borghini, figuran personajes del siglo XIV. De acuerdo con el primer código, la fecha en que fué compuesto el original, se fija entre los años 1193 y 1350.

Es pues, de los más antiguos documentos de la literatura italiana, en el cual se inspirara después Boecio, y, en consecuencia, el ori-

dad de Walker se convierte en un continuo sobresalto; la paz de su hogar, ha desaparecido para siempre.

Las alternativas de esta lucha pasional, el señor Cornaglia las desenvuelve con justeza, en la que se advierte condiciones para abordar estas clases de temas, de suyo difícil. Tanto la psicología de sus personajes, como la pintura del ambiente descripto, en esta primera parte de su novela, están bien estudiados; aunque a veces, cierta impropiedad gramatical, nos dice

res argentinos", acaba de lanzar a la plaza su IX volumen. Esta vez, corresponde una selección del material que llenaban cinco tomos de "Entre-nos", de Lucio V. Mansilla poco o nada conocidos por nuestra actual generación.

Integran este libro, dice el señor Palcos, los trabajos más sabrosos y los mejores realizados. De esta manera, la obra gana en sobriedad y en vigor artístico, por lo cual seguirá otro tomo de la misma índole, a fin de completar, en parte, estas admirables narraciones, siempre amenas e interesantísimas, del abundante y pintoresco conversador que era Mansilla.

El tomo X, de la misma colección, titulado "Los sucesos de mayo contados por sus autores", contienen, reunidos, las memorias y autobiografías de Cornello Saavedra, Manuel Belgrano, Martín Rodríguez y Tomás Guido, partícipes todos ellos en los sucesos que relatan. Estos documentos tienen un sabor tan íntimo, que al par que deleitan al leerlos, instruyen acerca de las memorables jornadas de la Revolución de Mayo.

Trae este tomo, además del prólogo del señor Alberto Palcos, un conceptuoso trabajo a manera de introducción, subscrito por el doctor Ricardo Levene, poniendo de relieve la importancia que revisten estas memorias como documentos históricos.

José MAURICIO PEIXOTO

"Los refugios del campo", Augusto Scarpitti. — Editor Rosso.

En estos días aparecerá este drama en tres actos que su autor aún no ha hecho estrenar. Trátase de un caso dramático en que las pasiones afectan por igual a los cuatro únicos personajes de la obra. Esta producción no ha podido ser puesta en escena por no existir compañía teatral del género serio que cuente con igual número de actores de primera categoría, requisito indispensable para poder representarse "Los refugios del camino" con la propiedad debida.

Augusto Scarpitti, joven escritor de estilo sobrio, es conocido en el ambiente literario, por su actuación en el periodismo. Actualmente es colaborador de "La Razón" y de algunos importantes diarios extranjeros.

Para muy pronto, Scarpitti compilará también en una publicación la mayor parte de sus cuentos hechos en diez años de labor literaria, y con los cuales se ha acreditado como publicista honesto.

R. C. V. COCONNIER

"Orientación"

Ha aparecido el número 2 de esta importante revista que dirige el escritor señor José Eugenio Compiani. Como el anterior, trae un selecto material de lectura y artísticos grabados.

"Orientación" es una revista que propende al acercamiento americano, poniendo sus columnas a disposición de todos los que se consideran capaz de volcar en el molde de un ideal, el pensamiento y la inspiración.

Colaboran en este número, Rogelio Sotela, María Alicia Domínguez, Alicia Porro Freire, Alberto Casal Castel, M. Luzuriaga Agote, Félix B. Visillac, Fermín Estrella Gutiérrez, Carlos C. Sanguinetti y otros.

PAPEL Y TINTA

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla
Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi
OCULISTA
Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"
de 2 a 4 1/2
PARAGUAY, 1615
U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavio
Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa.
Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre.
Consultas: de 10 a 10 horas
CALLAO, 433, 1.º piso
U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán
Dentista Cirujano
De 14 a 18 SAENZ PENA 216
U. T. 38, Mayo 6837

Dr. Jorge I. del Piano
Médico del servicio de garganta, nariz y oídos d el Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebilleau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto
Del Hospital Rawson
Matriz, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27. U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale
Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
Enfermedades de los ojos
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

gen del género novelístico.

A la tarea de la traducción, el autor ha agregado la de las notas, traducidas unas, personales otras, las que aclaran el sentido de buen número de novelas.

Ostenta esta edición un admirable prólogo de Alvaro Mellán Lafinur.

X.

"Garras agrestes", por Juan José Comaglia. — Editorial Campera de la "Revista Nativa", — 1928.

El autor de esta novela campera, es un joven escritor que recién se inicia en las lides literarias, particularmente en la novela. La acción de "Garras agrestes", se desenvuelve en la vecina provincia de Córdoba, en sus alrededores. Su autor la ha dividido en dos partes.

En la primera de ellas, sabemos, desde el comienzo de la novela, que Aurora, la esposa de Guillermo Walker, es perseguida por Ricardo Ocampo, un enamorado vehemente y tenaz. Desde entonces, la felici-

que estamos frente a un novel escritor.

En su segunda parte, notamos de que se había olvidado el autor de describirnos: cómo eran Guillermo y Julián, hijos de Aurora, esposa ahora de Ricardo Ocampo. Igualmente, que los capítulos que se suceden, sólo tienen interés separadamente, agregando muy poco al fin propuesto por su autor. Esto es, que terminada su lectura nos hallamos un tanto desorientados; pues, el final dado a la misma, ha restado unidad de concepto para ser una obra vigorosa y de largos alcances morales.

A pesar de esta deficiencia, "Garras agrestes" es una novela que interesa desde sus primeros capítulos, por el soplo de dolor y pasión que trascienden sus páginas.

"Entre-nos", (Causeries del jueves), por Lucio V. Mansilla y "Los sucesos de Mayo", contados por sus autores. — Librería "El Ateneo", 1928.

La biblioteca "Grandes escrito-

FUE RENOVADO TOTALMENTE EL CARTEL DEL LICEO

La empresa del Liceo ha querido remozar por completo sus programas, llevando en un mismo día dos estrenos a su cartel. Con ello ha conseguido dar una impresión de debut y llenar la sala con el inquieto y efervescente público de las grandes primicias teatrales.

Era la primer novedad, "Ahogar-se y salvar la ropa", pieza cómica de Goicoechea y Cordone, autores que registran ya en su haber varios éxitos de buena calidad.

A ellos cabe agregar el citado más arriba, bien merecido, por cierto, pues se trata de una pieza que con procedimientos nobles mantiene el regocijo de la sala durante la hora que dura su representación.

El argumento se reduce al cambio transitorio de fortuna que experimenta una sirvienta al ser agraciada por el premio mayor de la lotería de Navidad. Los dueños de la casa, al enterarse del acontecimiento, rinden toda clase de homenajes y pletesías a la favorecida por la diosa de los ojos vendados y hasta llegan a concertar el enlace de uno de sus hijos con la suertuda mucama, para salvar la angustiosa situación económica de la familia. Todo ello es momentáneo y deleznable, porque era falso el billete. Al cabo, todo se arregla por medio de esas soluciones repentinamente que a todos dan satisfacción y que son tan fáciles en el teatro como imposibles en la vida.

Las incidencias a que da lugar esta modesta trama a la que se enreda como hiedra frondosa una gran cantidad de felices ocurrencias y retruécanos son maravillosamente aprovechados por los elementos de la compañía Dealessi-Ratti, que juegan la pieza con todo acierto y eficacia.

A continuación fué estrenado el cuento escénico de Arnaldo Malfatti y Fritz de Montepin, titulado "La vuelta al mundo en ochenta días".

Difícil y largo sería el relato de los episodios que constituyen esta pieza de gran espectáculo, toda variedad y movimiento, en la que se presentan al público, en interesante y cinematográfico desfile, ambientes extraños o exóticos, con decorados de mucha propiedad y exquisito gusto, que realmente constituyen un alarde de escenografía.

Ambas piezas alcanzaron con holgura la anhelada meta, a través de repetidos aplausos. Buen parte de ellos corresponden a los actores, especialmente Pepe Ratti, Pierina Dealessi y León Zárate.

"...Y EL CÉSAR VOLVIÓ", EN EL MARCONI

Convertir el tablado de la farsa en tribuna política, es empresa harto dificultosa y solo por excepción, por motivos circunstanciales y de palpitante actualidad, determina un éxito de público, ya que de arte es menos posible aún. La política es arte para los políticos. Si la pasión política puede ser un motivo teatral y no han faltado autores que la explotaron con acierto, hay que reconocer también que contiene escasa substancia para servir cumplidamente a las necesidades de una pieza de teatro.

El conocido periodista italiano Folco Testena se propuso con

"...Y el César volvió", llevar a la escena la figura del jefe del gobierno de Italia, personaje tan discutido como admirado. Posiblemente, el autor se dió demasiado en la actualidad del tipo y descuidó lo esencial, esto es, la estructura de su obra. Es así que el personaje aparece vinculado a episodios que si pretenden definir la psicología del caudillo, pronto lo desdibujan diluyéndolo en largas declamaciones que no son sino discursos callejeros... El protagonista de "...Y el César volvió" lo sacrifica todo a sus miras políticas: hasta los afectos familiares y lo que están al margen de la ley. Discute con su hermano, con su mujer y con su hija y le rodean hombres serviles, a quienes él utiliza pero no estima. Es probable que el autor haya reflejado fielmente al hombre que eligió para sujeto teatral; pero nosotros, agotando nuestra voluntad, tenemos que confesar que la obra tiene poco interés teatral. Los finales de los actos 2.º y 3.º son dos broches acertados del punto de vista escénico.

Los actores del Marconi, entre ellos las Sra. Olona, Carmita Domenech y el actor Catalá, interpretaron sus papeles con bríos. Los demás discretos. El público aplaudió al final, oyéndose entre los aplausos manifestaciones de leves protestas, tan timidas que no merecían la pena...

EXITO ARGENTINO EN MADRID

Nos hace saber el cable que el comediógrafo argentino Enrique Suárez Dehesa, estrenó con éxito en el Lara madrileño la comedia en 3 actos "La señorita del Cítroen".

"EN LA TIMBA DE LA VIDA", EN EL SMART

Juan A. Caruso y Carlos Cabral han vuelto a colaborar en la elaboración de un sainete. Estos autores son jóvenes, empeñosos y tienen ya bastante experiencia escénica. Juntos y separados han logrado discretos éxitos de crítica y de público.

La juventud va siempre de prisa y la juventud teatral más ligero aún. Es así cómo capaces de planear y realizar buenas piezas, esta vez se han precipitado un poco y el resultado ha de aleccionarlos. "En la timba de la vida" no es un sainete que acuse progreso en ellos. Alrededor de un tipo de zapatero pintoresco han ideado una fabulilla poco original, desarrollándola sin preocuparse mayormente de los recursos necesarios para llegar a la palabra telón. La acción se detiene apenas iniciada y se resuelve el conflicto cuando el espectador ya casi no recuerda de qué se trata.

Empero, la obrita acusa observación y algún personaje aparece con líneas definidas.

Ruggero y sus compañeros de escena se condujeron bien.

SAN JUAN

Después de repetidas representaciones de "La cura", la compañía del Mayo ha estrenado la pieza cómica "La conquista del maestro o 'El que no la corre antes'", que comentaremos en otra edición.

TEATROS

EL CABO NO SE VA...

El sainete de Vacarezza, que representa Muñio está siempre de guardia en el cartel del Buenos Aires.

Es un centinela celoso al que no atemorizan lluvias, calores ni fríos. "El cabo Rivero" se encamina hacia el tercer centenar de representaciones consecutivas, sin que al público diga "basta".

POUR L'AMERIQUE

Otra vez, como tantas veces, se ha tratado de epatarnos con un espectáculo de calidad inferior. Se anunció con gran aparato la próxima actuación de la estupenda compañía del Moulin Rouge, de París y he aquí que nos encontramos frente a un conjunto que, salvo raras excepciones no pasa de una discreta mediocridad. Y cabe preguntar: ¿Es que París ya no es París o es que no hemos visto lo que ven los de París?

Lo cierto es que nuestro incipiente teatro nacional es capaz de presentar espectáculos mejores que los del Moulin Rouge. Tal vez sea llegado el momento de la repatriación del bataclán, por nuestra cuenta. Sería una suerte, porque aquí tenemos de sobra.

EN EL ODEON

El actor Vilches es un actor interesante, aunque no tanto como él se cree. Pero queremos advertirle que eso no basta. Hay que renovar el cartel y renovarlo con obras buenas. Si no, se corren serios riesgos. La naturaleza tiene horror al vacío y el público también.

PARA FECHA PROXIMA

Así se anunciaba el estreno en el Nacional de la pieza de José Antonio Saldías titulada "Romance federal". Mucho se esperaba de esta producción, cuya presentación se prometía en forma que no dejase nada que desear, como es costumbre en esa casa.

OTRA VEZ SALDIAS

También se anunciaba en el Cómic el estreno de otra pieza del mismo autor. Se titula "Provincia no había de ser" y es posible que a estas fechas ya disfrute de los aplausos del público.

TEATRO DE ARTE

En los últimos días del presente mes se presentará en el teatro Politeama la compañía rusa del Teatro de Arte de Moscú, que viene precedida de fama universal. Han de constituir, pues, sus espectáculos una de las notas más interesantes de la temporada actual. El repertorio es vasto y selecto, numeroso el elenco y muy cuidada la presentación de las obras. En cuanto a la calidad del espectáculo, nada hay que decir después de los juicios emitidos por notables críticos de diversos países.

"MI AMIGO EL DIABLO" en el NUEVO

Con buen éxito ha sido estrenada por la compañía de Roberto Casaux esta producción de Francisco A. Collazo y Tito Insausti, en la que el primer actor citado en

cuentra papel adecuado a sus excelentes cualidades interpretativas. Especie de Fausto, que vende al alcohol más que al diablo, su alma, para conseguir la fortuna y la decisión que le faltan, encuentra en la realidad el logro de sus aspiraciones por una larga combinación de episodios festivos que mantienen al público en continua hilaridad.

El protagonista es un alemán simplón y sentimental que hace posibles las divertidas incidencias en las que consiste la sencilla trama de la obra.

No hay que decir hasta qué extremo aprovecha Casaux las situaciones para hacer derroche de ingenio y gracia de buena ley, con una caracterización tan apropiada como eficaz.

A su lado contribuyeron a la buena acogida dispensada a la pieza, los demás elementos de la compañía.

"ALEGRIA", EN EL ARGENTINO

Mientras entraba en prensa esta edición, Parravicini ha debido estrenar la pieza póstuma de Roberto J. Payró, el malogrado escritor cuya reciente desaparición ha conternado a las letras nacionales.

Nos ocuparemos de "Alegria" en nuestro próximo número.

DEBUTO Y ESTRENO EN EL AVENIDA

Discretísimos elementos constituyeron el elenco de la compañía de Valero que termina de debutar en el Avenida estrenando la revista "Las Castigadoras", letra de Lozano y Mariño, música del maestro Alonso. Cuadros vistosos siempre y algunas veces nuevos, mantuvieron viva la atención del público que llenó la sala y aplaudió al final, a pesar de la extensión de la revista, principal defecto que le encontramos. Las tiples Manrique y Agueda se lucieron sobre las demás, gustando mucho ambas.

SOMBRAS EN AUMENTO

Continúa ofreciendo De Rosas en la Comedia la pieza de Velloso y González Castillo, "La sombra del pasado", que se sostiene brillantemente. Se ensaya "El espectador", de Martínez Cuitiño, para cuando se necesite renovar el cartel, lo cual no se sabe cuándo será.

GRAN SPLENDID

Las bellas películas estrenadas en estos días, determinaron una afuencia extraordinaria de público selecto en las funciones de ese aristocrático salón, preferido por las mejores familias porteñas.

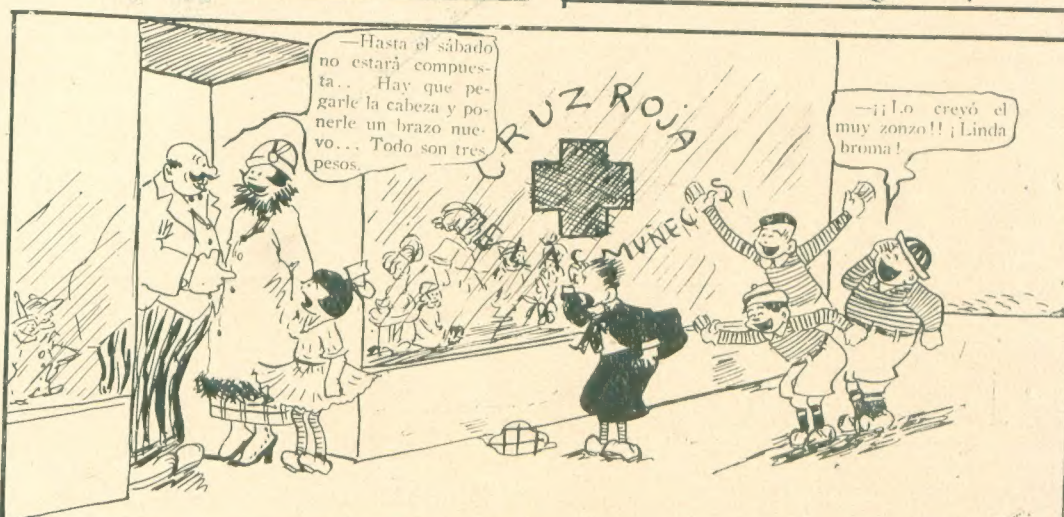
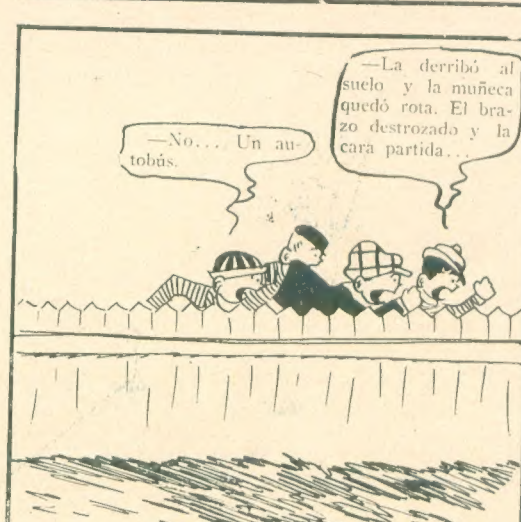
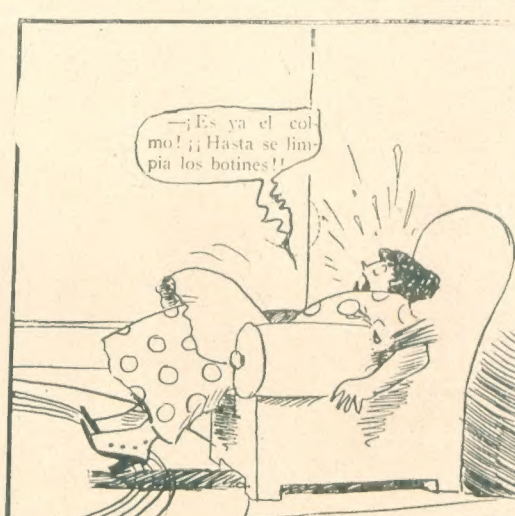
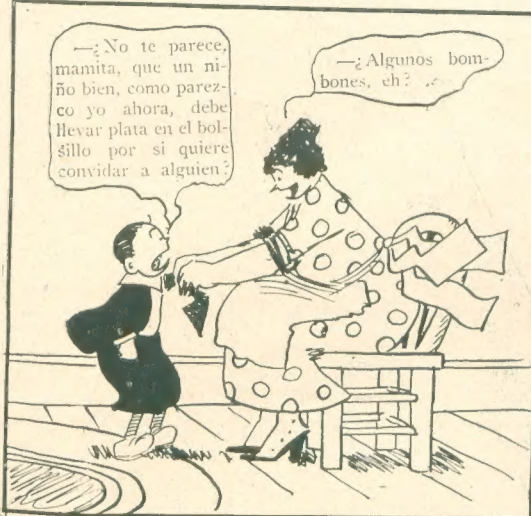
Anuncia la empresa nuevas y bellas producciones para la próxima semana.

GLORIA

Cada vez más poblada esta espléndida sala de la avenida de Mayo, cuyo cartel reúne todos los atractivos que pueda exigir el público más escrupuloso. Se anuncien nuevas películas para estos días, de gran interés para los "habitúes".

PARC

Sigue siendo esta sala la mejor de Palermo, a pesar del número de cines que existen en el barrio. En el Parc las funciones se caracterizan por la excelencia de las cintas y la distinción del público.



Parker Duofold



La aristócrata de las plumas-fuente

UNICOS DISTRIBUIDORES:

THE RIVER PLATE SUPPLY CO.

769 - Moreno - 775

38 - Mayo - 2815

Buenos Aires

Agente Exclusivo en el Uruguay: Pablo Ferrando. Sarandí 675. Montevideo.